

JACQUELINE BOUVIER KENNEDY ONASSIS, EL ICONO DE LAS  
MIL CARAS

ALICIA PERRIS VILLAMOR

A mis recordados maestros, Fernand Goethals de l' Alliance Française y Guillermo Berardone y J.F.Turrens, del Colegio Nacional de Buenos Aires, que me iniciaron en la pasión del conocimiento y en el “charme” de la cultura francesa. Y me enseñaron a disfrutarla y compartirla.

INDICE

INTRODUCCIÓN

JFK: EL HOMBRE QUE ACOMPAÑÓ A JACKIE KENNEDY A PARÍS

UNA MALA SALUD PRESIDENCIAL Y OTRAS CONTINGENCIAS

EL CLAN KENNEDY

JACKIE KENNEDY RECLAMA SU PAPEL: LA PRIMERA DAMA Y  
LA RESTAURACIÓN DE LA CASA BLANCA

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA DE JACKIE ANTES DE  
KENNEDY

LA SEÑORA KENNEDY

HAY VIDA DESPUÉS DE DALLAS

EL DESTINO INACABADO DE ARISTÓTELES ONASSIS Y MARÍA  
CALLAS

LA BUENA BODA

RICA Y LIBRE

LA MUERTE DE JACKIE

CONCLUSIONES

CRONOLOGÍA

BIBLIOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

*Cuando estés en público, hija mía, mi amor, imagínate que estás en escena, que todo el mundo te mira. No dejes nunca adivinar tus pensamientos. Guarda tus secretos para ti. Sé misteriosa, ausente, lejana y de esta forma seguirás siempre siendo un enigma, una luz hasta el final de tu vida, mi belleza, mi más que bella, mi reina, mi Princesa...*

Palabras de Jack Bouvier, a su hija Jacqueline

Probablemente sea Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis una de las mujeres que más cerca está de descollar en la galería de iconos femeninos del siglo XX.

No sólo debido a sus matrimonios, que fueron sonados y comentados y podrían haber llenado páginas y páginas de revistas para ociosos y desocupados de medio mundo. Fue por sí misma una mujer única, al margen de los hombres que la acompañaron y del rol que a ellos les tocó jugar en el mundo de la política o de las finanzas internacionales, como fue el caso de su primer marido, John Fitzgerald Kennedy y su segundo vínculo matrimonial, el griego Aristóteles Onassis.

De ella escribió el singular presidente norteamericano Bill Clinton:  
*Jacqueline Kennedy Onassis fue un modelo de valor y dignidad para todos los americanos y para el mundo entero. Más que ninguna otra mujer de su tiempo, fascinó a nuestra nación y al mundo con su inteligencia, su elegancia y su clase. Supo afrontar la tragedia con gran dignidad y sobrellevó el dolor de su familia y de nuestra nación con una serenidad y entereza que nos dio fuerza a todos.*

*En calidad de primera dama, la extraordinaria afición de la señora Onassis por la cultura nos hizo apreciar la belleza de nuestro patrimonio. Amaba la pintura, la música, la literatura, la historia, la arquitectura y todo cuanto enriquece al espíritu humano...*

*Tanto ella como el presidente Kennedy transmitían una gran vitalidad, optimismo y orgullo de nuestra nación. Inspiraron a toda una generación de jóvenes americanos, en la noble misión de ayudar y servir a los demás.*

Su imagen pública sufrió todos los altibajos que fluctuaron entre sus mil días como consorte del presidente Kennedy en el periodo recordado como *Camelot*, en alusión al reino perdido y mágico del Rey Arturo y su

matrimonio con el armador griego Onassis, cuyo dinero y poder tenían para algunos unos orígenes que dejaban mucho que desear.

Su forma de estar y ser, su porte, su estilo en los difíciles momentos que le tocó vivir y su a veces despiadada necesidad de beber la vida a grandes sorbos, pesara a quien pesara, la convierten en personaje único e inefable.

Pierre Salinger dijo de ella: *El legado que nos deja es la imagen de una mujer autosuficiente que vivió exactamente como deseaba vivir.*

Jacqueline Bouvier, conocida popular y familiarmente como Jackie, había nacido en 1929 en Southampton, Nueva York.

Su padre, John Vernou Bouvier III, que respondía al sobrenombre de Black Jack, era un corredor de bolsa de Wall Street, más famoso por sus amoríos y escándalos en la clase alta a la que pertenecía, que por sus lucrativos resultados económicos y financieros.

Los antecesores paternos provenían de la Francia de 1800, pero de una extracción mucho más modesta que la supuestamente aristocrática que se había atribuido la familia para asegurar su ascenso social. La madre de Jackie, Janet Lee, era una consumada amazona y su familia procedía de Inglaterra e Irlanda, como la familia Kennedy, con quien habría de emparentarse su hija.

Jackie pasó su niñez en Nueva York y en Long Island, rodeada de los escándalos con que sus padres adornaban un matrimonio donde nunca pareció haber amor ni futuro.

Debido al divorcio de sus padres en 1940 y a la nueva unión de su madre con Hugo D. Auchincloss II en 1942, su vida de niña y jovencita se vio muy alterada.

La relación y los encuentros con su padre, al que adoraba, se hicieron menos frecuentes. La futura Primera Dama de Estados Unidos se vio involucrada en una nueva familia, la de su padrastro, que había tenido otras relaciones matrimoniales e hijos anteriores al enlace con Janet.

Fueron épocas de prueba y de conflictos para la adolescente, que pasaba su tiempo leyendo, dibujando, escribiendo poemas y montando a caballo.

Jackie asistió a la escuela para chicas de Miss Porter, en Connecticut y al Vassar College, donde destacó sobre todo en arte, literatura, historia y en la asignatura de francés, la lengua de sus antepasados, que la marcaría para siempre y le brindaría muchas satisfacciones más adelante.

Tuvo la posibilidad y la suerte, incluso para una joven de su distinguida posición social, de estudiar en La Sorbona, en París, de donde regresó a Estados Unidos para conseguir un título en Literatura Francesa, en la Universidad George Washington.

Ya desde sus primeros años en sociedad, la futura señora Kennedy destacaba por muchas cualidades. Como dijo Jim Wright, portavoz de la Casa Blanca, *yo admiraba a Jacqueline Kennedy... como símbolo de elegancia, clase e inteligencia. Rezumaba distinción, ambiente y estilo y es lo que la gente recuerda de ella.*

Al mismo tiempo que crecía en formación y preparación para hacerse con una posición en la sociedad elegante de sus padres y allegados, adquiría esas características tan peculiares que la convertirían en una persona diferente e inigualable. En una época en que todavía las mujeres luchaban para convertirse en algo más que consortes adecuadas y mudas, Suzanne Fields, escritora de The Washington Times expresó: *algunos comentaristas decían que Jackie era una feminista y otros afirmaban todo lo contrario.*

*Ha sido calificada como la última mujer tradicionalista y la primera mujer moderna, un coloso femenino que hablaba francés con sus hijos y con el presidente Charles de Gaulle...*

*Más que ninguna otra, esta primera dama constituía “una prueba Rorschach”, especialmente para otras mujeres, la mancha de tinta en la que vemos lo que deseamos ver, interpretando nuestros deseos y aspiraciones tal como los reflejaba la mujer casada con el hombre más poderoso del mundo.*

*Mientras vivió, compartimos sus privilegios y posibilidades y nos indignamos cuando no estuvo a la altura de lo que esperábamos de ella. Su muerte nos ha hecho reflexionar sobre nuestra propia inmortalidad.*

El Test de Rorschach es probablemente una de las pruebas psicológicas más famosas. Su creador fue el psiquiatra de origen suizo Hermann Rorschach (1884-1922).

Es un test de tipo proyectivo y es una de las pruebas de personalidad más completas, aunque difícil y lenta de realizar, ya que el especialista que lo lleva a cabo debe estudiar la técnica varios años antes de tener fiabilidad y suficiente práctica.

Consta la prueba de 10 láminas que consisten en manchas de tinta (de colores y negras) sobre fondo blanco. Los dibujos tienen una apariencia vaga por lo que a la persona que se le pasa el test se le ofrecen diferentes interpretaciones de lo que está viendo.

Las láminas se le presentan al paciente o a la persona de la que se está intentado estudiar la personalidad preguntándole lo que ve en ellas para que lo describa.

El test se basa en lo que las personas que lo realizan perciben, ya que cada uno encuentra en las manchas aspectos diferentes y podría decirse que individuales y únicos.

En esta prueba es fundamental la forma y localización de lo observado, si se observan movimientos y cómo son, si se aprecia una parte del dibujo o se percibe toda la lámina.

Asimismo se evalúa si lo percibido tiene color, reflejo, profundidad, dimensión, brillo, sombra, si se observan objetos animales, seres humanos, objetos inanimados, paisajes. Hay un sinnúmero de respuestas posibles y éstas dependen de la percepción personal del evaluado. Jackie era una buena candidata para realizar este test.

Su primer trabajo fue como periodista para el Washington Times- Herald, recorriendo lugares diferentes, para capturar instantáneas donde los ciudadanos opinaban sobre los acontecimientos de actualidad.

Durante este periodo conoció al que sería su futuro primer marido, el senador por Massachusetts John F. Kennedy, con el que se casó el 12 de septiembre de 1953, en la iglesia de Santa María, en Newport.

Parece ser que alrededor de 3.000 curiosos esperaban en los alrededores de la iglesia para echar una vistazo, aunque fuera efímero, a los recién casados. El banquete de boda convocó a 1.200 invitados, en Hammersmith

Farm, propiedad de su padrastro, donde había sido feliz en compañía de éste, su madre y sus hermanos y hermanas.

Después de la boda, la pareja vivió en Washington y fue en 1955 cuando su marido, John, intervenido de una seria lesión en la espalda, comenzó a escribir *Profiles in courage*, un estudio sobre la toma de decisiones políticas, que dedicó a su esposa.

La obra ganó el reconocido Premio Pulitzer en 1957, en medio de comentarios malévolos sobre la verdadera autoría del libro.

También ese año, en el mes de noviembre, nació Caroline Bouvier Kennedy y en 1960 JFK anunció su candidatura para la presidencia de los Estados Unidos, sobrellevando todos los problemas que una salud frágil desde la juventud le ocasionaban y cruzando el país de punta a punta.

Durante la campaña Jacqueline se dio cuenta de que estaba embarazada, un problema añadido dado que a lo largo de su vida junto al futuro Presidente sufriría la pérdida de varios hijos recién nacidos y abortos.

Los médicos le recomendaron cuidados y reposo, y finalmente la familia más conocida de Estados Unidos pudo celebrar la llegada a la presidencia de Jack, como se lo conocía familiarmente y el nacimiento de un nuevo miembro, John Fitzgerald Kennedy junior.

A la edad de 31 años, Jacqueline Kennedy se había convertido en una de las Primeras Damas más jóvenes en la historia de los Estados Unidos, pero su preocupación básica seguía siendo la protección de sus dos hijos, a los que quería mantener a salvo del interés que despertaba la profesión y el papel de su padre en su país y en el mundo.

Jackie Kennedy supo abrirse camino con rapidez en su nuevo rol. Su proyecto más conocido, fue la restauración y renovación de la Casa Blanca, muy deteriorada por entonces.

Para conseguir su propósito, que era un plan de largo alcance, creó un Comité de Bellas Artes para la Casa Blanca y el puesto de conservador de la histórica institución. También hizo posible la publicación de una guía



para visitantes del monumento y organizó la Biblioteca de la Casa Blanca y la rosaleda, mientras que elevaba el monumento público al status de museo.

Se vendieron 350.000 ejemplares del libro *La Casa Blanca: una guía histórica*, que contribuyó y lo sigue haciendo al mantenimiento de la Asociación Histórica de la Casa Blanca, que ella fundó.

Cuando se terminaron las tareas de acondicionamiento del histórico edificio, la CBS le pidió a la señora Kennedy que condujera un tour televisado de la Casa Blanca, donde enseñaba a 50 millones de norteamericanos su recién estrenado tesoro nacional. Esta creación televisiva se hizo muy popular y se convirtió en un clásico de la época, de la que todavía se habla. Recibió además un Emmy como premio a una labor y una dedicación especiales por parte de la Primera Dama.

Aludiendo a esta tarea artística de Jackie, la autora Rally Quinn escribió: *Jackie parecía ser una Primera Dama tradicional, pero en el fondo era revolucionaria. Cambió la Casa Blanca y creó una identidad propia totalmente distinta de la del Presidente. Toda una proeza para una Primera Dama. Siempre fue una mujer de su época.*

Aparte de las anécdotas, los comentarios sobre su vida privada y su actividad posterior como editora en dos empresas de Nueva York de renombre, su dedicación al primer edificio del país siempre despertó curiosidad y simpatía.

Nellie Connally, viuda de John Connally, dijo de ella: *Yo admiraba a Jackie. Desempeñó un papel importante en una época de grandes esperanzas y optimismo para nuestra nación... Siempre la recordaremos por haber aportado una nueva sensación de gracia y elegancia a la Casa Blanca...*

Sobre su trabajo de conservación y restauración del monumento más emblemático de Estados Unidos, volveremos en este libro más adelante. Sin embargo, este proyecto, aunque el más admirado entre los suyos, no fue el único. También contribuyó a la renovación de la Avenida Pensylvania, la conservación de Lafayette Square y a los planes para un complejo cultural nacional, que se convertiría en el Centro Kennedy para las Artes, en Washington, D.C.

Se involucró además y se comprometió en el esfuerzo de conservación de los templos de Abu Simbel, en Egipto, cuando hubo que trasladarlos para preservarlos de la inundación que la nueva presa de Asuán traería a la zona.

El gobierno egipcio respondió agradecido con la concesión de un templo que hoy deslumbra a los visitantes en el Museo Metropolitano de Nueva York, un monumento del que Jackie podía disfrutar visualmente desde las ventanas de su apartamento.

Como Primera Dama, planeó reuniones en la Casa Blanca donde tenían cabida científicos, artistas, actores y escritores, a los que se unía una pléyade de políticos, hombres de Estado y diplomáticos.

En la Habitación Este tenía un escenario portátil donde organizaba representaciones teatrales y veladas musicales memorables, así como una serie de conciertos para jóvenes. Las artes adquirieron bajo su *mandato*, una nueva perspectiva y también la moda recibió un tratamiento especial en ese periodo, ya que diseñadores, revistas y periódicos y el público en general recibieron la influencia de su buen gusto y saber hacer.

La Primera Dama, si la comparamos con otras esposas de Presidentes de Estados Unidos y otros países, se convirtió en un elemento dinamizador de la vida pública, lejos de la mera figura de acompañante a la que nos tienen acostumbrados las cónyuges de los mandatarios de élite.

La senadora Barbara Mikulski dijo de ella: *creo que después de Eleanor Roosevelt, las primeras damas eran invisibles. Las mujeres, en general, no eran muy visibles. Luego, cuando apareció Jackie, hizo que las mujeres volvieran a ser visibles, ante el público y en el nuevo medio de la televisión. Además de ser la compañera de su marido, era inteligente y tenía una identidad propia.*

Cuando fue asesinado el Presidente, tomó partido abiertamente por las relaciones internacionales y agradeció la presencia y el apoyo de otros Jefes de Estado de un modo en que era evidente su forma discreta de hacer verdadera política.

Jacqueline Kennedy acompañó a su marido en numerosos viajes de Estado, a Austria, Reino Unido, Venezuela, Méjico, Costa Rica y Colombia. Pero fue sobre todo su aportación al viaje a Francia de JFK, que le hizo ocupar un lugar en las crónicas sociales y políticas del momento.

La frase de su esposo, describiéndose como *soy el hombre que acompañó a Jacqueline a París y disfrutó con ello*, dio la vuelta al mundo. Christopher Mathews, del San Francisco Chronicle, expresó que esta frase *reconoce el*

*brillante papel de su consorte en aquella fabulosa gira inaugural de las capitales y los palacios de Europa en 1961.*

*Durante un tercio de siglo, Jacqueline Kennedy hizo honor a ese cometido. No hemos suspirado por la pompa de Gran Bretaña ni la “grandeur” de Francia. Tras haber evitado lo peor de la realeza durante doscientos años, hemos experimentado lo mejor de ella...*

Charles de Gaulle quedó fascinado por el temperamento, el encanto y la cultura de Jackie. Su interés en la idiosincracia de los países que visitaba y su adecuado manejo de diferentes lenguas la convirtieron en una embajadora natural en el mundo entero.

El 22 de noviembre de 1963, después de aproximadamente 1.000 días de gobierno, John F. Kennedy fue asesinado en Dallas, en el sur del país y su esposa se convirtió en viuda a la edad de 34 años.

Planeó cuidadosamente el funeral de Estado del Presidente, haciendo que éste fuera su gran último acto de gobierno. Millones de personas lo vieron en todo el planeta y todavía recuerdan su velo negro cubriéndole el rostro y la pequeña mano de John John, el hijo de JFK, haciendo al féretro de su padre, el que pudo haber sido el saludo militar más fotografiado del siglo.

Poco tiempo después de la muerte de Jack, comenzó a preparar la Biblioteca Kennedy para preservar la memoria de su marido, una de sus grandes preocupaciones. Escogió al entonces desconocido arquitecto I.M. Pei para llevar a cabo el diseño de la obra y la situó en un lugar desde donde podía divisarse el puerto de Boston.

Su vida continuó teniendo una extraordinaria relevancia pública y puede decirse que no fue indiferente para nadie. El gran público la siguió a través de sus apariciones en los medios, pero después del asesinato de Bob Kennedy, a quien estaba especialmente unida, pensó que la supervivencia de sus hijos nunca estaría asegurada en los Estados Unidos.

En los años sesenta, de acuerdo con el escritor Thomas C. Reeves, en Estados Unidos los padres se preocupaban de la educación de sus hijos y de su ascenso social.

Aunque es posible que ésta sea, justamente, una de las características del pueblo norteamericano: la preocupación por la capacidad de los “self made men” y sus esfuerzos para construirse un destino desde cero.

Los Estados Unidos son un país reciente, de gentes emprendedoras, calvinistas, conscientes del valor de lo material y seducidas con facilidad por el status y la riqueza. Moralistas de pro, que sin embargo no quieren perder el tren de una situación social acomodada y un respaldo económico holgado.

Sus compatriotas pensaban que Jacqueline se preocupaba por sus hijos como lo haría una madre perfecta, consiguiendo educarlos como si fueran personas *normales*, a pesar de tener que sobrellevar una situación extraordinaria y difícil.

Thomas Oliphant, del Boston Globe, escribió: *por encima de todo y ante todo, Jacqueline Kennedy Onassis fue una magnífica madre.*

*En unas circunstancias de indescriptible dolor, supo proteger a sus hijos, les dio su cariño y luchó por ofrecerles un espacio en el que pudieran crecer en libertad... Esa parte de Jackie destaca como su principal legado y tributo.*

*Hizo pocas declaraciones relevantes, tal era su afán de defender su intimidad y la de sus hijos, pero jamás olvidaré su comentario de que si les fallas a tus hijos, nada de lo que puedas hacer en la vida te compensa de ese error.*

Para Jackie, fuera como fuera, *la maternidad era un asunto complicado.* Según el autor Edward Klein (*La maldición de los Kennedy*), durante la última etapa de su vida, la ex Primera Dama comentó que *la maternidad le recordaba una frase de J.M. Barrie, el autor de Peter Pan o el pequeño que no quería crecer, cuando decía que Dios, a quien los niños pequeños rezan, tiene un rostro muy parecido al de sus madres.*

En 1968, rompiendo según la opinión de muchos con la idílica pero difícil imagen de viuda oficial del país, se casó con Aristóteles Onassis, el magnate griego que le aseguraría una existencia más confortable y segura, lejos del ojo del huracán en que vivía la familia Kennedy en los Estados Unidos.

Podría decirse que el tren de vida que le ofreció Onassis era el que Jackie había soñado. No le faltaron los millones de dólares disponibles para gastar sin preocupaciones, ni los jets privados o el conocido yate Christina para pasear su ocio por el mundo.

Sin embargo, la relación con este hombre mayor que ella, enamorado en realidad de una compatriota, la soprano María Callas, hubiera terminado en un divorcio anunciado, si Onassis no hubiera muerto en 1975, triste y derrotado por la muerte prematura de su hijo.

Una miastenia gravis, complicada con un fallo multiorgánico, pusieron fin al segundo matrimonio de Jackie, que desde entonces decidió recuperar su libertad y comenzar a labrarse por primera vez antes de la cincuentena, un proyecto de vida independiente y personal.

Jackie Onassis comenzó su carrera en la edición en 1975, cuando su amigo Thomas Guinzburg, entonces presidente de Viking Press, le ofreció un puesto como asesora editorial.

Pero renunció a este cargo dos años más tarde cuando el señor Guinzburg publicó, sin avisar a Jacqueline, un thriller de Jeffrey Archer titulado *¿Se lo diremos al Presidente?*, que contaba la historia de Edward Kennedy en la Casa Blanca como presunto Presidente y su posterior asesinato.

En 1978, la señora Onassis consiguió un nuevo trabajo, similar al anterior, en Doubleday, a las órdenes de otro antiguo conocido y amigo, John Sargent. Se la instaló en un pequeño cubículo sin ventanas. Allí sin embargo, coincidió con una amiga de toda la vida, Nancy Tuckerman, y juntas trabajaron durante los quince años siguientes.

En Doubleday trabajaba tres días a la semana, mientras pasaba también largas temporadas de descanso en su casa de Martha's Vineyard.

Fue bastante productiva su labor en la editorial y entre sus productos figuran las obras de autores como Bill Moyers, Michael Jackson, el cantante, Edgard Radzinsky, autor de *El último Zar: la vida y muerte de Nicolás II*.

Los gustos y elecciones de Jackie eran bastante eclécticos, ya que también publicó numerosos libros para niños y una trilogía traducida sobre Egipto, país que amaba, de Naguib Mahfouz, el Premio Nobel de Literatura.

La edición es una industria en la que los responsables tienen poco tiempo para sus autores. Sin embargo, Jonathan Cott, que la conocía bien, pensaba que *trabajar con ella era extraordinario*. Este autor creía que Jackie tenía un gran sentido de la estructura y estilos literarios. *Era inteligente y apasionada con el material, una lectora y editora ideales*.

Siempre le habían atraído los hombres mayores, buscando edípicamente tal vez la figura de un padre que nunca había estado a la altura de las circunstancias.

La última parte de su vida la vivirá “a su manera”, como diría Frank Sinatra, que fue uno de sus acompañantes y admiradores, dedicándose a la edición y rodeada de sus dos hijos y de los nietos que le dio Carolina, su hija mayor.

Maurice Tempelsman, un hombre de negocios de origen belga y judío, especializado en diamantes, cerraría definitivamente su larga lista de acompañantes de mujer madura.

Aunque no volvió a casarse, ya que la mujer de Tempelsman, judía ortodoxa, nunca quiso darle el divorcio, la pareja, que se conocía desde hacía bastante tiempo, pasaba muchos veranos y tiempo libre junta. Jackie confesó a un amigo, que lo que le gustaba de él – genio y figura- era *su fuerza y su éxito*.

Sin embargo, ella, que lo había tenido todo, no pudo sobreponerse a un cáncer linfático que se la llevó en un corto periodo de tiempo.

El 19 de mayo de 1994, Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis murió en su casa, luego de pedir en el hospital el alta voluntaria. Como dijo su hijo, John, murió tranquilamente, *rodeada de las cosas que más amaba*.

En su funeral hubo unas palabras emocionadas del senador Edward Kennedy, su cuñado: *siempre podíamos contar con su apoyo. Fue una bendición para nuestra familia y para la nación y un ejemplo para el mundo sobre cómo hacer bien las cosas, cómo ser madre, cómo apreciar la historia y cómo afrontar la tragedia con valor*.

*Nadie tenía su aspecto, nadie hablaba como ella ni era tan original como ella. Nadie tenía un sentido tan cabal de sí mismo como ella...*

*No le gustaba llamar la atención, en parte porque le recordaba el indescriptible dolor que soportar ante la mirada del mundo entero.*

*Durante los años que transcurrieron desde la tragedia, su autenticidad y su fortaleza de carácter siguieron resplandeciendo a través de los muros de su intimidad, alcanzando a la gente en todas partes. Jackie era*

*demasiado joven para quedarse viuda en 1963 y demasiado joven para morir ahora.*

*Hizo una rara y noble aportación al espíritu americano. Pero ante todo fue una magnífica esposa, madre, abuela, hermana, tía y amiga. Enriqueció nuestra historia y a nosotros, que la conocimos y amamos, nos enriqueció nuestras vidas.*

Caroline leyó un poema titulado *Memory of Cape Cod*, de Edna St. Vincent Millay, una de las poetisas que más le gustaban a su madre.

La soprano Jessie Norman cantó un par de himnos y el reverendo Walter F. Modrys celebró una misa según el rito católico.

Maurice Tempelman leyó una celebrada poesía del poeta griego Kavafis y cuando terminó la lectura expresó: *la travesía ha concluido. Lamentablemente ha sido muy corta. Estuvo llena de aventuras y sabiduría, risas y amor, valor y dignidad. Tan sólo nos queda decir “adiós”.*

Descansa, por propio deseo, junto al presidente Kennedy en el Cementerio Nacional de Arlington, en Washington DC. Pero al final de esta obra volveremos sobre todos estos detalles de la última parte de la vida de Jackie.

Harrison Rainie, a propósito de su muerte, escribió: *al final, llegó a acostumbrarse a la opinión que tenía el público sobre ella. Poco después de que John Kennedy muriera asesinado, Jackie expresó que “se ha convertido en una leyenda, aunque hubiera preferido ser un hombre”.*

*Los dioses que conceden la gracia secular de la fama conspiraron para que al final Jackie ocupara el mismo lugar que él. Jackie quiso ser ella misma, pero el mundo la convirtió también en una leyenda.*

No todos los que la conocieron habrán estado de acuerdo con tantos panegíricos, porque su historia fue grandiosa, pero hay quien había descubierto algunas sombras entre los destellos que la alumbraron.

JFK: EL HOMBRE QUE ACOMPAÑÓ A JACKIE KENNEDY A PARÍS

*Estimados americanos, no preguntéis lo que vuestro país puede hacer por vosotros, sino lo que vosotros podéis hacer por vuestro país.*

Jackie fue una mujer fuera de lo común, beneficiada por la suerte y la naturaleza con muchos dones, naturales y adquiridos, pero está claro que nunca hubiera sido mundialmente conocida, al margen del contacto entre los círculos de clase alta norteamericanos, si no se hubiera casado con el senador Kennedy, que llegó muy poco después a la presidencia de los Estados Unidos.

Jackie sin John hubiera llegado a destacar en su ambiente, pero junto a él se convirtió en uno de los iconos más importantes de su siglo. Y durante mucho tiempo, en la imagen conservada de un presidente muerto y su leyenda.

El proyecto político y común, de la pareja, sin embargo, se truncó prematuramente. El 15 de noviembre de 1963, una semana antes del fatal desenlace de su inacabada presidencia, Jack Kennedy estuvo en Palm Beach con su familia y visitó al día siguiente Cabo Cañaveral. El día 21 salió para Tejas. Tenía que visitar varios lugares en este viaje: Fort Worth, San Antonio, Houston, Austin y Dallas.

Llegó a la ciudad que sería su última convocatoria vital el día 22 de noviembre, acompañado por Jackie y el gobernador de la ciudad, John Connally.

John había recibido advertencias en el sentido de que Tejas no era una tierra propicia para que hiciera campaña. Muchos le previnieron, pero los Kennedy nunca han sido gente que cambiara de planes por los comentarios de los demás, aunque en este caso fueran bienintencionados.

Una limusina se iba abriendo paso por las calles de Dallas, mientras una multitud se había dado cita para saludarlo. Alrededor del mediodía, se escucharon disparos, que hirieron al Presidente en la base del cuello y en la cabeza, alcanzando también al gobernador Connally.

Rápidamente se llevó a Jack Kennedy al hospital Parkland Memorial, donde una media hora más tarde falleció. Buena parte del país y del mundo fue testigo directo del atentado, en una época en que todavía por fortuna, la



sangre de las personas no se derramaba públicamente y en proyección mediática como ocurre en nuestros días.

JFK tenía 46 años y su asesino se llamaba Lee Harvey Oswald, eliminado a su vez por Jack Ruby. Todo lo que rodeó la muerte de Kennedy parecía emerger de una dolorosa pesadilla, pero, ciertamente, según muchos politólogos, la suya fue desde siempre *una muerte anunciada*.

El Air Force One, el mítico avión oficial, trasladó de vuelta a Washington al Presidente muerto y al nuevo Jefe de Estado, el que había sido hasta entonces el Vicepresidente, Lyndon B. Johnson, que se convirtió en el trigésimo sexto Presidente de los Estados Unidos.

El funeral de Estado fue preparado muy cuidadosamente por Jackie, que consultó el protocolo que había tenido lugar para el entierro del presidente Lincoln, así como la fórmula utilizada en los funerales de muchos mandatarios y miembros de la realeza europea.

El resultado fue un fenómeno mediático que aún se recuerda y se emite en programas de televisión no sólo políticos o históricos sino también de sociedad.

El cuerpo de JFK fue acompañado por más de un millón de personas hasta la Catedral de St. Matthews y desde allí conducido hasta el cementerio de Arlington, donde descansa custodiado por una llama que luce constantemente.

Al funeral acudieron más de noventa dignatarios de gobiernos extranjeros. Poco tiempo después, la Comisión Warren fue encargada de aclarar las circunstancias del atentado. Los 1.000 días de Kennedy terminaron en el asesinato de uno de los presidentes de Estados Unidos, que formó con Jackie una de las parejas presidenciales que más fascinó a los medios de comunicación y a los observadores de todo el mundo.

El sueño de Camelot había sido truncado definitivamente. La Comisión Warren estableció en un informe publicado el 27 de septiembre de 1964, que Lee Harvey Oswald había sido el único responsable y que éste no tenía cómplices en ninguna otra organización.

Pero, sin embargo, en 1979, otra comisión determinó, luego de otros dos años de investigaciones, que el asesino estaba implicado en una conspiración mucho mayor, probablemente involucrada en el contexto del crimen organizado.

Jack Kennedy había nacido el 29 de mayo de 1917, en Brookline, Massachussets. En una familia de nueve hijos, donde él era el segundo, después de su hermano Joe Junior.

Su madre, Rose Fitzgerald Kennedy, la matriarca del clan que murió centenaria, fue para algunos una madre excelente, para otros una mujer evasiva y sin ternura, que tenía que soportar un matrimonio de intereses con un marido que consolidó el modelo de Don Juan entre los hombres de la familia Kennedy.

Viajaba mucho y a menudo sus hijos se transformaban en *pobres niños ricos*, rodeados por el personal de servicio que suplía de oficio y sin amor ni entusiasmo, las funciones de unos padres ausentes que nunca daban cariño a su prole.

Rose se preocupaba principalmente por mantener activas sus convicciones religiosas, católicas, por ocupar el lugar que la mejor sociedad de su época le había otorgado gracias a su vez, a los buenos oficios de su industriosa familia de origen.

A pesar de todo, fueron clásicas las anotaciones que iba dejando por sus casas, relacionadas con sus necesidades hogareñas o las prioridades de los niños. Estas notas, antecedentes preclaros de los *post it* de hoy en día, trajeron a menudo la burla de Jackie, durante la época, inmediatamente después de casada, en que le tocó compartir casa con su suegra.

El padre de Jack Kennedy, famoso acompañante de la actriz Gloria Swanson y de otras personalidades del cine que lo encandilaban, fue un hombre de negocios avezado.

Había sido alumno de la Universidad de Harvard y con 25 años se convirtió en el presidente más joven de un banco en los Estados Unidos, cuando se puso al frente del Columbia Trust.

A los treinta años ya era un hombre rico, con varias casas donde alojar a su numerosa prole, dedicándose con igual afán a la Bolsa, el comercio de alcohol y la industria del cine, entre otras ocupaciones comerciales.

John tuvo una niñez, adolescencia y juventud donde la enfermedad o sus múltiples achaques siempre estaban presentes. De hecho, cuando llegó a la Presidencia de su país, ya había sufrido varias operaciones y tratamientos de todo tipo.

A menudo sus médicos discutían el origen de sus enfermedades y problemas de salud y tuvieron que ingresarlo en diversos hospitales.

Lo que sí se ha confirmado, aparte de la ingesta abusiva que realizaba para intentar controlar sus males y dolores, de todo tipo de medicamentos (antiinflamatorios, sedantes, antibióticos, etc.), es que padecía desde pequeño de la enfermedad de Addison.

Se trata de una enfermedad que produce un funcionamiento por debajo de lo normal de las glándulas adrenales. En este caso, la glándula adrenal produce cantidades de cortisol y de aldosterona que no son suficientes.

Está descrita como una enfermedad grave, que puede aparecer a cualquier edad, aunque Jack Kennedy la padecía desde los comienzos de su vida y la sufren cuatro de cada 100.000 personas.

Los orígenes de este mal son desconocidos. La tercera parte aproximadamente de los enfermos de Addison sufren la enfermedad debido a la destrucción de las glándulas adrenales por causa de una infección, un cáncer u otro tipo de afecciones.

La disfunción que padecía John Kennedy y que tanto él como sus médicos y su familia se empeñaron en ocultar a la opinión pública, especialmente desde su ambición por ocupar el sillón de la Casa Blanca, tienen consecuencias reseñables en el organismo.

Dado que los corticosteroides tienen un rol determinante al contribuir a que el cuerpo combata las infecciones y son protectores de la salud frente al estrés físico, hay un aumento del riesgo médico durante etapas estresantes del paciente, como una infección, una herida o una cirugía.

Aunque cada individuo puede padecer diferentes síntomas de la enfermedad, podríamos citar entre los más generalizados, la fatiga y la debilidad, los mareos, el oscurecimiento de la piel y las pecas negras, náuseas, vómitos y diarreas, pérdida del apetito y de peso, deshidratación e intolerancia al frío, dolor en los músculos.

Hay autores como el biógrafo de JFK, Robert Dallek, que llevó a cabo un exhaustivo relato de las afecciones padecidas durante toda su vida por el Presidente.

Dallek relata en su biografía que con estos antecedentes hubiera sido bastante impensable considerar la posibilidad de una reelección del Presidente, de la misma forma que probablemente se hubiera conocido la compulsiva dedicación de Kennedy a las mujeres y las aventuras extramatrimoniales.

Es también sorprendente ante estas dos circunstancias, la actitud aparentemente serena y controlada de Jackie, que, ante la mala salud de su marido o sus aventuras amorosas, parecía guardar un silencio comedido no falto de rencor o aguardar sencillamente, que llegasen tiempos mejores.

La Primera Dama, de hecho, debía simultanear las preocupaciones a las que la sometía su esposo, con problemas acuciantes a la hora de llevar a buen término un embarazo o salir airoso y con el bebé sano de un parto.

De todas formas, llama la atención que, aunque se conocía el hecho de que Kennedy padecía la enfermedad de Addison, no por eso se le advertía suficientemente de que llevase unas rutinas de autoprotección diarias, a juzgar por el tipo de vida que se le conoce en todos los sentidos (exceso de trabajo, cientos de aventuras amorosas compulsivas, abuso del ejercicio físico cuando se encontraba en compañía de su familia en Hyannis Port o Palm Beach, etc.).

Como escribe Jorge Escotado en un periódico español de gran tirada: *el Presidente padecía de forma atenuada una enfermedad descrita en el siglo XIX por el médico inglés Thomas Addison. Dentro de la lista de males que le aquejaba, el único que negó precisamente fue el de Addison, como relata el historiador Arthur Schlesinger.*

Aparte de esta enfermedad, estuvo al borde de la muerte, en febrero de 1920, cuando contrajo la escarlatina, que le duró durante varias semanas.

Sus hermanas y hermanos, fuertes y aguerridos en la lucha por la supervivencia, eran amantes de los deportes de riesgo y estaban habituados a la confrontación intelectual y física con el medio.

Se burlaban del hermano más desprotegido y menos dotado para la lucha por el éxito y la excelencia, que les exigía como a todos los hijos, la tradición familiar.

Efectivamente, la familia Kennedy no admitía mediocres, a pesar de que una de las hermanas de John, Rosemary, era discapacitada y fue sometida

por decisión paterna a una lobotomía sin que se enterara su madre, Rose, para frenar sus frecuentes ataques de agresividad.

Aún así, el resto de los hijos e hijas de la familia Kennedy tenía que cumplir con su cometido y funcionar a la altura de lo que se esperaba de ellos.

John creció en un entorno de tres hermanos, Joe (Joseph) Jr, Robert y Edward y cinco hermanas (Rosemary, Kathleen, Eunice, Patricia y Jean).

La vida de la familia era la adecuada para un hogar de clase alta, en Boston, donde crecían y se educaban en una casa de doce habitaciones y nueve cuartos de baño. Rose, como se dijo con anterioridad, estaba a cargo de todo, aún in absentia, gracias a un ejército de niñeras y criados.

En 1928, toda la familia pasaba sus veranos en la casa de Hyannis Port, Cape Cod. La propiedad era ideal para dedicarse a todo tipo de actividades deportivas y de tiempo libre.

Los hermanos nadaban, jugaban al football y al golf, navegaban y sobre todo, competían.

Sus padres, especialmente Joe senior, tenía grandes ambiciones para sus hijos. En esos momentos, todas las expectativas estaban puestas en el hijo mayor, Joe, pero la Segunda Guerra Mundial traería cambios inevitables en el diseño vital y profesional de la familia Kennedy.

Jack en cierta forma, daba la nota debido a sus problemas de salud, que le imponían generalmente una mala forma física, pero no era un joven que se arredrara ante el infortunio, ni su futura esposa, Jackie, como demostrarían en el futuro.

Cuando iba a la Escuela Choate para chicos, Jack tenía muchos amigos y practicaba pese a su mala forma física, todo tipo de deportes.

En el ámbito escolar la literatura, la lengua inglesa y la historia, eran sus asignaturas favoritas.

Aunque nos parezca increíble en estos tiempos en que relativamente pocas personas dedican tiempo a leer diariamente los periódicos, Jack ya estaba por entonces suscrito al New York Times.

A pesar de que sus profesores pensaban de John que tenía una mente despierta y era inteligente, no se mataba estudiando. Su padre lo sabía, y lo inducía a trabajar todo lo que le fuera posible.

En 1935 se graduó en Choate, con 19 años. Pasó a continuación a seguir cursos en la London School of Economics, una institución ya entonces considerada para los elegidos.

A continuación prosiguió sus estudios en la Universidad de Princeton. En esa época cayó seriamente enfermo, pero a los médicos les resultaba casi imposible discernir las causas de sus problemas de salud. Fue ingresado en hospitales, como explicamos y tuvo que soportar una convalecencia bastante larga, la primera de una larga serie.

Fue durante 1936 que fue admitido en la Universidad de Harvard, donde volvió a centrarse en los estudios de arte e historia. Una vez más permaneció en el contexto deportivo de la universidad y por entonces, la voracidad con que devoraba los libros que tenía a su alcance, era proverbial.

Probablemente lo que más llamaba la atención del futuro Presidente por entonces, era la pasión y la velocidad con que se volcaba en la información, como diríamos hoy.

Se trata de un estudiante que leía del orden de diez o doce volúmenes por semana. Pero en esos momentos comenzó a formar parte del equipo de football en la Universidad y sufrió una lesión en la espalda que fue el principio de una de sus grandes enfermedades durante toda su vida.

Todo pareció cambiar en la vida familiar, cuando en 1937, su padre, Joseph Patrick Kennedy, fue nombrado embajador en el Reino Unido y la familia al completo se marchó a vivir a Gran Bretaña, con la excepción de Joe y John, que no quisieron abandonar sus estudios universitarios.

Por entonces, Jack comenzó a mostrar un gran interés por la política y especialmente por los acontecimientos europeos.

Fue con su amigo, Lem Billings, con quien llevó a cabo numerosos viajes por Europa durante el verano de 1937. Cuando regresó a casa, estaba más interesado que nunca por la política.

Se trataba del comienzo de una etapa de cambios sustanciales, ya que en esa época, Adolf Hitler era el líder absoluto de Alemania, mientras que

Italia estaba liderada por Benito Mussolini y se avecinaban movimientos estratégicos decisivos en el viejo continente.

En el verano de 1939, Jack volvió a viajar a Europa, donde se había declarado la guerra, en gran medida debido a la invasión alemana de Polonia. De hecho, fueron estos temas internacionales clave, los que se convirtieron en la base de la tesis de Jack en Harvard.

Se dedicó a analizar la política de Inglaterra y sus implicaciones con respecto al Tratado de Munich de 1938. La tesis llevaría por nombre *Why England slept?* Recibió comentarios elogiosos de los críticos y los lectores y pronto se convertiría en uno de los libros más vendidos del momento.

Una etapa decisiva en la trayectoria de Jack se vincula a su graduación en Harvard en 1940 y a continuación comenzaría nuevos estudios en la Escuela Stanford de Negocios.

Sea como fuere, también la tranquilidad y prosperidad de la vida de esta familia - como la de muchas otras- quedó ligada a los acontecimientos bélicos por venir.

Fue en el año 1941 cuando América entró en la guerra y entonces Jack se unió al cuerpo de marines y se le confió el mando de un grupo de doce hombres. Su hermano Joe, por su parte, había ingresado en el servicio de su país como piloto de un cazabombardero el mismo año.

Dos años antes del fin de la contienda, en agosto de 1943, su lancha torpedera, una PT-109, fue hundida por un destructor japonés. Jack fue herido nuevamente en su espalda y perdió dos de sus hombres, aunque consiguió salvar a un tercero, arrastrándolo a nado durante un trecho considerable. Se trató de un episodio que pronto pasó al ámbito de la leyenda.

Se habían quedado aislados en una pequeña isla, pero fueron finalmente rescatados. JFK recibió los honores correspondientes a la importancia de su hazaña durante la guerra. Pero los avatares de la familia Kennedy en los aciagos años del conflicto bélico no habían llegado a su fin.

Joe hijo murió cuando su avión explotó durante una misión que le había sido encomendada en el norte de Europa y ya veremos las consecuencias de esta desaparición.

La pérdida de su hermano mayor cambiará la existencia de Jack para siempre. A partir de la pérdida del primogénito, su entorno lo percibirá como la esperanza fundamental del patriarca de los Kennedy para liderar la familia y conseguir un puesto decisivo en el panorama político de su país. Se plegó a los deseos del clan para continuar la estela familiar en la política, aunque hubiera preferido escribir o enseñar: sin embargo, es evidente que su padre lo convenció para que iniciara la carrera por un puesto en el Congreso.

Con 29 años fue elegido en 1946 entre varios candidatos que también competían por el puesto y fue seleccionado nuevamente por Boston en 1948 y 1950. Fue con el slogan de que *Kennedy podrá hacer más por Massachussets*, que se presentó en 1952 a las elecciones como Senador, derrotando a su contrincante republicano, Henry Cabot Lodge.

En esa época conoció a la que sería su esposa, aunque tal como se demostró posteriormente, desde luego de ninguna manera la única mujer de su vida: Jacqueline Bouvier.

Los había presentado Charles Bartlett. Por entonces Jackie tenía 23 años y trabajaba como reportera y fotógrafa para el Washington Times Herald y es evidente que Jack no podía ser mejor partido para una joven como ella.

La joven lo entrevistó para el periódico y pronto la suya se convirtió en una relación sólida y estable, aunque fragilizada y puesta continuamente a prueba por la psicología de John.

En esta elección de Jack tuvo mucho que ver su padre, aunque de una manera indirecta, ya que éste creía que la carrera de un Senador no tendría ningún futuro sin una esposa “oficial” y conveniente.

La primera aparición pública que hizo la pareja fue en 1953, durante un baile organizado por el presidente Eisenhower.

Poco después Jackie fue enviada como corresponsal a Inglaterra, para cubrir la coronación de la futura reina, Isabel II. Estando allí recibió un telegrama tal vez esperado de Jack, en el que le pedía que se casara con él.

Probablemente la joven periodista nunca creyó que tuviera posibilidades para ingresar en el clan más conocido de Estados Unidos, pero la boda se produjo y tuvo finalmente lugar en Newport el 12 de septiembre de 1953, aunque su padre no fue finalmente el padrino de la ceremonia debido a que se encontraba muy bebido. A pesar de esta circunstancia dramática el



complejo de Edipo y el consiguiente vínculo con Jack Bouvier no conseguirían desvanecerse ni con la muerte de éste.

El enlace contó con una recepción para más de mil invitados y tuvo su colofón con la partida para un viaje de luna de miel a Acapulco.

UNA MALA SALUD PRESIDENCIAL Y OTRAS CONTINGENCIAS

Mientras tanto, la salud del futuro Presidente continuó siendo tan precaria como era habitual. Sus molestias en la espalda le obligaron a sufrir dos operaciones, que no tenían grandes posibilidades de éxito. Sin embargo, mejoró, aunque siguió padeciendo muchas otras complicaciones médicas.

La mala salud del Presidente fue uno de los grandes enigmas de su presidencia, especialmente por el secretismo con el que se llevó, dada la importancia de su precaria situación física. Puede decirse que se trataba de un secreto a voces. Paradójicamente, la imagen que los medios difundían de Kennedy parecía la viva representación de su buen estado físico y psíquico.

Tuvo que someterse a una larga convalecencia, pero JFK nunca desperdiciaba el tiempo, ni siquiera durante un periodo de enfermedad. Mientras se recuperaba de sus operaciones escribió *Profiles in courage*, una obra que relataba la vida de varios senadores que habían arriesgado sus carreras para defender sus convicciones.

El libro, que había entrañado una estrecha colaboración con su esposa, vio la luz en 1956 y fue su segundo éxito literario. Al año siguiente su esfuerzo fue recompensado con el Premio Pulitzer, uno de los más prestigiosos de Estados Unidos y de renombre internacional. Recibió el premio el mismo día en que nació su hija, Caroline. Poco tiempo después volvió a reanudar sus tareas en el Senado y regresó a sus inquietudes vinculadas a la política nacional e internacional.

Siempre dedicó una parte de sus esfuerzos para luchar contra el racismo y la falta de igualdad de oportunidades de los afroamericanos y junto a su hermano, ingresó en el Comité Rackets, que luchaba contra la infiltración del submundo de la delincuencia y el crimen en la vida pública.

El marido de la protagonista de esta historia, volvió a ser reelegido Senador en 1958 por el estado de Massachussets y en esta ocasión se alzó con una victoria en la que ganó por más de 700.000 votos.

Aunque estuvo muy cerca de ser elegido como Vicepresidente en 1956, decidió finalmente presentarse para la presidencia en las elecciones siguientes.

La familia apareció una vez más como una verdadera piña y las visitas de todos sus miembros a los diferentes Estados para conseguir que Jack fuera elegido se hicieron omnipresentes.

Nixon, su oponente republicano, parecía tenerlas todas consigo pero probablemente fue una aparición de los candidatos en televisión lo que decantó el voto del electorado. En efecto, el 26 de septiembre de 1960, en Chicago, el país pudo comprobar cómo Kennedy componía una imagen mucho más distendida, fresca y moderna que la de su oponente, que aparecía acartonado y falto de seguridad en sí mismo. Esta batalla en los medios se convirtió en un paradigma de actuación política televisiva.

Hubo otra circunstancia que también redundó a favor del candidato demócrata: al final de octubre de ese año, el Reverendo Martin Luther King Jr, había sido arrestado en Atlanta después de una manifestación y fue sentenciado de una forma bastante expeditiva, a cuatro meses de trabajos forzados.

Los hermanos Kennedy, Bobby y Jack, intervinieron ante el juez para que lo dejara libre. La noticia corrió como la pólvora en las comunidades afroamericanas y le proporcionaron a JFK unos votos con los que a priori no había contado.

Así, poco a poco, y en unas circunstancias electorales de infarto, John Kennedy se convirtió en el primer Presidente católico de los Estados Unidos el 8 de noviembre, cuando derrotó a Nixon, en la que fuera la elección más reñida en la historia de los Estados Unidos: Jack se hizo con el 49.75 % de los votos frente al 49.55 de Nixon.

Luego se sucedieron palabras y actos que quedaron esculpidos en la historia política del país, como aquella famosa frase del Presidente que siempre se recordará fuera y dentro de América: *No preguntes lo que tu país puede hacer por tí sino lo que tú puedes hacer por tu país*. Dijo esto el 20 de enero de 1961 y es posible que nunca un primer mandatario de Estados Unidos llegara más hondo al corazón de sus conciudadanos y de su compromiso moral para con la nación. La suya fue una frase para la historia

En enero de 1961 la pareja Kennedy se trasladó a la Casa Blanca con el último recién llegado, John junior, conocido popularmente desde entonces como *John John*, que había nacido el 25 de noviembre del año anterior.

La familia parecía completa por el momento y entonces comenzaron los *días de vino y rosas* que duraron aproximadamente mil días en Camelot.

No es la primera ni la última vez que hablaremos en este libro de la redecoración que Jackie llevó a cabo en los entonces obsoletos ambientes

de la Casa Blanca. De hecho, su decisión de reformar la mansión presidencial fue a la vez una cuestión personal y una sabia elección de Estado.

La Casa Blanca fue la primera residencia del país, corazón de las decisiones vitales de un Jefe de Estado que también tenía tiempo durante el día para dejarse fotografiar con sus hijos en el Despacho Oval, aunque a Jackie no le gustara.

Sin embargo, no todas eran buenas noticias para la familia Kennedy: el país, que se galvanizaba en una lucha sorda internacional que dio en llamarse la Guerra Fría, sufría un riesgo evidente de acabar en una contienda nuclear con el enemigo, que podía llegar a devastar el mundo entero.

Los días de trabajo de Jack al frente del Gobierno no tenían nunca horas suficientes. Los ratos perdidos dedicados a sus aventuras amorosas con un sin fin de mujeres hermosas y apetecibles, tampoco. Kennedy parecía indestructible, sano y responsable y sin embargo, seguía teniendo la misma mala salud de hierro de siempre. Y la misma avidez por la aventura y las improvisaciones cotidianas en lo personal, que eran una de las huellas de marca de su familia. Y daba la impresión de que todo era un secreto, como ya dijimos, del que sus colaboradores respondían con el puesto.

Las largas horas de trabajo se acompañaban de asesores, informantes, especialistas, aunque el colaborador principal del Presidente seguía siendo desde siempre su hermano Bobby, que ya se había convertido en Fiscal General.

La creación del Cuerpo de Paz en 1961, que todavía tiene vigencia, fue una de las primeras decisiones de su gobierno. Se trata de un programa de voluntarios que los Estados Unidos hacen llegar a regiones en conflicto para proporcionar ayuda humanitaria, educativa, de salud, etc. Aunque es posible que uno de los acontecimientos más conocidos de su presidencia tenga que ver con la expedición de Bahía de Cochinos.

La fallida invasión tendría lugar el 17 de abril de 1961. Había sido planeada por el gobierno anterior, aunque también Kennedy le había dado su visto bueno. La operación para *liberar* a Cuba de Fidel Castro acabó en un estrepitoso fracaso y el primer mandatario y su decisión fueron criticados unánimemente y sin piedad.

La tensión aumentaba por semanas hasta que en junio del mismo año Nikita Krushev, el Premier ruso y Kennedy se reunieron en Viena. Los temas giraron no sólo en torno a problemas de desarme y Alemania, sino que también se discutió la situación en el sudeste asiático, conflicto candente que terminaría degenerando más tarde en la futura Guerra de Vietnam.

No llegaron a alcanzar acuerdos claros pero quedaron en mantener encuentros frecuentes para cambiar opiniones sobre la situación política internacional y de sus respectivos países. Sin embargo, a pesar de las supuestas buenas intenciones de acercamiento, los rusos no tardarían mucho en comenzar la construcción del Muro de Berlín.

La carrera espacial fue otra de las preocupaciones del joven Presidente. La lucha y la competitividad con los rusos también se libraba en este frente. Durante su presidencia se aprobó un presupuesto importante, 22 billones de dólares para promover la investigación del espacio.

En 1962, Kennedy aseguró que los Estados Unidos enviarían un hombre a la Luna en la década siguiente. La predicción esta vez se cerró de una manera positiva: Neil Amstrong pisó la luna el 20 de julio de 1969, siguiendo la frase antológica que siempre se recuerda: *un peldaño pequeño para el hombre, un paso de gigante para la Humanidad*. Pero el presidente Kennedy ya no iba a estar para festejarlo.

¿Cómo vive Jackie el periodo de preparación de su marido para la vida política al más alto nivel? En esta época sorprende ver cómo subordina su papel al de esposa y madre, al de ama de casa excepcional al mando de la mansión más importante del país.

En muchas declaraciones televisivas se la ve explicando que su rol es secundario y debe centrarse especialmente en hacer feliz a su esposo y a sus hijos, a pesar de que siempre había declarado que *no quería ser un ama de casa*.

Una nueva Jackie se está gestando sin embargo, en alguna capa profunda de su psiquis y de sus emociones. Pero todavía falta mucho tiempo para que pueda emerger y cambiar de piel. El azar y los acontecimientos tienen que desempeñar su papel y cumplir su ciclo.

El crucero en el yate Christina con Onassis y su hermana Lee, poco después de la pérdida de una nueva criatura, empieza a soltar las velas de la nave de Jackie, que, a partir del asesinato de su marido, comenzará a ser otra. Y luego otra diferente y otra más. Personalidad poliédrica y ambigua la de esta mujer excepcional.

En cuanto a los avatares políticos cotidianos de JFK, en octubre de 1962, la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, descubre que los soviéticos estaban colaborando con Fidel Castro en la construcción de lanzaderas para misiles en Cuba. De hecho, la Agencia consiguió identificar un barco que transportaba misiles con destino La Habana.

Éste fue el comienzo de la crisis de los misiles de Cuba. El mundo entero quedó a la espera de los acontecimientos, que no albergaban buenos presagios. Fue entonces cuando Kennedy pensó que sería conveniente organizar un bloqueo total a la isla. Hubo muchas negociaciones, algunas de las cuales probablemente nunca salieron a la luz, pero el caso es que Krushchev tres días después dio la orden a sus barcos para que emprendieran el regreso a la Unión Soviética.

El conflicto y sobre todo su desenlace, dieron mucha popularidad a Jack. En esta ocasión, se alzó con el triunfo de una situación peligrosa en el plano internacional, que tuvo al planeta al borde de la destrucción nuclear.

La segregación racial, como ya se ha dicho, era un tema de elección, que llevaba siglos sin resolverse en los Estados Unidos. La época Kennedy fue una etapa de cambios significativos en el ámbito de las libertades civiles.

Todavía se practicaba la discriminación, en los autobuses, escuelas, restaurantes, teatros y cines y todo tipo de espacio público, a pesar de que ya en 1954 la Corte Suprema de Justicia del país la había abolido. De hecho, la segregación se seguía manteniendo, al margen de la ley. En un determinado momento, miles de personas salieron a las calles y el presidente Kennedy tuvo que intervenir.

Sus palabras han quedado esta vez también escritas para la historia: *Han pasado cien años desde que el presidente Lincoln liberó a los esclavos, pero sus herederos, sus nietos, no son totalmente libres. Esta nación fue fundada por gentes de distintos orígenes y antecedentes...y se sustentó en el principio de que todos los hombres son iguales*, dijo.

Kennedy se embarcó en un viaje a Europa durante la última semana de junio de 1963. Su visita a Berlín, en la Alemania dividida, marcó un hito en la historia este-oeste. Cerca del famoso muro del oprobio, lanzó aquel inspirado discurso que enardeció a la multitud que lo estaba escuchando y una vez más su figura carismática galvanizó a los medios de comunicación: *Cualquier hombre, viva donde viva, es ciudadano de Berlín y por lo tanto, me enorgullece pronunciar estas palabras: Yo (también) soy berlinés.* Aprovechando su estancia en Europa, también se trasladó a Irlanda, para rastrear las huellas de sus antepasados.

Finalmente, el día que vio la luz prematuramente su hijo Patrick, que falleció casi de inmediato, JFK firmó un tratado que prohibía las pruebas nucleares. Los otros signatarios eran la Unión Soviética e Inglaterra.

Se trata de todo un logro en las negociaciones para desactivar la potencial peligrosidad y las escaladas de violencia política de la Guerra Fría. Poco a poco, muchas naciones de peso específico en la esfera internacional, se adhirieron al tratado.

Kennedy, el sorprendente Presidente de los Estados Unidos, joven, católico, a menudo enigmático, seguía escalando posiciones en el prestigio que lo unía al destino de sus conciudadanos.

Le quedaba mucho por hacer, a pesar de su errático comportamiento en el aspecto emocional de su vida privada y su mala salud habitual, pero muy poco tiempo después, en Dallas, unos certeros disparos le cegarían las esperanzas de futuro – a él y a su país- para siempre.

Es difícil comprender la historia y la evolución de la vida pública y privada de JFK sin tener en cuenta la lucha y el éxito que consiguieron sus antepasados, bisabuelos, abuelos y padres.

Se trata -la suya- de una familia por partida doble tremendamente ambiciosa, casi podríamos hablar de una avidez sin límites por alcanzar el status y el éxito social. Una especie de representación vívida de la teoría americana del *self made man*, porque eso es lo que fueron en mayor o menor medida, todos sus antepasados, las mujeres y en especial, los hombres.

Como escribe uno de los últimos y más reconocidos biógrafos de Kennedy, Robert Dallek: *En América todo era posible y los Fitzgerald y los Kennedy eran la prueba viviente de esta máxima.*

Y más adelante: *En Boston, donde los Lowell sólo hablaban con los Cabot y los Cabot sólo hablaban con Dios, ascender en la escala social por encima del nivel que a uno le correspondía por nacimiento era una empresa sólo apta para los más ambiciosos.*

De hecho, los Kennedy se adherían como un guante a un código darwiniano donde la selección natural de tipo social era plenamente deseada y comprendida, por no decir justificada sin ambages.

Sólo prospera quien se lo merece y lucha para ello y a veces no se para en la valoración de los medios, en un *vale todo* vital que haría palidecer las trilladas frases de Nicolo Machiavelo, donde se justifican los medios empleados para alcanzar determinados fines. La moral y la ética al servicio de objetivos políticos y personales.

Aparte de su deseo de preeminencia, Joe Kennedy, el patriarca de la numerosa familia que creó junto a su esposa, Rose, creía en el poder mental y en el pensamiento positivo, ideas que estuvieron muy de moda en el imaginario popular y que en la actualidad han vuelto a seducir al gran público.

De todos modos, los Kennedy formaban una familia singular. Charles Spalding, uno de los más allegados amigos de Jack decía de ellos: *Uno contemplaba a esa gente vivir sus vidas y tenía la sensación de que estaban al margen de las leyes habituales de la naturaleza, de que no había en el mundo gente más maravillosa y más comprometida. Había acción sin fin...conversaciones sin fin...competición sin fin, gente estimulándose entre sí y tirando los unos de los otros hasta llegar muy lejos. Era así de sencillo: los Kennedy tenían la sensación de destacar y esto se contagiaba a la gente que estaba en contacto con ellos. Eran una unidad. Recuerdo que pensaba para mí que no podía haber otro grupo semejante.*

Los Kennedy seducían a los que tenían la posibilidad de observar más o menos de cerca cómo vivía y pasaba su existencia una de las familias norteamericanas que por su riqueza y sus características más se acercaba al paradigma de la nobleza europea, ésa que no tenía cabida en el nuevo continente.



Lo que hay en este grupo humano, es una cierta nostalgia de excelencia ideal, aunque de hecho la tuvieran, de segregación hacia arriba en el status social, un deseo siempre insatisfecho de conseguir más y llegar más alto, como en el famoso lema de las Olimpíadas, “citius, altius, fortius”.

Y a veces este periplo ávido que los lleva por la senda de la distinción y la autoexclusión, también los separa peligrosamente del sentido de lo posible. Los Kennedy, grandes economistas y especialistas en medrar socialmente, han vivido siempre en una especie de imagen especular de una realidad paralela.

Y luego está la leyenda negra de su sempiterna mala suerte, de una especie de maldición que los acecha y que hace coincidir en ciertas fechas, la repetición de hechos aciagos y desgraciados para la familia. Y se han escritos muchas páginas sobre este tema.

Como todos los que viven al margen de la realidad que comparten el común de los mortales, los Kennedy desarrollaron un alto sentido de la autoprotección hacia adentro en lo familiar, casi una incomunicación paranoide con el exterior que sólo se vive como fuente de hipotéticos peligros o agresiones para el clan.

Sobre este particular escribe Robert Dallek: *...Joe enseñó a sus hijos, en particular a Jack y a Joe Jr., a confiar en la unidad de la familia como un escudo contra los competidores y oponentes...*

Otra de las características más evidentes de la familia Kennedy, era el interés por la competición. Todo el mundo conocía la idea del anciano Joe, que desde siempre repetía a sus hijos que *si no podían ser los primeros, mejor que no fueran nada*.

Desde el comienzo de su vida de estudiante, Jack destacó por su amor por cierto tipo de estudios y por su debilidad por las mujeres. Se podría decir que, desde adolescente, se había completado la matriz de su personalidad.

John Kenneth Galbraith lo recuerda como muy volcado a la vida social y a las mujeres, divertido y encantado con disfrutar en su tiempo de ocio.

El tipo de vida que llevaba Jack de adolescente y aún de mayor, cuando ya era Presidente de los Estados Unidos, tenía relación con lo que hoy los especialistas en comportamiento consideran el deseo por la gratificación

inmediata, lo que un famoso grupo de rock explicaba cantando: *lo quiero todo y lo quiero ahora*.

Parecía que nada, a pesar de las muchas desgracias que empezaban a cebarse en la familia (la muerte de Joe, el hermano mayor y de Kathleen, en sendos accidentes de aviación, el retraso mental de otra hermana de Jack, Rosemary y su posterior lobotomía para controlar su agresividad), interrumpía el afán de esta familia por correr en pos de una buena situación socioeconómica y un puesto destacado en la esfera política, dos cosas que, muy a menudo, poco o nada tenían que ver con la búsqueda de la felicidad.

Robert Dallek aclara una vez más la personalidad conjunta de este núcleo familiar de la clase alta norteamericana que había comenzado su andadura hacia el éxito desde cero, dos generaciones atrás: *... Jack obtuvo una victoria personal al recibir una invitación para ingresar en el Spee, uno de los ocho clubs de élite de Harvard, que incluía sólo a un centenar de los mil estudiantes del curso de 1940.*

*Era un honor que ni su padre ni Joe Jr. habían conseguido. Para él era un símbolo de status- piensa uno de sus compañeros de clase- prueba de que al final, los Kennedy eran lo suficientemente buenos.*

De todas formas el clan mantenía una curiosa relación con la riqueza y no era raro encontrar a Rose Kennedy, la matriarca, recorriendo sus numerosas casas apagando las luces para abaratar la factura de la luz, ocupación a la que se dedica, también desde hace décadas, la nada necesitada reina de Inglaterra, Isabel II.

El biógrafo citado es muy explícito sobre estos temas: *Joe y Rose consideraban inconcebible que alguno de sus hijos se decidiera a llevar una vida de sibarita. Los beneficios materiales de su riqueza eran demasiado obvios, desde casas opulentas a coches, ropas, joyas, viajes al extranjero, lujosas vacaciones y fiestas en casa y el extranjero con las celebridades más importantes de su época.*

*Pero una vida sin ambiciones, sin algún propósito más importante que satisfacer las propias necesidades, nunca formó parte de los valores de los Kennedy.*

Se puede decir que en cierta forma, la vida de Jackie hasta que conoció a Jack se dibujó con una simetría considerable a la de su futuro marido. El suyo fue un hogar desmembrado por el divorcio de sus padres, aunque su padre la adoraba. La relación con su madre, Janet, como el vínculo que a

menudo mantienen madres e hijas, era bastante fueran lo mejores ambiguo y pasó por diferentes etapas de desencuentros y afectos.

Jackie supo de todas maneras, lo que era un hogar rico pero sin calor, donde quedaba mucho espacio para encontrarse solo y desprotegido afectivamente.

Los padres de Jack, a pesar de haber vivido juntos unidos por un matrimonio que muchos habrían considerado de conveniencia, tampoco brindaron mucho afecto a sus hijos. Lo que sí era frecuente por parte de los progenitores, era el recordatorio de una serie de obligaciones y actitudes donde sobresalía la necesidad y la ambición nunca suficientemente repetida de que los hijos *fueran los mejores*.

Pero Rose viajaba, se dedicaba a sus propios asuntos con mucha asiduidad y Joe padre vivía preocupado por sus irregulares devaneos políticos, su afán por continuar amasando una fortuna y su colección de amantes.

A menudo los hijos de los Kennedy se sentían solos, y reiteramos un dato biográfico que explica muchos de sus rasgos autodestructivos, a caballo entre la abundancia y la riqueza.

Es posible que muchos de los problemas médicos de JFK hoy en día se estudiaran a la luz de los que han sido en llamarse factores psicógenos o de origen psíquico.

Por ejemplo, su colitis espástica, que lo consumió durante años. Los medicamentos que tomaba para combatirla probablemente le ocasionaron otra serie de molestias médicas más o menos serias. Se da la circunstancia de que también es posible que fuera celíaco, una enfermedad autoinmune que a menudo se asocia a las personas de origen irlandés.

Sin embargo, aunque sí tenía síntomas positivos de esta dolencia, carecía de otros que también forman parte del repertorio de problemas que padecen este tipo de enfermos.

La salud fue una preocupación constante en la vida de Jack y es posible que la relacionara con la cercanía de la muerte o la llegada de un fin prematuro.

Ésta es una de las razones por las que el Presidente se aferró a la vida con avidez y casi desesperación, agotando hasta el final en pocos años el paso de una trayectoria que finalmente sí fue truncada antes de tiempo.

A su mal estado de salud crónico, se unió la pérdida durante la guerra de Joe, su hermano mayor y la primera esperanza de la familia Kennedy. Esta circunstancia ya la hemos explicado aquí, pero lo que no se dijo era que el episodio en el que murió el hermano mayor fue prácticamente una acción de kamikaze, donde era altamente probable un resultado nefasto. Pero coincidía a la perfección con la forma en que los Kennedy se programaban la vida...y la muerte.

De repente, el rol que la familia había asignado a Jack como segundo hijo mayor del clan, quedó redibujado por la suerte. La obligación de ocupar el lugar de su hermano muerto, no debía ser en principio un punto de partida sano para acometer grandes proyectos.

Joe Jr. era el preferido de su padre y como el propio Jack escribió a partir de la muerte de su hermano: *boxeo con una sombra en un combate en el cual la sombra va a vencer siempre*. Cuentan que algo semejante le pasó a Salvador Dalí.

JFK se preocupaba por los asuntos de política nacional e internacional, y en esta orientación, también seguía la ruta trazada por su padre, el embajador.

A la facilidad de los Kennedy para adentrarse en los procelosos mares de la política local e internacional, podría adjuntársele una cita de Plutarco, que ilustra bien el sentimiento de servicio a una causa como una vocación inalienable:

*Están equivocados quienes piensan que la política es como un viaje por el océano o una campaña militar, algo que hay que hacer con un fin particular a la vista, algo que se abandona una vez que se ha llegado a ese fin. No es una tarea pública que hay que quitarse de encima. Es una forma de vivir.*

El futuro esposo de Jackie no pensaba de todas formas en dedicarse a la política ni a las grandes empresas personales mientras su hermano Joe vivía. Su muerte prematura cambió de una manera dramática el diseño de la existencia de JFK.

La verdad es que al principio de su cambio de rol, nadie, ni siquiera su propia gente creía en un futuro prometedor para John, porque las ambiciones que había en juego parecían sobredimensionadas, aunque hay que recordar que parecía no haber límites para esta familia con nostalgias

nunca satisfechas de poder. El papel que se esperaba que cumpliera era el de un segundón privilegiado.

De todas formas la trayectoria intelectual de Jack se había orientado ya hacia la política y en esa línea de actuación la elección de una mujer como Jacqueline parecía perfectamente coherente.

Una de las características más llamativas de Jack Kennedy, compartida por algunos miembros de su familia, era la necesidad de vivir momento a momento como si fuera el último. Se trataba de caracteres peculiares que habían hecho del *carpe diem* una máxima de su vida cotidiana.

Jack le expresó a uno de sus amigos: *lo importante es que tienes que vivir cada día como si fuera el último que pasas en este mundo. Y eso es lo que estoy haciendo.*

Después de la muerte de Kathleen y Joe, Jack se volcó mucho más en Bobby, que se convirtió en su mano derecha y desarrolló un afecto inconmensurable por su hermano el Presidente. Bobby llevó a cabo, con Jack, un viaje que realizaron por Oriente Próximo y Asia.

Seguramente formaban una pareja de hermanos irresistible. La verdad es que no puede dejar de admitirse que muchos miembros de la familia, contaban para su beneficio con un cierto *charme*, una capacidad de seducción que los hacía irresistibles para los medios de comunicación y para el trato humano en las distancias cortas. Pasaría muchos años después con John Kennedy hijo, designado en una ocasión como el hombre más sexy del año.

Este fue el caso de Jack, de Bobby y por supuesto de Jacqueline, cuando comenzó a manifestarse como un verdadero icono popular en la carrera de su marido a la Casa Blanca.

El misterio del éxito de esta peculiar familia norteamericana, residía, en parte y paradójicamente, como escribe Robert Dallek; *en ser algo más que el Primer Brahmán Irlandés, era el primer norteamericano surgido de las filas de los millones y millones de inmigrantes europeos que habían inundado Estados Unidos en los siglos XIX y XX.*

Sea como fuere, la historia de los Kennedy y también la de los Bouvier con quienes emparentaron, era la típica de los inmigrantes europeos que avasallaron a los aborígenes del país para ocupar un puesto que pensaban les había sido concedido por Dios.

La trayectoria de los Estados Unidos, como escribió en su día el escritor mejicano Octavio Paz, tiene que ver con una historia de ocupación escrita con sangre y la violencia del ejercicio del espíritu de frontera.

Sin embargo, ese impulso inmigrante luchador de los Kennedy, no conectó únicamente con las mayorías, sino con esas minorías que se identificaban con la llegada de la familia al Nuevo Mundo y especialmente con la consecución de un éxito social y familiar indiscutibles.

La situación personal y familiar de Jackie era simétrica, como ya se dijo, de la de Jack. *”Ambos compartían un pasado lleno de sufrimientos...El la veía como un alma gemela. Creo que comprendió que ambos eran muy parecidos, escribió Lem Billings...aprendieron a valerse por sí mismos y salir adelante. Se parecían muchísimo. Incluso los nombres, Jack y Jackie, las dos mitades de un todo.*

*Ambos eran actores y creo que apreciaban las actuaciones del otro. Era increíble verles actuar en una fiesta...Eran capaces de sentir que no había lugar en la tierra donde pudieras estar mejor que allí, en íntima conversación con ellos.*

El párrafo no deja de estar exento de cierta tentación para una doble lectura: por un lado la atracción que ejercía la pareja era innegable, pero a la vez se percibe la sensación de que todo lo que provenía de ellos, de su actuación, era justamente eso, un montaje para el exterior carente de autenticidad.

Jack además no consideraba del todo gratificante la posibilidad de perder su libertad en aras de un matrimonio por afecto, pero pensado en gran medida para cubrir las apariencias y las necesidades de un *candidato* político destinado a gestionar el futuro de un país hegemónico.

Las teorías de Sigmund Freud vendrían en nuestra ayuda para explicarnos por qué Jackie se sentía peligrosamente atraída por hombres inestables, poco fiables.

Chuck Spalding, confidente habitual en la vida de Kennedy, lo tenía meridianamente claro también, cuando dijo: *Ella no se sentía sexualmente atraída hacia los hombres a menos que fueran peligrosos, como el viejo Black Jack (Bouvier), su padre...*

*Era una de esas situaciones freudianas tan evidentes, que todos hablábamos de ello...hasta Jack, a quien no le interesaba particularmente Freud, decía que Jackie estaba “loca por su padre”. Lo más sorprendente era que Jackie, tan inteligente para otras cosas, no tuviera ni la menor idea de ésta.*

Efectivamente, la Primera Dama buscará a lo largo de su vida parejas con las características de su padre, especialmente las dos primeras relaciones oficiales, primero con JFK y posteriormente con Aristóteles Onassis.

Necesitó mucho tiempo para poder convivir y confiar en un hombre diferente que la cuidara y la protegiera, en lugar de establecer un vínculo de mutuo sometimiento o donde eran evidentes las muestras de un acuerdo de alguna manera comercial o interesado.

Maurice Tempelsman fue esa relación, que a la vuelta de los años, le dio a Jackie la posibilidad de reencontrarse consigo misma, sin tener que sin embargo renunciar a nada, ni a su status social y económico ni al reconocimiento de su familia y de la sociedad que se había acostumbrado a admirarla.

Kennedy embarcó a su esposa en una relación clara de poder, donde el sufrimiento formaba para Jackie parte de la transacción. No hay más que verla en los medios de comunicación por entonces: una especie de metáfora familiar de las grandes ideas que Jack tenía para gobernar el timón de su proyecto político y su éxito personal.

Hablando justamente del poder, pronunció en 1963 un discurso en el Amherst College, que parecía ilustrar muy bien su ideología y su filosofía de la vida, tal como su padre y sus antepasados le habían enseñado a concebirla: *Los hombres que crearon el poder realizaron una contribución indispensable a la grandeza de la nación, pero los hombres que cuestionan el poder realizan una contribución igualmente indispensable, en especial cuando su cuestionamiento es desinteresado, porque determinan si somos nosotros quienes usamos el poder o es el poder quien nos usa a nosotros.*

Su catolicismo evidente defendido a capa y espada por su familia, no carecía de fisuras y a menudo una doble moral invadía el diseño familiar de este grupo que aprovechaba su poder y su prestigio para negociar con la moral al uso defendida por Dios y por los hombres.

Sin embargo, JFK no tenía prejuicios al exclamar, el 12 de septiembre de 1960: *yo no soy el candidato católico a la presidencia. Soy el candidato del Partido Demócrata a la presidencia y además soy católico.*

De todos modos, había quienes pensaban que era más un producto político producido por el origen y las influencias de su familia, que un personaje genuino destinado por decisión propia a servir a su país.

Jack Kennedy, su familia y Jackie eran el espejo donde una sociedad de antiguos inmigrantes en ascenso y exitosos gustaba de contemplarse. Muchos le echaron en cara su carisma vacío, fabricado a partir de una imagen fresca, juvenil, estéticamente bella.

El factor económico, el dinero utilizado por Joe y los suyos para promocionar las ambiciones de un hijo brillante, fueron en ocasiones una rémora para JFK. Hasta la propia Eleanor Roosevelt tomó en primera instancia partido en su contra. Católico o no, lo que intimidaba y hacía desconfiar a algunos era la estela que había dejado Joe padre en sus negocios y en su ambigua gestión como embajador en Gran Bretaña.

Harry Truman fue muy expresivo y claro cuando dijo, refiriéndose a la confesión religiosa de Jack: *no es el Papa quien me da miedo, sino el papá.*

Sin embargo, Jack quería demostrar a su entorno inmediato y colaboradores y al gran público, que no era necesariamente como su progenitor, ni dependía de los designios que su familia había preparado para él.

Sin embargo, era inevitable que los Kennedy funcionaran siempre como *genio y figura*, ya que en efecto había una especie de marca de donde no estaban ausentes la excelencia y el cálculo sosegado de las actuaciones públicas del grupo.

Como dijo Pat Lucey, a propósito de la campaña de Jack (citado por su biógrafo Dallek): *la presentación en público de una celebridad, la familia era un punto importante...genuinamente glamourosa, así como sofisticada, de modo que la gente estaba ansiosa por conocerles a donde quiera que iban...*

El papel de Jackie en las elecciones y en el futuro de su marido fue decisivo, a pesar de que su imagen parecía en principio cara al público excesivamente sofisticada y europeizante.



Las elecciones las ganaron los dos, y también la familia Kennedy, con su participación y la abundancia habitual de recursos disponibles de todo tipo. Sin embargo, hay que decir que pocas veces se había visto un resultado electoral tan ajustado, como dijimos, por lo que JFK, con una desenvoltura que a menudo estaba presente en las manifestaciones externas de su personalidad se preguntó: *¿Cómo pude derrotar a un tipo como ése sólo por cien mil votos?*

Un cambio sustancial se había efectuado en los candidatos y había transformado a Kennedy, preparado para ganar las elecciones que lo llevarían a la presidencia de su país, en un triunfador *avant la lettre*.

Una de las grandes preocupaciones del nuevo Presidente y a pesar de la evidente tradición intervencionista de los Estados Unidos en los asuntos internos de Hispanoamérica, Kennedy estaba interesado en posibilitar una alianza entre el continente y su país.

Hizo alusiones a la vieja quimera bolivariana en un discurso pronunciado en la Casa Blanca, ante representantes del Congreso y del Cuerpo Diplomático y conquistó con él muchas voluntades:

*Nunca, en la larga historia de nuestro hemisferio, este sueño ha estado más cerca de su cumplimiento, y nunca ha estado al mismo tiempo en mayor peligro...nos enfrentamos a las mismas fuerzas que han puesto en peligro a América a lo largo de toda su historia: las fuerzas ajenas que en una ocasión intentaron imponer el despotismo del Viejo Mundo sobre los pueblos del Nuevo...*

Kennedy comprendió que a partir del momento de su ascensión al cargo de Jefe de Estado, su discurso tenía que cambiar, si quería que se modificaran las relaciones tradicionalmente ambiguas y dudosas con sus hermanos del sur del continente.

Y expresó: *Déjenme que sea el primero en admitir que nosotros, los norteamericanos, no siempre hemos comprendido plenamente la necesidad de liberar cuanto antes al pueblo de la pobreza, la ignorancia y la desesperación.*

La realidad demostró posteriormente que el sueño bolivariano de progreso para toda América resultaría imposible de llevarse a cabo, pero fue una buena declaración de principios, no exenta de buenas intenciones.

*JFK instó a toda la gente del hemisferio a unirse en una nueva Alianza para el Progreso, un gran esfuerzo cooperativo, sin paralelo en la magnitud y nobleza de sus propuestas, para satisfacer las necesidades básicas del pueblo americano de techo, trabajo y tierra, salud y escuela.*

Kennedy tuvo una presidencia corta, pero vapuleada por los tradicionales escarceos entre los dos bloques, como ya se dijo con anterioridad, en aquel periodo que dio en llamarse bastante justificadamente, la Guerra Fría.

Se trataba efectivamente de un pulso sostenido donde política y militarmente no parecía sobrepasarse demasiados límites, aunque hubo periodos críticos de alerta máxima como la aventura de Bahía de Cochinos.

Así pues JFK tenía abiertos varios frentes de atención en las relaciones internacionales, con Europa, el bloque soviético, Cuba, la inestabilidad creciente en el sudeste asiático. Su presidencia fue un lapso sincopado salpicado por una sucesión de destacados sucesos políticos. Un periodo de tiempo donde los actores y los observadores, parecían quedarse sin aliento.

Fue una etapa muy intensa y comprometida políticamente. No fue realmente una época de transición, sino de toma de decisiones arriesgadas. Y a pesar de todos los inconvenientes, Jackie estuvo allí para acompañarlo.

En los temas domésticos le preocupaban especialmente la carrera espacial (*una de las grandes aventuras de la historia humana moderna*). Otro asunto que le ocupaba tiempo era el atraso que llevaba en la práctica el desarrollo de los derechos civiles, las minorías- un clásico de su mandato- y sus siempre algo tensas relaciones con la prensa, cuando ésta se inmiscuía excesivamente en la procelosa vida privada del presidente.

En su viaje a Europa, se encontró con el presidente Charles de Gaulle, una leyenda viva después de la Segunda Guerra Mundial. En esta actuación, la presencia y el encanto de Jackie fueron puestos de manifiesto por todos los medios de comunicación internacionales.

Probablemente fuera a partir del viaje del matrimonio Kennedy a Europa, cuando la figura de su mujer como mediadora política, como embajadora *in pectore* de su país, empezó a cobrar especial relevancia.

Su manejo de las relaciones personales, de la lengua, el arte y la literatura francesas eran indiscutibles, así como la vivencia directa que había tenido durante su tiempo de estudio en la tierra de los enciclopedistas, fascinaron a

De Gaulle y a un pueblo como el francés, poco dado en general a las efusiones intempestivas.

Sin embargo, no fue exclusivamente un periplo de éxitos su viaje a Francia: Kennedy, que consideraba a De Gaulle, *un gran capitán del mundo occidental*, pensaba sin embargo que el viejo general insistía demasiado en volver a convertir a Francia en una potencia hegemónica y eso le había acarreado conflictos desde la época de Roosevelt hasta los tiempos del propio Kennedy.

Parecía que JFK pensaba que el Presidente francés *prefería la tensión a la intimidad en sus relaciones con Estados Unidos, por un tema de orgullo y de independencia*.

Sin embargo, fuera por el encanto y la colaboración de Jackie que contribuyó enormemente a distendir los contactos bilaterales entre los Presidentes de los dos países, el hecho es que a De Gaulle le interesaba que funcionara esta relación con el primer mandatario de Estados Unidos.

Había que tratar los asuntos de Berlín, el sudeste asiático y la OTAN, que recibieron una atención privilegiada durante el viaje de Kennedy.

Desde la Guerra de la Independencia de Estados Unidos, Francia había estado cerca y permanentemente vinculada a Norteamérica, el problema era cómo.

Kennedy estudió con detenimiento las Memorias del Presidente francés y ya en una situación más íntima le preguntó: *Usted lleva en la jefatura de un país cincuenta años. ¿Ha averiguado algo que yo debería saber?*

La pregunta denotaba un interés extremo, pero también sabiduría y humildad, reconocimiento de un líder joven al prestigio de un dirigente que había adquirido en Europa y en su país la dimensión del mito.

El presidente francés le recomendó a Kennedy que estuviera atento a la opinión ajena, pero que no traicionase sus propias convicciones.

La presión y el trabajo que la labor de Presidente ocasionaba a Kennedy eran enormes. Especialmente si se recuerda su precario estado de salud, que, curiosamente y pese a tantos indicios externos, había que seguir manteniendo en secreto salvo para todo aquel que no perteneciera a su grupo de próximos.

Su esposa pareció sobrellevar todas estas contingencias con la soltura y la distancia que siempre la caracterizaron para manejar situaciones difíciles e incómodas.

En el informe al pueblo norteamericano sobre la crisis de Berlín, en junio de 1961 el presidente expresó: *Cuando me presenté a la presidencia de Estados Unidos, sabía que mi país se enfrentaba a graves retos, pero no me daba cuenta (ni podía darse cuenta ningún hombre que no soportase las cargas de la presidencia) de lo pesadas y constantes que son esas cargas.*

Para solucionar el cansancio, la fatiga extrema y los problemas médicos del Presidente y de tantos otros personajes conocidos de la vida política y pública de Estados Unidos, se recurría al Doctor *Pleineforme*. El Doctor *Sientabien*, en español.

Se trataba del Doctor Jacobson, que sometía a sus pacientes necesitados de vitalidad a unas dosis secretas de un cóctel de medicamentos que ayudó a Kennedy a soportar las tensiones de su presidencia y a su esposa a sobrellevar con dignidad y estoicismo la tragedia de Dallas. Pero este médico fue criticado y los facultativos que atendían habitualmente a Kennedy desconfiaban de sus tratamientos “milagro”.

Hay quien sostiene que fueron precisamente esas medicinas heterodoxas, las que pudieron contribuir muchos años después, junto con otros factores, a la aparición del linfoma que acabó con la vida de la entonces Primera Dama de los Estados Unidos.

El catálogo de medicación de Kennedy era de verdad apabullante, si se recuerdan algunos de los compuestos: inyecciones de procaína para el dolor, corticosteroides para su deficiencia renal, penicilina y otros antibióticos para sus infecciones de orina y forúnculos, sedantes e hipnóticos para dormir, una colección farmacológica completa para sus problemas digestivos y por supuesto, la dieta de fármacos añadida del Doctor Jacobson.

Es sin embargo sorprendente que el Presidente y su esposa, que también sufría lo suyo con sus inconvenientes para llevar a buen término los embarazos, dieran esa imagen de felicidad o de perfeccionismo en todas las apariciones públicas por las que pasaban, que no eran pocas.

Está claro que la pareja y sus familias eran especialistas en mostrarse no como eran en realidad, sino como el público en general, sus electores y

demás responsables y colaboradores de la gestión de la nación querían que fuesen.

Los Kennedy eran expertos comunicadores, por esta razón filtraban a la perfección lo que debían traducir hacia el exterior. El Presidente se lo explicó a la perfección a Dave Powers, cuando le dijo: *hay muchas cosas que dependen de mis actos, así que veo cada vez a menos gente, simplifico mi vida, la organizo para no estar siempre al borde de la irritabilidad.*

Muchos expertos en el periodo Kennedy reconocen en Jackie, detrás de una fachada casi angelical y de una ingenua adaptabilidad al marido importante, una influencia benéfica en su familia y en las actividades oficiales del Presidente. Es como diríamos vulgarmente alguien que aguantaba el tipo.

Pero no era esa la perfección ni la imagen que percibía Jackie de su propia actuación. Durante la campaña presidencial le confió a un funcionario que se sentía agobiada, perdida y *además estoy embarazada*. Las actividades políticas de su marido, que la incluían a ella, la aburrían y desanimaban.

Los dos miembros de la pareja presidencial provenían de familias numerosas, especialmente Jack y además católicas, lo que suponía la aceptación de lo que Dios pudiera enviarles en lo referente a su capacidad de gestar descendientes.

Pero la realidad es que Jackie tuvo que pasar por embarazos, abortos y muertes prematuras de hijos con excesiva asiduidad a partir de su matrimonio con Jack.

No tenía en realidad capacidad física para recuperarse entre las sucesivas gestaciones, que además se conjugaban obligatoriamente con una exigida vida pública.

A pesar de todas sus limitaciones, que de hecho no se veían desde el exterior, la Primera Dama tenía claro cuál era su papel y sus limitaciones y obligaciones personales y oficiales.

Sin embargo, expresó claramente a su equipo de colaboradores que quería *hacer lo menos posible*, ya que se consideraba una esposa y una madre de familia, no una empleada pública.

Además, Jackie estaba rodeada constantemente de una multitud, era la mujer que todas las demás hubieran deseado ser, pero se encontraba en verdad sola y aislada en medio del gentío. Y a todo esto habría que agregar

las infidelidades de John y su peculiar estilo a la hora de abordar su vida familiar y de pareja.

La Primera Dama gastaba, eso sí, de una forma incontrolada, siempre más allá de sus posibilidades y a menudo el patriarca de la familia Kennedy, se hacía cargo de todas sus facturas

¿Era una forma de compensar su ansiedad, sus frustraciones, el alto nivel de exigencia al que la sometía su papel de esposa del Presidente? Antes y después de Dallas, se endeudaba, consumía y acumulaba. Esta circunstancia explicaría por qué Rose se alegró tanto de su matrimonio con Aristóteles Onassis: ya no tendría la familia que pagar sus innumerables gastos.

Era, sin embargo, honesta y realista cuando decía que *ahora mi vida es tal como quiero, aunque siempre surgen algunos pequeños detalles aburridísimos*.

La señora Kennedy empeñaba efectivamente una fortuna en arreglarse, de la misma forma compulsiva en que su marido coleccionaba amantes.

Sin embargo, como escribe el biógrafo de Jack, Robert Dallek, *en la conducta de Kennedy había algo de alocado...le había dicho a Harold Macmillan que si no tenía a una mujer cada tres días, le daba dolor de cabeza...*

Hay que reconocer con honestidad que su rendimiento sexual iba mucho más allá de esa cuota, llegando a acumular varios encuentros con distintas mujeres en el mismo día.

Algunos historiadores de la época Camelot piensan que su delicada salud y su compulsivo donjuanismo eran un handicap y un inconveniente evidente para desarrollar su compromiso presidencial.

Ya se ha comentado aquí esa especie de confianza irracional que Kennedy y su familia tenían en el *fatum*, esa fuerza aparentemente ciega que rige el destino de los seres humanos. Lo que sucede es que a veces, los humanos empujan o ayudan a la suerte con un comportamiento determinado.

Kennedy pensaba como escribe Dallek, que *su cargo se regía en parte por las leyes de lo fortuito, una serie de acontecimientos incontrolables que aparecían en un momento dado y suponían un desafío a su juicio y su resistencia*.

Parecía fatalista, a veces de una manera inexplicable, para una persona con su inteligencia y sus responsabilidades.

Cierta vez le dijo a sus colaboradores que si llegaba a verse la tierra envuelta en una guerra nuclear, no le gustaría que uno de los hipotéticos supervivientes le preguntara a otro cómo había pasado todo y éste le respondiera que no tenía ni idea.

Kennedy vivió tal vez demasiado deprisa, aunque no se equivocó en el sentido de haber pensado siempre que la suya sería una existencia quebrada, necesariamente breve. Y Jacqueline parecía ir corriendo detrás de su marido el Presidente, siempre un paso detrás, como en las ceremonias orientales tradicionales.

Su asesinato vino a corroborar la percepción que John Kennedy había tenido siempre sobre su propio proyecto vital. El mundo se resquebrajó en parte con el acontecimiento de Dallas, como si hubiera perdido una vez más y definitivamente su inocencia, aunque el currículo del clan no era intachable ni inmaculado y numerosos intereses creados enredaban las conexiones de uno de los lobbies más poderosos de los Estados Unidos.

Theodore Sorensen, hablando del asesinato del Presidente expresó: *incontables individuos han observado que la muerte del Presidente les afectó mucho más profundamente incluso que la muerte de sus propios padres. La razón...es que la última situación a menudo representaba una pérdida del pasado, mientras que el asesinato del presidente Kennedy representaba una incalculable pérdida de futuro.*

Para Jackie, a pesar del duelo, la muerte de su primer marido significó paradójicamente una gran oportunidad para replantearse su perfil personal y social y rediseñar desde el comienzo una nueva forma de verse a sí misma y de manifestarse al exterior.

No hay que descartar la posibilidad de que, como escribió alguien, *Jackie necesitase el mito de su difunto marido para afianzar su propia y frágil identidad.*

Dallas fue sin embargo el final de una muerte anunciada y sombríos presagios anunciaban la llega de la pareja a Tejas. Kennedy, siempre fatalista y finalmente entregado a lo inevitable, tal vez en exceso omnipotente porque no llegaba a creer del todo que algo irreversible le pudiera suceder, fue a Dallas.

Y ocurrió lo que muchos le habían advertido: la Historia no pudo escribirse para atrás, pero lo que había sucedido había cerrado toda una época.

Este segundo Camelot fue tal vez tan frágil y tan caduco, como la mítica telaraña del pasado que envolvió para siempre la leyenda del rey Arturo.

Kennedy, ante las advertencias que le llegaban de todas partes para que no fuera a Dallas le dijo a Jackie: *hoy nos vamos a meter en un país de locos. Pero Jackie, si alguien quiere dispararme desde una ventana con un rifle, nadie podrá detenerlo, así que, ¿por qué preocuparse?*

En la década de los ochenta, numerosos historiadores reconocieron que la figura de Kennedy había sido la más sobrevalorada de la historia de su país. Es posible que su muerte repentina y violenta, lo absolviera de muchos de sus defectos y pasara a un primer plano histórico sus virtudes y sus logros políticos y no sus deficiencias de salud, íntimas y de gestión oficial.

Si hubiera sobrevivido a Dallas o si ese viaje no hubiera tenido lugar, tal vez nunca se podría haber postulado para una segunda presidencia, su enfermedad habría pasado a mayores o algún escándalo de los que estaba bordeando el joven mandatario, podría haberse destapado sin posibilidad de solución.

Las teorías de la conspiración a partir de la muerte del Presidente se convirtieron en un clásico y su figura y la de Jackie, como la consorte presidencial más famosa del siglo XX, se agigantaron hasta crear una verdadera nostalgia por este mito norteamericano.

Se sigue hablando todavía del primer mandatario católico de Estados Unidos. En cuanto a Jackie, su segundo matrimonio con un personaje de dudosa reputación internacional como Onassis, no consiguió nunca enturbiar su imagen y la fascinación que propios y ajenos sentían por ella.

Como escribió su biógrafo, ya citado: *el advenimiento de la televisión, que captó el aspecto juvenil de Kennedy, su atractivo, su encanto, su ingenio, su idealismo y su optimismo, también contribuyeron a su duradero atractivo...*

*El fin súbito de la vida y la presidencia de Kennedy nos dejó con un sinfín de posibilidades abiertas. Aun desestimándolas y aceptando que hubo*



*oportunidades perdidas y pasos en falso, debemos reconocer que los mil días de Kennedy supieron extraer lo mejor del país, inspiraron la idea de una nación y un mundo menos divididos y demostraron que Estados Unidos todavía podía ser la mejor esperanza de la humanidad.*

Pero las palabras de este biógrafo también demuestran que el escritor está subyugado por la estela de leyenda del Presidente. No todos los observadores hubieran refrendado sus palabras.

## EL CLAN KENNEDY

Fue tal vez uno de los lobbies más importantes de Estados Unidos, el poder político y económico aunados a la fascinación e interés que despertaban entre sus admiradores, que eran buena parte del público en general.

Cuando John Kennedy se convirtió en Presidente de los Estados Unidos, en 1961, también se transformó en líder del clan, especialmente después del ataque que sumió completamente en la enfermedad y la incapacidad a su padre.

Joe Kennedy padre era el patriarca de la familia. Un millonario que empezó de la nada. Tuvo nueve hijos con su mujer Rose entre 1915 y 1932,

incluyendo a los hermanos de Jack, Robert y Ted Kennedy, que también fueron senadores.

Joseph Kennedy se convirtió en una figura controvertida por sus vinculaciones a determinados grupos que no siempre se movían dentro de la legalidad. Él mismo hizo muchísimo dinero comerciando con whisky durante los años de la prohibición.

De todas formas y aunque su posterior papel como embajador en Inglaterra no complaciera al presidente Roosevelt, éste le había dado este cargo diplomático por confianza, así como el puesto de responsable de la Comisión de Seguridad y Cambio.

Joseph Kennedy hijo fue el mayor de los vástagos de la pareja que formaron Joe padre y Rose Kennedy. Elegante, guapo y carismático, parecía destinado a ser el gran político del clan.

Cuando comenzó la guerra estaba cursando estudios en la Escuela de Derecho de Harvard, pero se enroló en la Marina, consiguiendo un cargo de piloto de bombarderos.

El hijo mayor de Joe Kennedy, no salió vivo de la contienda. Perdió la vida en el desarrollo de una misión prácticamente suicida, como ya se ha comentado aquí, para la que se había presentado voluntario. Se trataba de un viaje sin retorno, cargado con explosivos volátiles, que hicieron que el aparato explotara casi inmediatamente después de despegar.

Kathleen Kennedy, la hermana preferida de Jack, también perdió la vida en un avión, por lo que ésta parecería convertirse en la forma trágica de morir de varios de los Kennedy.

En el momento de su muerte, donde tenía que efectuar un trayecto relativamente breve, ocurrida en un día de tormenta en donde nadie aconsejaba volar (la historia se repitió con su sobrino, John John), estaba acompañada por su última relación sentimental. Fue el 13 de mayo de 1948.

Con anterioridad, Kick, como la llamaba su familia, había estado casada con un marido inglés, lord Hartington, que también perdió la vida durante la guerra.

Robert F. Kennedy fue el hermano que más cerca estuvo de Jack durante toda su carrera política y existen posibilidades de que fuera asesinado por

este motivo. Fue el director de campaña en la carrera presidencial de su hermano, en 1960. También fue nombrado durante el periodo de los 1.000 días de la presidencia Kennedy, Fiscal General, un cargo muy destacado en la política de los Estados Unidos.

Bob permaneció en su puesto durante algún tiempo con el sucesor de su hermano, Lyndon Johnson, hasta que fue elegido senador por Nueva York en 1964.

Se presentó a la carrera presidencial en 1968, pero fue asesinado también, después de unas elecciones primarias en California por Sirhan Sirhan.

Jackie estaba estrechamente unida a Bobby Kennedy, con un vínculo más que fraternal según algunos observadores. Fue su muerte la que de forma clara y entre otras poderosas razones, hizo que la viuda de John, tomara la decisión de contraer matrimonio con Aristóteles Onassis, una forma de alejarse de los ambientes peligrosos de poder en Estados Unidos, donde dos de sus hombres más entrañables para ella habían sido asesinados.

Fue una manera de asegurar su independencia económica y su bienestar y también de poner tierra de por medio, para garantizar la seguridad de sus hijos y la suya propia.

Edward Kennedy es el más pequeño de los nueve hijos, asimismo, uno de los que todavía sobreviven a los desastres del clan.

Desde 1962 se convirtió en senador por el estado de Massachussets (también había ocupado ese cargo durante un periodo corto durante la época en la que Jack era Presidente).

La carrera política y el prestigio de Edward quedaron enterrados en las aguas de Chappaquiddick, en las cercanías de Martha's Vineyard, lugar de recreo de la familia Kennedy.

En este paraje perdió la vida una de sus secretarias, Mary Jo Kopechne, mientras Edward conducía el vehículo en el que viajaban.

Edward Kennedy se retiró de la escena del suceso sin aparentemente prestarle ayuda a la accidentada y tardó muchas horas en informar de lo ocurrido a la policía. Su primera mujer, Joan, se dedicó a beber, en parte para paliar la ansiedad a la que se veía sometida por la presión constante de una vida compartida con el clan. Finalmente se separaron y Ted volvió a casarse.

Ethel Skakel es una de las llamadas *chicas ruidosas* del clan. Casada con Bobby en 1950, era una Kennedy típica aunque no lo fuera por nacimiento sino por haberse casado con uno de los integrantes del grupo familiar.

Agresiva y muy competitiva, su relación con Jackie, que se distinguía por su elegancia y su femineidad, nunca fue todo lo cordial que podía esperarse entre cuñadas.

Estaba además, profundamente celosa de Jacqueline y de la relación que ésta mantuvo con su marido, Bobby, especialmente en los meses que siguieron al asesinato del Presidente.

Ethel y Bobby tuvieron once hijos, compitiendo así con la capacidad reproductiva de los patriarcas de la familia durante los 18 años que duró su matrimonio.

Es además la tía de Michael Kennedy, que en 2002 fue juzgado por el asesinato en 1975 de Martha Moxley en Connecticut.

Una de las figuras más conocidas de la familia Kennedy, Maria Shriver, es una de los cinco hijos de Eunice Kennedy, otra hermana de Jack, y Sargent Shriver.

Su padre fue el primer responsable de las Fuerzas de Paz en la época de la administración Kennedy.

María abandonó la orientación familiar hacia la política y se convirtió en una periodista de televisión. Desde 1983 trabajó como corresponsal de noticias de la CBS primero y de la NBC a continuación.

María se casó a su vez con Arnold Schwarzenegger, un actor de películas de acción, de origen europeo, amante de los esteroides y de los gimnasios, que abandonó el alineamiento demócrata de los Kennedy para convertirse en 2003 en Gobernador de California bajo la bandera del Partido Republicano. Compartió cartel electoral con George Bush, en su carrera por la reelección, en 2004.

Schwarzenegger no es el primer actor casado con una Kennedy. En otros tiempos, Peter Lawford, famoso por ser el protagonista de una serie en el que desempeñaba el rol de detective con una esposa rica y un perro, estuvo muy vinculado, como Frank Sinatra y otros actores, a la vida privada de John Kennedy.

En efecto, Lawford formaba parte del grupo *Rat-pack* de Sinatra y se casó con una hermana de Jack, Patricia, en 1954, aunque posteriormente se divorciaron.

La lista de famosos del clan Kennedy no estaría completa si no se incluyera a los dos hijos que tuvo la pareja presidencial, John F. Kennedy Jr. y Caroline.

Caroline, la hija mayor de Jack y Jackie, tenía tres años cuando su padre se convirtió en Presidente de los Estados Unidos. Pasó a ser una figura habitual de los medios de comunicación, donde aparecía a menudo siguiendo la tradición ecuestre que había enarbolado primero su abuela, Janet y luego su madre.

Montada en su pony Macaroni hacía las delicias de los espectadores. Fue una adolescente que a menudo protagonizó conflictos con su madre, especialmente en la época en la que ésta estuvo casada con el magnate griego Onassis.

Ya más mayor y reconciliada con su papel de heredera de gran parte del legado Kennedy, aunque alejada de la esfera política, trabajó en el Museo Metropolitano y siguió los cursos de Derecho en la Universidad de Columbia.

Contrariamente a su hermano, conocido por sus aventuras amorosas y su fama de playboy, encontró la estabilidad relativamente pronto, de la mano del que sería su marido, un hombre de negocios polifacético, con inquietudes artísticas y también judío, como el último acompañante de su madre.

Caroline, se casó con Edwin Schlossberg en 1986 y tuvo tres hijos, tres nietos que hicieron la delicia de la abuela Jackie hasta su muerte.

Caroline a menudo se sentía mortificada por el grado de exposición que tenía ante la opinión pública. Y lo expresaba de una manera desgarradora: *No he escrito ningún libro, no canté nunca una canción, no he hecho teatro. No he hecho nada. Sólo soy famosa por mi nombre y se niegan a dejarme en paz!*

La hija de Jackie y John es, en la actualidad, la única heredera del legado de sus padres y de parte de la familia Kennedy y Bouvier. Ha vivido

muchas desgracias, ha perdido muchos seres queridos y sus afectos, pero sigue siendo *la adorable pequeña de inmensos ojos azules*.

*Una vez que el tiempo ha ido pasando-* como escribe su biógrafo Christopher Andersen- *Caroline ha asumido su destino, como su padre, su madre y su hermano y se ha convertido en lo que ha sido desde siempre: la hija de América.*

Se ha trasmutado en la depositaria de una familia fuera de lo común, incluso para ser de una estirpe a la que siempre se recuerda moviéndose en las altas esferas, su sueño de equilibrio original se ha quebrado.

Reconstruida gracias a su tesón y madurez, la vida le ha dado la oportunidad de seguir adelante, aunque los que se fueron- su padre, su hermano, su madre, ya no sigan siendo aquellos seres *increíblemente bellos, extremadamente ricos, elegantes, inteligentes, dinámicos, apasionados...Más que cualquier otro de los tres miembros de su célula familiar, Caroline sigue siendo un misterio, un secreto.*

Pero la propia joven lo explicaba muy bien, de una forma sentida: *hoy creo más que nunca que después de su muerte, los seres humanos continúan viviendo a través de los que los aman.*

Uno de los casos más desgraciados, el que contribuyó a seguir hablando de una verdadera *maldición Kennedy*, fue la muerte del heredero por antonomasia de la familia, aquel joven que había saludado con solemnidad a su padre muerto en el desfile de su funeral, acompañando a su madre, Jackie, perfectamente reconocible detrás del arreglo de luto.

John tuvo también conflictos con su progenitora, en parte por la elección de su carrera profesional (en realidad siempre había querido ser actor y se le daba muy bien) y en parte por escoger unas novias y acompañantes, que en general dejaban bastante descontenta a Jackie.

De hecho, se casó con su pareja definitiva, Carolyn Bessette, una vez que ya había muerto su madre y después de haber roto relaciones con personajes del mundo del espectáculo como Madonna o Daryl Hannah.

John John, como lo llamaban de pequeño, tenía fama, dinero y era buen mozo e inteligente. Pero el hado o la propia atracción por el desastre funcionaron de nuevo. Y otra vez en el aire.

El hijo de la famosa pareja presidencial perdió la vida en un accidente de aviación en el que pilotaba una Piper, en apariencia por un fallo humano, cuando volaba de noche, camino de la boda de una prima suya, junto a su mujer y la hermana de ésta, Lauren.

Se hablaba a menudo ya de mala relación entre la pareja y de un posible divorcio de John y Carolyn, pero la muerte llegó antes de que pudieran tomar una decisión más definitiva sobre su matrimonio.

Muchos piensan que fue una suerte que Jackie no viviera para ver cómo su hijo se hundía junto a su avión en las aguas del Atlántico, cerca de Martha's Vineyard, donde tantas veces habían sido felices y donde la ex Primera Dama se había hecho construir una casa a su imagen y semejanza para disfrutar del ocio de sus últimos años, luego de la muerte de Onassis.

La familia Kennedy, sin embargo, tan poderosa y omnipotente, parece haber perdido su lucha con el *fatum*. Porque desde luego esa atracción malsana por la aventura, por desafiar a los elementos, por forzar situaciones y ponerse al borde del abismo una y otra vez, es una conducta que aparece reiteradamente en los miembros de sangre del clan Kennedy.

De hecho, durante muchos años, con sus más y sus menos fueron como dioses, pero tal vez les quedó pendiente resolver, como a muchos humanos, el innegociable y duro capítulo de la inmortalidad.

## JACKIE KENNEDY RECLAMA SU PAPEL: LA PRIMERA DAMA Y LA RESTAURACION DE LA CASA BLANCA

Una de las obras más visibles y llamativas de Jackie durante su época de Primera Dama, fue la decisión de renovar y restaurar la Casa Blanca.

Como monumento nacional no tenía parangón, pero además se trataba de la sede permanente del poder del Presidente de los Estados Unidos.

A Jackie le pareció que, tal como estaba, era un lugar inhabitable para vivir y un símbolo de la representación del gobierno que no estaba de ninguna manera, a la altura de las circunstancias.

La Primera Dama encabezó un comité encargado de la restauración de los interiores del edificio público más elocuente del país. De esta manera

continuaba la obra del presidente Truman, que había organizado la actualización y mejora del exterior.

Cuando hubo de explicar su decisión, Jackie le confesó a Hugo Sidey, periodista de Life:

*Toda esta gente viene a visitar la Casa Blanca y casi no ven nada anterior a 1948. Cada niño que acude a visitarla debería poder ver cosas que desarrollaran su sentido de la historia. En cuanto a las niñas, la casa debería estar en mejor estado, parecer hermosa y habitable. Deberían ver lo que un buen fuego en la chimenea y flores bonitas pueden hacer por el edificio. La Casa Blanca debería darles un sentido de este tipo de sensaciones.*

Este discurso de Jackie no pasaría en la actualidad la prueba de lo que es políticamente correcto para una mujer que se dedica a hacer comentarios que de ninguna manera escapan a la órbita de lo público.

Sus palabras pudieran parecer ingenuas y carentes de valor más allá de la filosofía de un ama de casa de lujo, pero estaban sentando las bases de una manera de ver la vida por parte de la pareja del Presidente de los Estados Unidos.

Está claro en su introducción a la visita, la diferencia que establece entre el punto de vista que debe guiar la percepción de los chicos y las chicas, aunque es evidente que ella misma, durante los años de Camelot y en los siguientes de su madurez, nunca fue capaz de renunciar a nada ni como mujer ni como persona, exprimiendo cada instante de su vida como si fuera el último y al mismo nivel de competitividad que el más agresivo de sus colegas masculinos.

Sin embargo, tampoco educó de forma igualitaria a sus hijos: Caroline se convirtió fundamentalmente en una buena madre de familia, señora de su casa y esposa de un exitoso hombre de negocios. Para John John en cambio no puso en realidad ningún límite en su educación y ésa fue tal vez la causa de su atribulada existencia y de su prematuro final.

Jackie continuó con su discurso explicativo: *todo en la Casa Blanca debe tener una razón para estar allí. Hubiera sido un sacrilegio simplemente*



*redecorar, una palabra que odio. Debe ser restaurada- y esto no tiene nada que ver con la decoración.*

*La primera vez que me instalé en la Casa Blanca- pensé- me podría haber casado con Thomas Jefferson, porque él hubiera sabido mejor que nadie qué hacer.*

*Pero luego pensé- no, las esposas de los Presidentes tienen la obligación de contribuir de alguna manera, y eso será lo que haga de una forma cabal por mí misma.*

*No sé si se trata de una cierta reverencia por la historia y la belleza. Me parece que por las dos. Siempre las he tenido en cuenta. Mis mejores amigos son personas conscientes y responsables.*

*Cuando usted lee a Proust o escucha a Jack hablar de Historia o marchar al monte Vernon, usted comprende los porqués. Me preocupan los chicos que vienen aquí. Cuando pienso en mi propio hijo y cómo hacer que se parezca a su padre, pienso en el profundo sentido de la Historia que tiene Jack.*

La comisión en la que estaba Jackie pidió donaciones en todas partes de muebles finos y otros accesorios, algunos de los cuales tuvieron que ser ampliamente restaurados.

Hablando de sus ocupaciones en poner al día la Casa Blanca, Jackie comentó: *He tenido dolor de espaldas durante tres meses, pero descubría un misterio nuevo cada día.*

Abundando más en su filosofía de restauradora explicó a su llegada a la Casa Blanca en enero de 1961:

*La Casa Blanca es una residencia de los siglos XVIII y XIX y debe seguir siendo considerada una mansión de época. Se haga lo que se haga, se debe intentar poco a poco construir una casa donde se pueda vivir, con objetos hermosos de esa época.*

La emisión televisiva del tour por la Casa Blanca fue un enorme éxito de público, y la señora Kennedy recibió más de 10.000 cartas de escolares y otros ciudadanos comentando el programa.

A lo largo del tour televisado, Jackie describe los distintos lugares y habitaciones de la mansión que la cámara va recorriendo.

Se comienza por una habitación de recepción, utilizada para las visitas del cuerpo diplomático. Se trata- según la Primera Dama- de una estancia que debe ser bella, ya que los visitantes acceden y abandonan la Casa Blanca por ese lugar.

Las paredes están decoradas con un papel que fue estampado en Francia alrededor de 1834. Contiene escenas de América: aborígenes, las cataratas del Niágara, el puerto de Nueva York, West Point, el puerto de Boston y el Natural Bridge.

La señora Eisenhower fue la responsable de depositar unos muebles maravillosos en esa habitación. El equipo de Jackie incorporó el empapelado. Todo se llevaba a cabo con un cuidado exquisito. El afán de perfeccionismo de la Primera Dama, se puso de manifiesto de una manera única en esta empresa, pero la acompañó durante toda su experiencia vital.

La habitación del este es la que viene a continuación en el recorrido. Los americanos la conocieron tal como está, durante sesenta años. Se trata de un lugar encantador- según la opinión de la señora Kennedy- por lo que no necesita grandes cambios. El piano de cola que puede admirarse en este lugar, hace referencia a los conciertos que aquí se llevan a cabo.

El instrumento, que tiene unas patas con forma de águilas, fue regalado a Franklin Roosevelt y en esta habitación tocó Pablo Casals. Además en ocasiones- como cuando hicieron una representación los Shakespeare Players- se instaló una escena prefabricada.

El periodista Collingwood, que entrevista también a Jackie para el programa, le pregunta a la Primera Dama por la relación que existe entre la administración Kennedy y toda una pléyade de escritores, artistas, músicos, poetas.

El entrevistador quiere saber si hay efectivamente un vínculo entre el gobierno y las artes. Jackie Kennedy, con una sinceridad que sorprende, responde que no lo tiene claro, pero que *todo en la Casa Blanca tiene que ser lo mejor, si se trata de una compañía norteamericana, se la puede ayudar, si son extranjeros los artistas, vienen aquí porque son los mejores.*

A continuación, el periodista indaga sobre el retrato de George Washington pintado por Gilbert Stuart. La Primera Dama responde que es el objeto más antiguo de la Casa Blanca, ya que se encontraba en ella desde el comienzo. No es un secreto para nadie que se trata de un cuadro con historia.

El autor copió la cabeza del natural y el cuerpo fue pintado por otros colaboradores en el atelier, práctica que era habitual en el siglo XVIII. Cuando la Casa Blanca fue quemada por los ingleses en 1814, Dolly Madison consiguió salvar la famosa pintura.

La visita continúa por el corredor que lleva a través de la Casa Blanca hacia el comedor de Estado. Siempre según la anfitriona, tiene todos los colores que son emblemáticos en la mansión: rojo, blanco, azul y oro. La mansión presidencial es percibida así como la metáfora del poder y la ambición de sus dueños temporales, un símbolo indiscutible del rol que los Estados Unidos y sus mandatarios esperan y consiguen jugar en la escena internacional.

A continuación, Jackie explica que *se cuenta también con cuatro de las mejores pinturas americanas que se nos han prestado para exhibirlas en la Casa Blanca. Todas las personalidades entran por la puerta que está a la vista y allí les espera el Presidente. Aquí toca también la banda de la Marina.*

La habitación de cenas de Estado tiene cabida para 102 personas. Hay al menos dos cenas por mes. Los cuchillos- según explicó la Primera Dama-, los tenedores y cucharas, son de oro o similar. Se trataba de cuidar al máximo el patrimonio, la tradición y el propio significado del poder presidencial representado en la conservación emblemática de la Casa Blanca y Jacqueline lo comprendió perfectamente.

Los anteriores Presidentes utilizaron los cuchillos y tenedores del presidente Monroe, pero se perdieron tantos de ellos, que se tuvieron que hacer copias de los originales. Una cotidianeidad de lujo impregna el recorrido por la Casa Blanca.

La Primera Dama prosigue incansable su recorrido por la mansión, compartiendo al menos de forma virtual, la posesión de la propiedad con los teleespectadores, permitiéndoles creer que en realidad, se trata de un patrimonio del que son poseedores y pueden disfrutar todos los norteamericanos.

La porcelana es original del presidente Eisenhower, explica la anfitriona. Sólo la vajilla de Eisenhower y Truman se conserva para ser utilizada, porque el resto se destruyó o se rompió. Da la sensación de que cada objeto, cada metro cuadrado de la Casa Blanca, recibe un tratamiento personalizado y están perfectamente filiados.

También hay que destacar el maravilloso centro de mesa de Monroe y sus floreros y candelabros, todo traído de Francia en 1817. *Las copas son nuestras-* expresó Jackie-. La tradición, la cultura y las lujosas manufacturas de origen francés eran una de las debilidades de la señora Kennedy, que toda la vida permaneció muy vinculada a la historia y las producciones artísticas del país de Voltaire.

Aparte de los objetos de uso cotidiano, verdaderas obras de arte, en esta habitación hay tres cuadros importantes: dos son préstamo del Museo de Boston de Fine Arts. El más famoso es el de Abraham Lincoln y luego otras dos de Thomas Jefferson y Daniel Webster, que no residió en la Casa Blanca, pero la visitó durante cuarenta años.

Esta habitación se pintó de blanco. Jackie explicó que el entorno *tiene una verdadera unidad arquitectónica, más que cualquier otro espacio de la Casa Blanca. Todo pertenece a 1902.*

*También hay una famosa inscripción sobre la chimenea que es la primera carta escrita desde la Casa Blanca. El autor fue John Adams, el primer Presidente que vivió aquí, a su esposa Abigail, después de haber pasado únicamente dos días en esta residencia.*

*El autor le pide al cielo que envíe la mayor de las bendiciones a esta casa, y a todo lo que habita en ella. Desea que nada que no sea honesto y sabio resida bajo este techo. Franklin Roosevelt amaba esta leyenda y la mandó colocar aquí.* Pero parece que la realidad no siempre coincide con los buenos deseos de los interesados.

Después de una cena de Estado se pasa a la Habitación Roja. Todo en este cuarto es de estilo Imperio, elegante y minimalista, austero. Hay objetos

que pertenecieron a Dolly Madison, Nellie Custies y lo más destacable, es un par de sillas junto al escritorio, que datan de antes de Van Buren o Tyler.

Jackie siempre pensó que la Casa Blanca debía contar con la mejor colección de pinturas americanas que fuera posible, ya que el Presidente recibía y se presentaba al mundo desde ese entorno. La Primera Dama creía que los ciudadanos de Estados Unidos debían sentirse orgullosos de él.

Jackie comentó que *tenemos una civilización tan importante, aunque muchos extranjeros no lo saben. Esta pequeña mesa, por ejemplo, es de Lannuier, un artista francés que vino a América. No hay mucha gente que lo conozca. Están todos los objetos que hemos construido tan bien, pinturas, muebles. Este es un buen lugar para admirarlos.*

Jackie también hizo referencia al periodista, de la Marcha de Lafayette, aquel francés valiente que cruzó el Atlántico para luchar por la Independencia de los Estados Unidos, cuando todavía el país enorgullecía y encandilaba al resto del mundo con sus proyectos y sus ideales.

La Marcha de Lafayette fue compuesta e impresa en 1824. *Lafayette llegó al país en triunfo- comenta Jackie- cuando era un anciano. Toda la nación enloqueció con él, escribió poemas y canciones, ésta es una de ellas. Se trata de la misma época de esta habitación, por eso la pusimos aquí.*

A continuación la Primera Dama habla de la Habitación Azul. *Es la más formal de la Casa Blanca. Tiene también una historia fascinante. Hay una mesa y algunas sillas muy hermosas- comenta Jackie. Una es original, de Bellange y fue encargada a París por Monroe.*

*Charles Francis Adams, que es descendiente del presidente Adams y forma parte del Comité de Restauración de la Casa Blanca, ha pedido que se copien otras sillas del mismo modelo. De esta forma la habitación luce como estaba en la época de Monroe...*

Luego se pasa a la Habitación Verde, un cuarto que data de 1800. Cuando comenzó su actuación el Comité, sólo existían dos muebles de ese periodo, se trataba de dos mesas de cartas.

Ahora, en cambio, se ha convertido en una habitación con bastantes muebles, cuadros, una lámpara, sillones, mesas y sillas y un escritorio. Sobre la chimenea, destaca un retrato de una mujer joven, una de las pinturas de mayor calidad en la Casa Blanca. Se trata de Angelica Van

Buren, pintada por Henry Inman y posee un gran estilo. Las explicaciones de la Primera Dama son apasionadas, luminosas, exactas.

El recorrido por la mansión llega ahora a la habitación de Lincoln: aquí vivieron los Kennedy, mientras les pintaban otros ambientes de la morada presidencial. Hay quienes cuentan, como parte de la leyenda de Jackie, que ésta mantenía conversaciones secretas con el presidente Lincoln cuando se encontraba en su habitación, un entorno que adoraba.

Jackie continúa incansable su labor de anfitriona: *se encuentra en la parte soleada de la mansión y desde esa habitación se ven los árboles de magnolias de Andrew Jackson.*

*En la época de Lincoln era un despacho y fue el Presidente Truman quien trajo hasta aquí los muebles de Lincoln. Todas las piezas son de la época de este Presidente.*

*El mueble más famoso es la cama de Lincoln, por supuesto. A todos los Presidentes les encanta. Theodore Roosevelt dormía en ella. La compró la señora Lincoln, junto con otros muebles. El Presidente pensó que su mujer se había gastado mucho dinero. (Es el mismo caso de Kennedy y Jackie. Es conocida- y ya se ha comentado aquí- el empeño que tiene la joven esposa por el consumo).*

Después de la conversación que acompañó al periodista a lo largo del recorrido por la Casa Blanca, Jackie cedió su puesto de anfitriona al Presidente.

Hablando de los cambios, Jack Kennedy explicó que creía que los esfuerzos de su esposa les traerían un mayor acercamiento a los personajes que habían vivido en la mansión en otras épocas. Se trataba no sólo de un proceso de restauración, sino también de identificación con los hechos significativos vividos en el pasado por el pueblo norteamericano.

*La Historia es importante- comenta el Presidente y de esta forma hemos recuperado la mesa de Grant, la cama de Lincoln. Todos estos objetos convierten la Casa Blanca en un muestrario de nuestra Historia.*

Preguntado el Presidente si le importa vivir en una casa tan visitada por todos, responde que *más de 1.300.000 personas han pasado por esta casa el año pasado y espero que esa cifra se doble este año.*

*Lo más interesante es que al menos las dos terceras partes eran escolares. La Historia puede ser un tema aburrido, pero si vienen y en un cierto sentido pueden “tocar” a la gente que vivió aquí se irán a casa más interesados.*

*Pienso que de esta forma querrán ser mejores norteamericanos. Algunos de ellos querrán vivir aquí ellos mismos, incluso las niñas.*

El entrevistador le pregunta también al presidente Kennedy si le parece que la Historia puede ayudar para comprender el presente.

*El Presidente expresa que considero la Historia una fuente de fortaleza para nosotros en la Casa Blanca y para todos los americanos. Cualquier cosa que dramatice la Historia de Estados Unidos- como es el caso de la Casa Blanca- se merece la mayor atención y respeto por los americanos que vivieron aquí y que son parte de nuestra ciudadanía.*

*Pero eso me siento satisfecho de que Jackie esté haciendo el esfuerzo que está haciendo. Sé que otras Primeras Damas hicieron lo mismo y sé que los que vengan después de nosotros continuarán intentando convertir esto en el centro de la Historia de América.*

El tour fue emitido con dos introducciones en francés y español y distribuido a 106 países de todo el mundo. No todos aplaudieron, sin embargo, un proyecto que también tuvo sus detractores.

*Norman Mailer escribió sin ningún tipo de complejos: la voz fue una apagada parodia de ésas que uno oye por la radio a horas avanzadas de la noche, que dejan caer con suavidad en los oídos muchachas que venden colchones blandos, depilatorios o cremas para embellecer la piel.*

Pese a las críticas, el interés de Jackie por el arte, escapó a las fronteras de Estados Unidos y siguiendo con su cruzada personal, tomó parte en el gran proyecto de los templos de Abu Simbel trasladados para su salvamento, ya comentado aquí.

En esta empresa participaron muchos países, incluida España y fue un esfuerzo conjunto internacional para salvaguardar una joya artística que se consideraba patrimonio de la Humanidad.

En 1975, como demostración de su agradecimiento, Egipto regaló a los Estados Unidos el templo de Dendur, que fue enviado pieza por pieza a Nueva York.

Según cuenta Heymann, su biógrafo, *por la participación de Jackie en el proyecto de conservación de la presa de Asuan, el presidente Nasser le ofreció en 1961, una estatua recién excavada, de piedra caliza, de un noble de la quinta dinastía y un par de jarrones contemporáneos damasquinados. Los jarrones, que valían menos de mil dólares cada uno, figuraron en las listas como “donaciones oficiales a la Casa Blanca”; en tanto que la estatua, valorada en más de 250.000 dólares, se conservó y pasó a poder de Jackie.*

## LOS PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA DE JACKIE: ANTES DE KENNEDY

Jacqueline Bouvier, una de las mujeres más fascinantes e indescifrables del siglo XX, nació el 22 de julio de 1929, un mes y medio después de la fecha esperada. Pesaba tres kilos setecientos gramos y era morena, con un cabello tupido y oscuro.

Su madre, Janet, era una persona que sabía lo que quería conseguir en la vida, como muchas Amazonas que guían una montura con la misma soltura con que toman decisiones importantes.

Sus antepasados se parecían a los de los Kennedy: pretenciosos pero en realidad de origen humilde. Sin embargo, como ellos, se habían enriquecido y habían medrado socialmente.



El padre de la criatura, Jack Bouvier, era un personaje de leyenda dentro del círculo de clase alta en el que se movía. Había nacido en 1891 y era el mayor de cinco hijos. Tuvo la oportunidad de asistir a la famosa universidad de Yale, donde se graduó en 1916.

Mujeriego, desaprensivo y vividor, pero un gran seductor que disfrutaba de todo, *Black Jack*, como lo llamaban, no tuvo prisa para incorporarse a las escaramuzas de la Primera Guerra Mundial, de hecho esperó hasta el último momento y entonces se presentó voluntariamente a filas.

Luego del conflicto se transformó en un broker, como diríamos hoy. Pero siempre se caracterizó por un estilo de vida bastante heterodoxo. Era un *bon vivant*, egoísta, despreocupado, apasionado por las aventuras amorosas, los placeres y el alcohol. Y no respetaba otras reglas de juego que las que él mismo establecía.

Era, aparte de otras características, un marido competitivo, que rivalizaba con su mujer para ver quién tenía una genealogía con más lustre.

De hecho, un escritor amigo de las noticias mundanas como Truman Capote, expresó que, *si a los Lee se les hacía aparecer en algún sentido inferiores, los Bouvier, supuestamente aristocráticos, pero decadentes, sólo podían adjudicarse un poco de entereza irlandesa.*

*Los Bouvier eran exhibicionistas. Parecía que tuvieran dinero, que fuesen de buena cuna y poseyeran poder, pero no era así. El abuelo de Jackie, el Comandante, había diseñado y publicado una imaginativa genealogía de los Bouvier que situaba los comienzos de su prosapia en la aristocracia francesa. Les adjudicó un escudo de armas e inventó miembros de la familia que nunca existieron.*

La información que había creado el Comandante para uso de su aristocratizante familia, tenía por nombre *Nuestros antepasados*. Fue publicado como libro en 1925 y siempre reeditado. La verdad es que la familia de Jackie provenía de la pequeña burguesía francesa, que posteriormente emigró a Estados Unidos.

Los padres de Janet, por su parte, también tenían cosas que ocultar. De hecho, sus progenitores ya no compartían el lecho, en la época en que Janet entró en la adolescencia.

Lo cierto es que la madre de Jackie se había enamorado en primera instancia de su cuñado, pero acabó casándose con el hermano, como a menudo pasa en ciertas familias, donde están jugados de antemano los intereses que determinan las alianzas y hay que conservar las primeras intenciones y mantener a cubierto la herencia. Pero ni Jack, ni Janet estaban precisamente entusiasmados con su matrimonio.

Pronto se pondrá de manifiesto, que la pareja Bouvier tenía el tiempo contado. Jack, por su parte, a su aire, era un pródigo que nunca se preocupaba por el dinero. Jackie, de mayor, seguiría la senda dispendiosa de su padre, sobre todo cuando no era ella la que pagaba las cuentas.

Los Kennedy, en cambio, tenían fama de ser unos millonarios muy ahorrativos, que controlaban en exceso sus gastos y no dejaban nunca propinas. Además, los sueldos que pagaban a su ejército de servidores, dejaban mucho que desear.

Jack tenía un comportamiento moral y una falta de prejuicios, que haría enrojecer a los puristas de la buena conducta: *si alguien necesita algo de ti haz que te lo pague*, le dijo cierta vez a Eddie Beale.

Eddie, su sobrino, explicaba: *al tío Jack nunca le interesó demasiado la alta sociedad; ése era el dominio de Janet. A Jack le importaba más el dinero. En esencia, era un mercenario total- nada en la vida es gratuito- y contagió esa actitud a los hijos.*

Sin embargo, aunque Janet había escogido primeramente a Bud, el hermano de Jack para casarse, fue un acierto que no lo hiciera, ya que falleció de una cirrosis hepática (por alcohólico) a los 36 años.

Jackie fue bautizada poco después de su muerte, en la iglesia católica de San Ignacio de Loyola, en Nueva York.

El 3 de marzo de 1933 nació la segunda hija de los Bouvier Lee: la hermana de Jackie, Caroline Lee, más conocida a lo largo de su trayectoria vital, por su segundo nombre. Lee siempre evolucionó y se descubrió como persona, en gran parte a la sombra del espacio que su hermana quería dejarle libre.

Por el contrario, Jackie hizo gala desde pequeña ser todo un temperamento. La directora de su escuela infantil le dijo una vez: *sé que adoras a los caballos y tú misma pareces una potranca de pura sangre. Corres a toda*

*velocidad. Posees una buena contextura y tienes un buen cerebro. Pero si no te domestican y adiestran bien, no servirás para nada...*

La directora no tuvo prejuicios a la hora de juzgar a la pequeña Bouvier, pero lo que está claro es que de algún modo estaba prefigurando con acierto su forma de ser y de comportarse.

La comparación no era superflua, ya que Jackie amaba montar a caballo, como su madre, que le regaló el que sería tal vez su montura más famosa, Danseuse.

La vida conyugal de sus padres comenzó a resquebrajarse cada vez más, como estaba previsto dado el punto de partida de la alianza familiar, pero la niña lo llevaba mal y no sería un error decir que esta situación determinó su carácter desde su primera infancia.

Los Bouvier no se soportaban el uno a la otra, pero había gente que tampoco los quería. Alexandra Webb, que también era una mujer mundana y formaba parte de los ambientes que frecuentaba la pareja, escribió de ellos sin ningún tipo de contemplaciones: *Janet se casó con él, porque su nombre aparecía en los ecos de sociedad. Él se casó con ella porque su padre dirigía un banco. Ella era una perra y él un canalla y a la larga los dos quedaron desilusionados.*

Comenzó como en tantas otras parejas, la lucha por el afecto y la tenencia de las niñas.

Jackie mantuvo con su padre un vínculo de admiración y de profundo afecto durante toda su vida, pero en gran medida no cosechó más que desencantos. Es público y notorio, que Jack Bouvier pocas veces estuvo a la altura de las circunstancias con su hija preferida.

Sin embargo, internalizó ese modelo vertical y jerarquizado que podríamos llamar sin ruborizarnos de relación sadomasoquista y tanto con Kennedy como con Onassis, como hemos dicho, calcó para sí ese paradigma de hombre dominante, despreocupado y poderoso, que hacía que el rol de la mujer en la pareja, aunque claro, fuera siempre secundario.

Jackie comenzó a ser desde niña una moneda de cambio en sus relaciones con las figuras masculinas importantes en su vida y desde entonces llevó la marca indeleble de la mujer concebida si no como objeto (el concepto está un tanto gastado) sí como trofeo.

A pesar de esta última aseveración, Jack Bouvier pensaba que, aunque él fuera una persona y un hombre que vivía a su aire, *las mujeres son siempre las vencedoras en mi generación.*

Jacqueline tenía once años cuando el mundo de su infancia se derrumbó en su totalidad, coincidiendo con la separación de sus padres, ruptura que no estuvo exenta de discordia y de momentos amargos para todos.

Para Janet todo fue divorciarse y empezar a buscar otro marido, que fuera a ser posible esta vez más aceptable y conveniente. La madre tenía claro que ésa era su nueva meta en el horizonte: casarse bien y reorganizar su vida.

Gracias a sus contactos sociales, tuvo la oportunidad de conocer a Hugo Dudley Auchincloss, alumno brillante de universidades de prestigio como Yale y Columbia. Lo que se llama comúnmente *un buen partido*.

Bouvier era mayor que el segundo marido, pero Auchincloss estaba más preparado para esta nueva relación, ya que había tenido experiencias en uniones anteriores a la de Janet, concretamente, dos divorcios previos.

Los Auchincloss también eran inmigrantes, pero descendían de escoceses enriquecidos. Se vincularon con las familias de más prosapia de Estados Unidos, entre ellas los Rockefeller, los Tiffany o los Vanderbilt.

El grupo familiar aumentó bastante y se reorganizó y estabilizó en parte la atribulada vida anterior de Janet y sus dos hijas del primer matrimonio.

Jack Bouvier, por su parte, tuvo mellizos de una unión con una señora casada, mediohermanos a los que Jackie conocería de mayor y que morirían jóvenes.

La adolescencia de Jacqueline fue pues, la de una jovencita cuya vida familiar se había visto convulsionada por los cambios y que no se desarrolló de una manera completamente natural. De hecho, una de sus primas, no tiene piedad a la hora de referirse a la manera de ser de la futura Primera Dama de Estados Unidos: *Jackie era realmente...una chica horrible. Por eso sus compañeras de clase la apodaron Jacqueline Borgia.*

En sus años jóvenes leía mucho y guardaba mucho tiempo para sí. Era una manera de evadirse de sus problemas y sus frustraciones. También dibujaba y entre sus proyectos de futuro figuraba el de *no ser un ama de casa*, aunque sus declaraciones a los medios, cuando ya era la Primera Dama,

distan mucho – por lo tradicionales- de este paradigma de mujer que esbozaba por entonces.

David Heymann, en su conocida biografía de Jackie, cita a una amiga íntima de Janet, que describe así a las dos mujeres: *eran distintas y sin embargo, Janet ejercía una influencia mucho mayor de lo que en general se ha reconocido.*

*El ansia de Janet por destacar lo heredó Jacqueline. Eran diferentes en la medida en que Jacqueline poseía aspiraciones más elevadas que su madre. Nunca quiso ser una mujer corriente o hacer una vida común. Nunca se habría conformado con criar a una familia y concurrir a reuniones para recolectar fondos.*

*Fue, desde el comienzo mismo, enormemente ambiciosa. Era, a su manera, una de las jóvenes más ambiciosas que he conocido.*

Las comparaciones entre madres e hijas y sus a veces tormentosas relaciones, han llenado páginas de libros de psicología y ocupado miles de horas de terapias en los divanes de los psicoanalistas.

El caso del vínculo entre Janet y Jackie no fue una excepción, aunque hay biógrafos que toman direcciones diferentes para explicar esta relación materno-filial peculiar.

En un artículo de Alex Mondrian, escrito en Internet en 2001, se citan dos nuevas biografías de Jackie, que pasamos a revisar.

Una es de la autora Barbara Leaming, y se titula *La Señora Kennedy, los años perdidos* y otra es de Jan Pottker y lleva por nombre: *Janet y Jackie, historia de una madre y una hija, Jacqueline Kennedy Onassis.*

La segunda es una escritora menos conocida y Leaming por su parte, había salido a la luz pública por escribir obras sobre Orson Wells y Marilyn Monroe. Siempre según Mondrian, *la Pottker ofrece una información confiable y balanceada, la Leaming, en parte, no alcanza su objetivo.*

Efectivamente, Barbara Leaming presenta una figura materna como la de Janet, destacando sus caracteres tiránicos, así como una forma de ser que nunca le permitió comprender las aficiones culturales e intelectuales de su hija.

Según esta autora, la madre vehiculizaría el odio al marido a través del menoscabo de la hija, teniendo en cuenta que Jackie parecía mucho más hija de Black Jack que de su madre.

De acuerdo con esta biógrafa, la autoestima de la futura Primera Dama, había quedado bastante menoscabada por culpa del trato poco amoroso de su madre.

A la hora de elegir su pareja, el futuro Presidente, y probablemente debido a su historia personal, Jackie no parece haber realizado una elección adecuada. De hecho, son legión los observadores y familiares que pensaron que la decisión de escoger a John Kennedy no hablaba a favor de la madurez de Jackie.

Pottker opina en cambio que Janet acompañó e hizo posibles los aprendizajes sucesivos de la joven y permitió que se manifestaran las habilidades intelectuales de su hija.

Tampoco se opuso, siempre según esta autora, a la francofilia de Jacqueline, animando en cambio la utilización de la lengua francesa en el propio seno de la familia.

Leaming no parece- siempre según Mondrian- haber entrevistado de primera mano a los informantes, mientras que Pottker se reunió con familiares, amigos y colaboradores de Jackie. Lo cierto es que tuvo asimismo información directa y consultó numerosa documentación familiar para elaborar su perfil madre-hija.

Mondrian no tiene en gran estima el libro biográfico de Leaming sobre Jackie cuando escribe: *el libro de la Leaming está subtítuloado haciendo referencia a la historia perdida de los años Kennedy, porque gran parte de la acción transcurre en la imaginación de su autora.*

*Según ella, John Kennedy fue algo así como la salvación de Jackie, el hombre que la hizo sentirse por primera vez sexualmente atractiva.*

La autora denostada por Mondrian explica que la pieza que falta del rompecabezas, es la relación que establece John, comparando en un plano

amoroso a su esposa con su hermana, Kathleen, por la que sentía auténtica devoción. Una teoría un tanto atrabiliaria, de verdad.

Dice Mondrian que *Jackie funcionaba para su marido como una especie de reemplazante de su hermana Kathleen, "Kick", que había muerto en accidente aéreo en 1948.*

Pero la realidad es que las dos mujeres, la hermana y la esposa tenían grandes diferencias de carácter. Parece bastante fantástico que se intente ver en la relación entre la pareja Kennedy una especie de transposición fraternal de tipo incestuoso.

Mondrian opina también que *el libro de Pottker es más sobrio y convencional y da una buena idea de los años formativos de Jackie y de la cercana relación que siempre tuvo con Janet. Fue ella, su madre, la que la reemplazó en actividades oficiales a las que ella, como Primera Dama, no podía o no quería asistir.*

*También fue Janet la encargada de preocuparse por la exhumación de los cadáveres de los niños muertos de Jackie, Arabella y Patrick y su posterior traslado al cementerio de Arlington (para enterrarlos junto con su padre, luego de su asesinato).*

*La dinámica entre ambas mujeres cambió dramáticamente después de que Janet comenzara a mostrar los primeros signos de Alzheimer en 1985. Jackie fue extraordinariamente atenta durante los últimos años de la vida de su madre.*

Mondrian aprovecha para recordar que había quienes pensaban que si Jack no se hubiera casado con la esposa que eligió finalmente, nunca hubiera llegado a la presidencia de los Estados Unidos.

Escribe la autora defendida por Mondrian que *aunque parte de la prensa- en su mayoría hombres- redujo el talento político de Jackie a su capacidad para lucir bien un vestido, la verdad es que desde un principio fue ella y no él la que congregó a las mayores multitudes.*

La defensa última de la madre de Jackie finaliza diciendo que *Janet Auchincloss fue una mujer extraordinaria que dejó como herencia sus*

*propios talentos a su hija. Para entender a Jackie, una debe entender a su madre.*

Es una afirmación clara y justificable, pero sigue habiendo quien no la comparte del todo. La personalidad de Janet, como la de su hija, era suficientemente poliédrica y rica, como para desterrar las certezas absolutas. La trayectoria de estas mujeres es un material incandescente e inagotable, que puede permitir llegar a todo tipo de conclusiones.

Jackie tuvo como era tradicional en la aristocracia estadounidense, una puesta de largo de campanillas, circunstancia que se aunó al bautizo de su hermano Auchincloss, como una forma de reunir a la familia con un doble propósito.

Igor Cassini, que posteriormente, en tiempos de la Casa Blanca sería uno de sus modistos favoritos, le dedicó a Jackie el título de Reina de las Debutantes del año de 1947. Se lo daría a su hermana Lee en 1950.

Cassini explicó de esta forma la percepción que tuvo de la futura Primera Dama por entonces: *Jackie no era precisamente deslumbrante...Sentí algo especial en ella, una elegancia discreta que más tarde perdió, pero que por entonces todavía poseía.*

*Aunque tímida y sumamente personal, siempre destacaba. Tenía un no sé qué. No sé cómo expresarme con exactitud, para describir esa cualidad: belleza, encanto, carisma, estilo, cualquiera de ellas o todas. Fuera lo que fuere, lo poseía.*

Desde aquella época todos los que conocieron a Jackie opinaban que solía protegerse colocando una especie de filtro entre ella y los demás, dejando de lado la posibilidad de intimar o permitir una implicación personal mayor. Ponía límites al interlocutor, conversando de temas más o menos convencionales, que no la comprometieran.

Sea como fuere, también se le reconocía un humor chispeante y siempre dispuesto a imitar a personajes que tuvieran un punto de debilidad o fueran susceptibles de provocar la burla o la risa. Sus parodias se hicieron con el tiempo, famosas y muy solicitadas entre sus amigos.

De hecho, nadie estaba a salvo de su manía de caricaturizar y mofarse- suponemos que sin mala intención- de las personas con las que se relacionaba.



En la época de su formación Jackie pensó que sería muy sugerente y enriquecedor para ella viajar a Francia y organizar en su país de adopción, una estancia que le permitiera familiarizarse con sus costumbres y sus tradiciones *de visu*. También era una manera de poner cierta distancia con su círculo familiar.

Estuvo primero en Grenoble y a continuación se trasladó a París, donde vivió hospedada en la casa de la familia de la condesa Guyot de Renty.

Como puede observarse la protagonista de esta obra siempre estaba cerca de la excelencia. No le bastaban las residencias habituales de señoritas o los pensionados que le hubieran proporcionado una vida mucho más insulsa y carente de expectativas.

Sin embargo, en 1949, tal y como confesaba la propia condesa anfitriona de Jackie, todavía no había muchas comodidades en Francia, que estaba empezando a recuperarse con lentitud de los efectos de la guerra.

Claude de Renty, la hija de la condesa donde se alojaba la futura esposa del presidente Kennedy en París, tenía palabras de elogio para su amiga norteamericana: *Jacqueline tenía una enorme fuerza de carácter, pero también muchas debilidades. Cuando uno es el tipo de persona que sólo quiere ser fuerte...bueno, ella sufría con eso.*

*No sabía aceptar sus propias flaquezas. Ni tratar las de los otros. No toleraba a los hombres débiles. No era el tipo de mujer que mimase a un hombre en el plano emocional. Si no estimaba y admiraba a un hombre, si no lo veía superior a ella, lo dejaba en el acto.*

En esta descripción desapasionada pero respetuosa de Jackie, se observan ya los trazos de la educación que con tanto esmero había dado Janet a sus hijas en lo concerniente a la vida social, las relaciones personales y la forma de involucrarse con los seres humanos en función de su status.

La futura Primera Dama regresó a los Estados Unidos en el verano de 1951 y puede decirse que ya llevaba la cultura francesa en el alma y nunca la abandonaría.

La forma de ser y de pensar de los franceses, pero sobre todo su sentido de la elegancia y la distinción y el orden, un cierto cartesianismo emocional, formarían ya parte de su equipaje vital.

Jacqueline comenzó a la vuelta de Europa a trabajar en el periódico Times Herald, de orientación conservadora y que propugnaba un enfoque aislacionista en su concepción de las relaciones internacionales de Estados Unidos.

Había sido fundado por una mujer adinerada, no carente de cierto interés, Eleanor Patterson, apodada “Cissy”, aunque en realidad se trataba de uno de los periódicos menos influyentes de Washington.

No hay críticas excesivamente favorables al trabajo de reportera y fotógrafa que realizó Jackie para el periódico. Parecía un puesto de compromiso para una joven que intentaba dar socialmente un sentido a su vida.

En realidad se veía con claridad meridiana que se dedicaba a este trabajo como una forma de encontrar algo que hacer que estuviera de acuerdo con sus aspiraciones de heredera rica y ociosa.

Sin embargo no quería perderse las oportunidades que una ocupación como ésta le pudiera brindar. Y de hecho, si esto fue lo que calculó al entrar en el periódico, no se equivocó.

Jack Kassowitz, subdirector del Times Herald es severo a la hora de juzgar el rendimiento y la dedicación de su colaboradora: *se comportaba como una trepadora social. Le gustaba bailar, comer en restaurantes elegantes y conocer a personas famosas y adineradas.*

*Parecía inocente y un tanto ingenua en la superficie, pero sabía exactamente adónde iba y qué hacía...y eso tenía muy poco que ver con el negocio periodístico.*

Para el responsable de este medio de comunicación, la principal ventaja que tenía el trabajo de Jackie, era su belleza. Casi todos los que recuerdan esta época, observadores e incluso amistades, confiesen que Jackie era una aficionada, que no sólo no llegó a realizar un trabajo profesional, si no que, llegado el momento, comenzó a cansarse de él.

De hecho seguía en parte absorta en sus propias fantasías y en un ideal de sociedad y de belleza, que a menudo se remontaban a siglos anteriores.

Se identificaba con personajes como madame Récamier o madame de Maintenon, mujeres ilustres de una Francia de otras épocas, que hacían girar a su alrededor todo un universo de escritores, artistas, científicos y aduladores especialistas en asuntos de corte.

Es posible que durante muchos años, esta negación evidente de la realidad que la circundaba, posibilitara que Jackie se reflejara más como imagen especular de unos maridos excepcionales, que como la mujer con un temperamento definido y exclusivo, llena de iniciativas e historias propias, que posteriormente llegó a ser.

## LA SEÑORA KENNEDY

Fueron los Bartlett quienes finalmente presentaron a JFK y su futura esposa. Y la razón de esta preocupación social fue interesada, ya que Charles Bartlett, estaba encandilado por Jackie. Su esposa, aconsejada por su padre, decidió presentarle *a alguien*, para evitar la competencia y recuperar el interés y la dedicación de su marido.

Empezaron a frecuentarse, pero fue algo más tarde cuando comenzaron a intimar. Jackie le comunicó el tipo de relación que mantenía con Jack a John White, que le recomendó no seguir por ese camino.

Las explicaciones que da White para justificar la elección de la dama, después de aconsejarle descartar un futuro esposo que corría habitualmente

tras todo tipo de mujeres, indiscriminadamente, no fueron muy caritativas para la flamante novia:

*Creo que para Jackie el deseo de conquistar a JFK radicaba, ante todo, en el dinero, después en el desafío...por cierto, le atraía la idea de que él siguiera un camino ascendente.*

Y más adelante White expresa de forma contundente un resumen del futuro desacierto de Camelot en pocas palabras: *No creo que a Jackie le importase mucho la moral de JFK...*

*Para ella, más importante que la moral de Jack era el hecho de que él se encontrase en el centro de los acontecimientos, que su comportamiento en ese sentido fuera adecuado y que le diera un papel decente en el drama. Es justo decir que los dos cumplieron con su parte del trato.*

No todo fue un camino de rosas para la joven pareja. La familia de John era muy peculiar y es probable que el único verdadero aliado de la novia a lo largo de toda su vida en común y posteriormente, fuera Joe padre.

El resto del clan era, como vimos, rígido, competitivo, interesado y con un sentido del deber y del logro realmente espartanos.

Joe Kennedy apoyó y alentó hasta el final, el matrimonio de su hijo con su prometida, ya que era la adecuada, por ser de excelente familia, católica y con posibles.

El viejo patriarca estaba convencido de que ninguna carrera política podía tener futuro si no estaba respaldada por una pareja conveniente y una familia bien constituida. La imagen en un político era desde luego, fundamental. Y Jackie para él, tenía mucha clase. Sin embargo, el esfuerzo que debía hacer la recién llegada a la familia era importante.

*Como comentó Lem Billings, los Kennedy pensaban primero en sí mismos y después en todos los demás. El que quisiese ingresar en el santuario íntimo, como amigo o cónyuge, debía demostrar primero su lealtad.*

La endogamia- y eso es conocido por todos- es una de las claves de la supervivencia, prestigio y bienestar de las clases altas. Los Kennedy no eran una excepción a la regla y además eran un grupo numeroso, con

muchas ramificaciones familiares, sociales y económicas. La política, era de todas formas el gran *affaire*.

Lee, por su parte y a pesar de ser la hermana pequeña, se casó antes que Jackie. La boda se había de celebrar en Washington, en la Iglesia de la Santísima Trinidad y la recepción tuvo lugar en Merrywood.

Jackie, de pronto y tal vez viendo que Jack no acababa de poner fecha a su boda, decidió irse a Europa, para cubrir en Inglaterra la coronación de Isabell II, cuyo padre había muerto.

A la vuelta de Europa, hizo un viaje en avión larguísimo- como los de entonces- que compartió con Zsa Zsa Gabor, antigua pareja de John Kennedy.

El momento para conseguir la situación que siempre había soñado y para la que la había preparado su madre, estaba cerca.

El compromiso fue señalado para el 24 de junio de 1953. El detalle sórdido e importante de la boda lo puso Jack Bouvier, que no pudo llevar a su hija al altar por encontrarse fuera de juego, nunca mejor dicho, por su dedicación inoportuna al alcohol.

Aparte de esta circunstancia aciaga y de que el velo de la novia había sido utilizado para celebrar dos matrimonios anteriores desdichados, todo salió de maravillas.

El viaje de bodas se organizó a Acapulco, a donde volvería muchos años después Jackie, ya casada con Onassis, en un momento en que su matrimonio con el magnate, estaba en vías de zozobrar definitivamente.

El escritor anteriormente citado, Truman Capote, muy interesado siempre en los ecos de sociedad no tenía prejuicios a la hora de describir la relación de los recién casados: (Jackie) *no creo que se diese cuenta del problema en que se metía cuando se casó con él.*

*Jack se encontraba en constante competición con su padre para ver quién podía conquistar más mujeres. Jackie no estaba preparada para una actitud mujeriega tan flagrante. No esperaba encontrarse abandonada en fiestas, mientras su esposo se iba con otra mujer. Tampoco esperaba*

*convertirse en objeto de burlas entre las mujeres de su propio círculo, que conocían, como casi todos, lo que sucedía.*

Es probable que nadie sepa a ciencia cierta la cantidad de veces que fue y se sintió traicionada por la infidelidad conyugal de su marido, que la dejó de lado por otras conquistas más o menos efímeras, el día que asumió la Presidencia, en su famoso cumpleaños con el *Happy birthday* de Marilyn Monroe, o cuando estaba pasando por el trance de dar a luz a alguno de sus hijos.

La constitución psicológica de Jackie se forjó probablemente en estos años, en que tal vez se convirtió en un ser humano herido que decidió esperar su turno de actuación, haciendo gala de aquel viejo adagio de *quien ríe el último ríe mejor...*

Por fortuna la vida le devolvió lo que le había quitado John, autoestima, afecto, respeto de los demás y le permitió varias veces aún, hasta su muerte, volver a construirse a sí misma.

Los rumores sobre la vida disipada de Kennedy eran tan evidentes, que hasta se comentó la posibilidad de que hubiera estado casado previamente al matrimonio reconocido con Jackie.

Esta esposa secreta podría haber sido Durie Malcolm, de Palm Beach, que pertenecía a una familia del entorno habitual del clan.

Este asunto y muchos otros fueron elevando el nivel de las especulaciones a las que el futuro Presidente daba pávulo debido a sus actuaciones despreocupadas y faltas de rigor en lo que se refiere al prestigio y honestidad de su vida privada.

Los primeros tiempos de casada, la futura Primera Dama tuvo que hacer frente a las peculiaridades afectivas de su marido, así como a la falta de una casa propia y especialmente, a la mala salud de Jack, lo que le obligó a soportar ingresos hospitalarios, curas, operaciones y demás situaciones típicas de los pacientes crónicos.

La templanza de la esposa parecía no tener límites e incluso tuvo ánimos para ayudar a redactar a John (algunos dicen que a escribir personalmente) un libro que lo haría muy conocido en el mundillo de las letras de orientación política: *Profiles in courage*, que se publicó a principios de 1956.

Kennedy tuvo al menos la hidalguía de dedicarle unas palabras a Jackie en agradecimiento por su contribución a la obra: *este libro no habría sido posible sin el estímulo y las críticas ofrecidos desde el comienzo por mi esposa Jacqueline, cuya ayuda durante todos los días de mi convalecencia no podré nunca agradecer adecuadamente.*

El libro recibió el premio Pulitzer y dio lugar a una serie infinita de comentarios, a propósito de su autoría, del premio y de todos los esfuerzos que llevó a cabo Joe Kennedy para su difusión y reconocimiento.

Kennedy había permanecido siete meses fuera de combate debido a sus enfermedades múltiples y el problema de la ingesta masiva de medicamentos es un tema que interesó y sorprendió a sus contemporáneos, médicos o no. Y volvemos al tema estrella de los años de casado de Jack: su delicada salud habitual.

Kennedy recibía para sus problemas de espalda y musculares, inyecciones habituales de novocaína y una droga llamada ADOC, especialmente diseñada para sus problemas relacionados con la enfermedad de Addison, que nunca quiso reconocer que padecía.

Es más que probable que las dosis de corticoides que incorporaba día a día le produjeran una actividad sexual fuera de lo común.

El Dr. Gerald Eric, experto en enfermedades de tipo psicosexual dijo al respecto: *si se administra a un hombre grandes dosis de cortisona, es frecuente que se vuelva milagrosa, maravillosamente priapista o por lo menos exuberante.*

*En el caso de Kennedy, es probable que toda esa cortisona durante un periodo prolongado aumentase sus impulsos sexuales.*

Y las conclusiones a las que llega el médico citado son sorprendentes y aclaratorias de la conducta inexplicable para algunos, del Presidente: *pero más vitales que sus necesidades físicas eran las presiones psicológicas que lo incitaban a esas conductas, la necesidad de ponerse a prueba, el impulso compulsivo de correr riesgos, el sentimiento de que las reglas sociales no regían para él.*

Es posible que el doctor Ehrlich haya hecho una descripción psíquica y física apabullante de uno de los enfermos más famosos de la historia política de los Estados Unidos.

Su caso podría haber sido una verdadera prueba para un psicoanalista o un médico experto en salud mental, pero no hay testimonios que indiquen que John Kennedy acudiera a un psicólogo, aunque sí fue el caso de Jacqueline, que, ya convertida en una mujer madura, acudía semanalmente, varias veces, a sus citas con el especialista.

En 1956 Jack decidió hacer un viaje a Europa, que comenzó por una *tournée* por la Riviera Francesa.

En esas circunstancias, su esposa estaba llevando a término un embarazo que se malogró, mientras el marido seguía dando vueltas por el viejo continente.

Fue una época pésima para Jackie, que siempre tuvo dificultades con los embarazos y partos, probablemente de difícil consecución debido a sus continuas batallas con el stress social, político y privado en la que estaba inmersa desde el comienzo de su matrimonio.

Los Kennedy, tan prolíficos, no dejaban de comentar la afición al tabaco de la futura Primera Dama, así como otra serie de causas con las que buscaban explicar el infortunio de su condición de madre: *Aunque los Kennedy nunca lo mencionaron-comentó el actor Peter Lawford- siempre había en el ambiente, cuando ella estaba presente, la incómoda sensación de que, en lo que se refería a embarazos, era mejor que se olvidara de ellos.*

*Criticaban a espaldas de ella. Sugerían que tal vez era de “cuna demasiado elevada” para tener hijos. Quiero decir que los hijos brotaban, literalmente de esas mujeres, en tanto que Jackie tenía problemas al respecto.*

Cuando se despertó de la intervención que sufrió para reponerse del embarazo frustrado, la primera persona que vio fue a Bobby Kennedy, que muchas veces a lo largo de los años reemplazaría a su hermano ausente en el corazón de Jackie.

Más adelante, entre las vicisitudes y avatares familiares y políticos, cuatro meses después de perder a su padre, Jack Bouvier, Jacqueline dio a luz a



una hija en un parto esta vez exitoso. Le pusieron el nombre de Caroline. Era el 27 de noviembre de 1957.

La vida continuaba y la carrera fulgurante de Jack hacía la Casa Blanca no dejaba de avanzar. Su esposa, que en aquellos años fue un modelo de adaptabilidad a todo tipo de circunstancias adversas, hizo a principios de 1958 unas declaraciones inesperadas: *llevo la política en la sangre. Sé que aunque Jack cambiase de profesión, yo echaría de menos la política.*

*Es la vida más emocionante que se pueda imaginar...siempre relacionada con las noticias del momento, conociendo a personas enormemente vivas, trabajando con ellas, y todos los días una se ve atrapada en algo que le interesa de verdad.*

*Eso hace que muchas otras cosas parezcan menos vitales. Una se habitúa a la presión que nunca afloja, y aprende a vivir con ella como pez en el agua.*

En realidad, estas declaraciones para la galería distaban mucho de corresponderse con la realidad: a Jackie no le gustaba el cuerpo a cuerpo con las multitudes como a su marido, ponía límites físicos entre ella y los posibles electores y toleraba las campañas y la propaganda que seducía a todo el clan, de mala manera.

Estaba hecha para otro mundo y de otra pasta, eso era evidente. Y a pesar de todo funcionó. Hasta que los disparos de Dallas acabaron con la vida del Presidente, la parodia de matrimonio feliz y compenetrado, el encanto de una Primera Dama que se creía una aristócrata europea, fueron creíbles.

Y todavía lo son, a pesar de todo el material periodístico, los ríos de tinta vertidos sobre las falsificaciones del mito de Camelot, la opinión pública parece decidida a aferrarse a los ideales de felicidad de los personajes famosos que tienen el destino de los ciudadanos en sus manos.

Se proyectan en ese espejo ilusorio que les devuelve una imagen familiar y tranquilizadora, a la vez que los transporta a una dimensión a la que ellos no tienen acceso.

La historia de la leyenda de los mil días de Camelot, fascinó y sigue fascinando dentro y fuera de los Estados Unidos.

Y en este misterioso ir y venir de la historia, el papel que jugó Jackie es indiscutible.

Como escribe su biógrafo, David Heymann: *no hay que subestimar la importancia de Jackie para la campaña de JFK. Siempre fotogénica, misteriosa, reservada e impredecible, produjo un innegable impacto en la psique de Norteamérica...*

A medida que se acercaba a la Presidencia, la carrera imparable de Kennedy detrás de las mujeres, también arreciaba.

Entre esa pléyade de acompañantes femeninas, Marilyn Monroe no fue sino una entre otras muchas famosas. Pero el escándalo de su muerte, que se quiso ver inexorablemente como un suicidio anunciado, salpicó a los Kennedy, al probarse, años después del suceso, que Bobby Kennedy había estado en el lugar de los hechos.

Entre otras muchas actrices, Angie Dickinson también cayó en las redes de Jack y no dudó en declarar con respecto a su chevalier servant: *desde el momento en que lo conocí quedé atrapada, como todas las demás.*

*Era el político más sexualmente atrayente que he conocido nunca. Era irresistible, un hombre abrumadoramente guapo, encantador...uno de aquellos con quienes tu madre abriga la esperanza de que no te cases.*

Más o menos coincidente con la llegada de los Kennedy a la Casa Blanca, la pareja presidencial se convirtió en padres por segunda vez. Así queda constituida ya para siempre la exigua familia Kennedy, sobre todo si se la compara con la capacidad de gestar del resto de los miembros del clan.

Instalada ya confortablemente en la Casa Blanca y en su maternidad finalmente conseguida luego de tantos esfuerzos, Jackie volvió a ocuparse de los asuntos que realmente le producían placer: su arreglo personal y la decoración de su nueva casa.

A la renovación y restauración de la Casa Blanca, le hemos dedicado un capítulo breve en esta obra y en cuanto a su *toilette*, podríamos decir que comenzó a revisarse con la contratación del nuevo modisto personal de la Primera Dama. Ya nos hemos referido a Oleg Cassini.

Cassini había llegado a Norteamérica en 1936 y era de origen ruso judío, aunque había vivido en Italia.

Que fuese norteamericano, aunque naturalizado como Cassini, era una condición sine qua non para ser aceptado y considerado como diríamos hoy, políticamente correcto.

Según el biógrafo ya citado, Heymann, *Jackie quería ir vestida, como si Jack “fuera el Presidente de Francia”, aunque destacó que no quería ser la María Antonieta o la emperatriz Josefina de los sesenta y no deseaba dar la impresión de que compraba demasiado.*

Sea como fuere, sus veleidades afrancesadas también tenían unos límites y la realidad de su condición de esposa de Presidente de Estados Unidos se imponía, a pesar de todo.

Heymann le dedica una parte sensible de su libro a hablar del estilo Jackie, todavía imitado en la actualidad, en la que hay una vuelta a la moda y la estética de los años sesenta.

La Primera Dama recupera los sombreros y, en palabras de Heymann, su estilo fue *una revolución en materia de moda que incluía los tacones bajos, los abrigos de tela de colores vivos y los trajes de tipo Chanel.*

*Fue el comienzo del estilo Courrèges...una deslumbrante apariencia de muñequita, adoptada por una mujer madura...*

Cassini, explicó que ella no quería crear un modelo, pero que debido a su apariencia exótica y especial y sobre todo a su papel en la política y en los medios de comunicación, necesariamente era un paradigma digno de ser copiado y admirado.

La llegada de Jackie a la Casa Blanca no fue un periodo de esplendor para todos aquellos que querían o necesitaban hablar con la Primera Dama. No tenía mucho tiempo libre para las asociaciones ni las ONGs, ni tampoco para la prensa, especialmente para las periodistas mujeres.

Herbert Feldman, un escritor y abogado que la conoció en 1961, pensaba que era egoísta, centrada en sí misma, poco flexible. *Su boca la triciona-* escribió sin demasiado aprecio por la figura pública este observador- *es como la de un tiburón...*

Sin embargo, parece ser que la entusiasmaban los famosos, actrices como Greta Garbo, coreógrafos como Balanchine, a menudo acudían a la Casa Blanca, a cenas restringidas donde sólo estaban presentes miembros del clan Kennedy u otros familiares de la Primera Dama.

Hay verdaderos detractores de Jackie a la hora de valorar su actuación pública como presidente consorte.

Un observador como Lem Billings, ya citado como informante, explicaba así la avidez de la Primera Dama por conseguir el éxito social: *Jackie no sólo se limitaba a proceder con mucho cuidado. Saqueaba el cerebro de la gente. Así es como actuaba. Invitaba a distinguidos artistas con el fin de poder conseguir los nombres de otros artistas distinguidos para que actuaran en la Casa Blanca.*

De hecho, se convirtió en la anfitriona de más prestigio de la ciudad y quien tenía la mayor capacidad de convocatoria para atraer a personalidades relevantes y conocidas del gran público.

De todas formas, cuando se está en el punto de mira de millones de personas y de un grupo pequeño de asistentes y actores de primera magnitud en el teatro del poder, siempre se reciben críticas. Se objeta la actuación del personaje público, pero lo que hay debajo de esto es también una envidia contagiosa por poder representar su papel.

Y nadie tiene piedad en esta lucha sin cuartel cuando se reparten los roles de los protagonistas de la obra.

David Heymann, uno de sus biógrafos más reconocidos, ya citado, opinaba sobre esta situación de Jackie en el punto de miras político y social: *poco a poco Jackie comenzó a disfrutar de su posición en el pedestal y a entender más a fondo lo que ella significaba para el pueblo norteamericano, aunque nunca logró llevarse bien con la prensa.*

*Continuó odiando a los periodistas tan profundamente como siempre. Eran el veneno de su existencia, las espinas de su corona. Tenía muy pocos problemas con los hombres, los niños o los animales. Pero, cuando se trataba de mujeres periodistas, se mostraba nerviosa y antipática.*

Hay una explicación para esto: su propia madre no había sido todo lo que acogedora e indulgente que una chica como Jackie habría necesitado. Tampoco sería ella, andando el tiempo, una madre excesivamente cariñosa con Caroline, a quien exigía un comportamiento y un perfil calcados de su personal modo de ver las cosas.

Por extensión e incomprensión con la figura materna o femenina, no se llevaba bien con sus iguales, mientras le encantaban los hombres y se fiaba

más de ellos aunque tuvieran a menudo un comportamiento inadecuado, como su padre, Jack Bouvier.

La trampa de la fama tiene sus consecuencias. Ser conocido porque se está expuesto a los avatares de los medios de comunicación, supone también quedarse indefenso cuando nos convertimos en un auténtico e irresistible escaparate para el mundo.

Jackie era admirada, famosa, envidiada, incluso perseguida y ésa era la cuota que le exigía el disfrute de tantas prerrogativas y de tanta exposición. No lo quiso asumir como tampoco muchos años después se conformó con esa situación ambivalente, un personaje tan público y tan acosado como Lady Diana de Gales.

Pero muy a menudo la soledad y paradójicamente la falta de intimidad son el alto precio que hay que pagar por la fama.

Otro de los problemas de Jackie era el Servicio Secreto, que según ella, dejaba poco margen de movimiento a sus hijos y a ella misma. Una vez más se enfrentaba con la reclamación del tandem imposible: intimidad y seguridad.

Y con un marido famoso, deseado por las mujeres y tan poco austero en el comportamiento en su vida privada, era inevitable que hubiera comentarios, escándalos encubiertos y murmuraciones.

Jackie, por su parte, respondía negando la situación o fantaseando con darle la réplica de la traición y el engaño marital a John, aunque todo parece indicar que sus posibles relaciones extramatrimoniales no eran más que producto de su imaginación.

Truman Capote, a menudo comentarista avezado de las situaciones que se producían entre *la aristocracia reinante* de la Casa Blanca, escribía sin escrúpulos: *se murmuraba mucho acerca de Jackie, pero había muy poco escándalo. La mayor parte de sus supuestas calaveradas eran producto de su imaginación. Llevaba un registro de coitos mentales...todo era ficticio. Jackie no era realmente coqueta, y no había en ella nada de seductor o sensual.*

No era tampoco una mujercita resignada ante las infidelidades de un marido casquivano. Hubo comentarios en su día sobre su supuesta vinculación amorosa con uno de los agentes del Servicio Secreto.

Pero es posible que lo cierto fuera que la pompa y el ceremonial la tenían demasiado ocupada para entrar en otras profundidades en lo que concierne a las relaciones afectivas.

Jackie disfrutaba también con el poder en sí mismo y probablemente sublimara sus pasiones paladeando y gozando de beneficios menos materiales que el que puede brindar una mera relación física circunstancial, como las que mantenía su marido.

De todas formas, uno de los escándalos que siempre tuvo la posibilidad de ser descubierto en el ámbito de la Casa Blanca fue la vinculación y consiguiente dependencia de la pareja presidencial de las medicinas y tratamientos del Dr. Max Jacobson, de quien ya hemos hablado aquí con anterioridad.

El tema era realmente espinoso, ya que podía llegar a cuestionarse hasta qué punto un Presidente como JFK podía tener libertad de tomar decisiones políticas comprometidas, estando sometido- como era el caso- a una *dieta* abusiva de medicamentos no siempre ortodoxos.

Este médico había estado inyectando en vena a muchos personajes conocidos dosis ingentes de anfetaminas, para dinamizar y mejorar su rendimiento psíquico y físico. Un caso típico de dopaje, como se vería posteriormente a partir de la década de los 90 en el deporte de alta competición.

El problema de las anfetaminas es que fuerzan todo el sistema biológico humano, haciéndolo trabajar artificialmente por encima de sus posibilidades, especialmente en el caso de una administración continuada y además, provocan dependencia.

Estas drogas, si se administran durante mucho tiempo, pueden producir cambios en el comportamiento, disminución de peso, hipertensión, pérdida de memoria.

La primera vez que los Kennedy vieron al Dr. Feelgood (*sienta bien o pleineforme*, en su versión francesa), fue en el otoño de 1960.

Le fue recomendado por su amigo Chuck Spalding, para que intentara paliar el agotamiento habitual al que la vida política de John lo había acostumbrado.

Jacobson tenía un ejército de pacientes famosos. Poco tiempo después de comenzar a tratar al Presidente, el médico empezó a ocuparse también de Jackie.

Truman Capote, siempre al corriente de estos comentarios de pasillo en la cercanía de la Casa Blanca y dentro de ella, explicó los efectos del tratamiento del Dr. Jacobson: *es una euforia instantánea. Te sientes Superman. Vuelas. Las ideas brotan a la velocidad de la luz. Trabajas setenta y dos horas seguidas sin parar a tomar café. No necesitas dormir, no necesitas comer. Si lo que buscas es sexo, puedes pasarte toda la noche en ello.*

*Y luego, te desplomas: es como caer en un pozo, como lanzarse al vacío sin paracaídas. Quieres aferrarte a algo y no hay nada, sólo aire. Vas corriendo a la calle 72 Este. Buscas un mosquito alemán (haciendo referencia a la procedencia germana del médico), el insecto del aguijón mágico. Te pica y en el acto, vuelves a elevarte en el aire.*

El Dr. Jacobson y su esposa acompañaron disimuladamente a los Kennedy, ocultos entre el séquito oficial, en su triunfal viaje a Europa.

Aunque era una doctora, Janet Travell, la que se consideraba médico oficial del Presidente y su esposa, Max Jacobson era quien en realidad *cuidaba* de ellos.

El apoyo del tratamiento con anfetaminas continuó durante todo el periplo del matrimonio Kennedy en Europa.

Parece que Jacobson también fue responsable de la milagrosa recuperación de la voz de JFK, poco antes de pronunciar su discurso ante la ONU.

Jacobson era además un especialista en experimentar nuevos tratamientos con componentes curiosos como el hueso y la placenta. Su lema era que no había necesidad de sufrir, si uno lo podía pasar bien.

Tampoco estaba vinculado como la mayoría de sus colegas, a asociaciones u otro tipo de entidad corporativa. Era caótico y no llevaba un registro adecuado de sus actuaciones médicas.

Jackie sobrevivió al proyecto de restauración de la Casa Blanca gracias al Dr. Max y sus anfetaminas y también la ayudó a superar todo el protocolo- enorme, interminable- del posterior luto por el asesinato del Presidente.

Jacobson los siguió atendiendo durante toda la estancia de los Kennedy en la Casa Blanca, aunque para su suerte, no fue incluido en la visita del Presidente a Dallas, que tan mal pronóstico tenía y que sería la última actuación oficial de su vida. Esta vez, ni siquiera las inyecciones del Dr. Max Jacobson pudieron ayudarle.

La vida de Jackie en el entorno de la Casa Blanca, los viajes oficiales y sus proyectos más o menos personales transcurrían sin grandes sobresaltos. Los niños, por su parte, contaban con una legión de cuidadores, personal del Servicio Secreto, niñeras.

De vez en cuando, sus padres sacaban tiempo de su abultada agenda para jugar con ellos o aparecer con sus hijos en los medios de comunicación.

La joven madre, poco a poco fue adaptándose a sus funciones como Primera Dama y empezó a respetarse incluso su intuición política.

George Smathers opinó a este respecto: *que en Jack fue creciendo un enorme respeto por el discernimiento político de su esposa. Su orgullo por los logros de ella se fortaleció cuanto más tiempo pasaba en su cargo.*

*La utilizaba como una especie de observadora extraoficial en otros países. Ella viajó a la India, Pakistán, Grecia, Italia y otros lugares y la gente pensaba que sólo estaba de vacaciones. Pero había mucho más que eso... Su aguda percepción de los detalles la convertía en una excelente allanadora de problemas para la Administración.*

Jackie se preparaba, estudiaba, manejaba dossiers, libros, información de todo tipo. Paulatinamente empezó a tener criterios propios, siempre adoptando y siguiendo la facción de los moderados.

De todas formas, la familia Kennedy era una comunidad donde lo masculino, los hombres, tenían una impronta indeleble sobre los acontecimientos públicos y privados.

Las mujeres gestionaban lo doméstico, la vida familiar y gastaban- como Jackie- cifras enormes en representación. Coleccionaba vestidos y complementos y a menudo utilizaba una sola vez sus compras y las devolvía, cosa que desesperaba a los famosos proveedores.

En 1961 gastó un total de 105.446 dólares de la época y en 1962, 121.461.



En 1963, le dijo confidencialmente a su hermana que estaba nuevamente embarazada, pero que continuaría con su actividad oficial, siempre que le fuera posible.

Mientras tanto, seguía su campaña en contra de la invasión que la prensa hacía en su mundo íntimo y suscitando apoyos y resquemores.

Los escarceos amorosos de su marido, su estado de buena esperanza y el trajín al que estaba sometida diariamente, a menudo le hacían perder los nervios.

Una mañana de agosto de aquel año, después de acompañar a Caroline a una lección de equitación, Jackie comenzó a sentirse mal. Fue llevada inmediatamente al hospital militar de la base aérea de Otis, que era el servicio sanitario más cercano de donde se encontraba.

Tuvo un niño muy frágil, de poco peso, con una situación médica tan grave que tuvieron que instalarlo en una incubadora de inmediato. Por las dudas, fue también bautizado sin dilación.

El bebé falleció al cumplir tres días, pero su madre, debido a su delicada situación de salud, no pudo acompañarlo en la ceremonia fúnebre.

Fue depositado en el panteón de la familia Kennedy, en el cementerio Holyhood, en Massachussets.

La Primera Dama parecía sobrellevar esta nueva desilusión de su capacidad para ser madre con un ánimo resignado, pero la verdad es que se encontraba lejos de conformarse con su suerte y sobrellevaba mal un sentimiento de duelo y pérdida.

Lee, que en aquella época estaba muy vinculada afectivamente a Aristóteles Onassis, tuvo la idea de compartir con su hermana un crucero en el Christina, el yate privado del armador griego.

Los hermanos Kennedy no estaban muy entusiasmados con la propuesta de estas vacaciones de Jackie, sobre todo porque Onassis estaba considerado un personaje de dudosa reputación en todo el mundo, aunque todos caían rendidos ante su poder económico y sus redes de poder e influencias.

Kennedy le espetó a su mujer: *Jackie, ¿sabes qué estás haciendo? ¿Tienes conciencia de la reputación de este individuo? Ya es suficiente con que tu hermana esté relacionada con él.*

Onassis, al igual que el Presidente, tenía mala fama por sus aventuras con las mujeres, aunque era más selectivo y desde hacía tiempo María Callas puede decirse- que si no ocupaba su corazón- por lo menos sí buena parte de su tiempo.

Francis D. Roosevelt hijo, participó también de este viaje en el que había sido necesario colocar acompañantes obligados, para mantener las apariencias y el decoro de la Primera Dama y su familia.

Roosevelt conocía bien a Onassis y no tenía mala opinión de él: *Onassis era maravilloso, muy educado (aunque no en términos formales), muy leído, muy bien informado sobre todo tipo de detalles de acontecimientos mundiales y un hombre muy brillante, así como una persona encantadora.*

*No era un hombre hermoso en ningún sentido, pero sí una persona muy atractiva e ingeniosa.*

El viaje se llevó a cabo por las islas griegas y el Egeo, incluyendo Estambul. Un paraíso perdido a la medida del rico armador y un territorio privilegiado para él en el mundo.

Lee seguía vinculada afectivamente con Onassis pero éste ya había cambiado de objeto de interés: su hermana Jackie formaba parte de su nuevo proyecto vital. Pero todavía, antes de poder incluirla en él, tendrían que suceder muchas cosas.

Onassis le regaló un fantástico collar de diamantes y rubíes a la Primera Dama, valorado en unos cincuenta mil dólares. Lee Radziwill había perdido una vez más la batalla que libraba por competir con su famosa hermana.

Finalmente la señora Kennedy volvió a casa, en unas circunstancias en que ya se estaban preparando los detalles del viaje del Presidente que lo llevaría a Tejas, su último recorrido vital.

## HAY VIDA DESPUÉS DE DALLAS

Christopher Andersen escribió que *en el momento en que sonaron los disparos de Dallas, JFK y su mujer, Jacqueline, constituían indiscutiblemente la primera pareja del mundo.*

A pesar de los episodios de infidelidad de Jack, el viaje de su mujer a Grecia en compañía de Aristóteles Onassis y la pérdida de Patrick, o, tal vez, a pesar de todas estas circunstancias, la pareja presidencial empezaba a gozar de una nueva intimidad y el placer de estar juntos, cuando todo terminó de repente.

El 22 de noviembre de 1963 se acabó un proyecto político con el asesinato del Presidente, pero nació un mito imperecedero.

La pareja había sobrellevado todo tipo de pruebas junta y Jackie, ahora que estaba sola, quería que la estela que John había comenzado, no se apartara nunca del firmamento de la política de los Estados Unidos.

A pesar de su futuro matrimonio con el armador griego, de sus numerosas relaciones con otros hombres y el final compartido con Maurice Tempelsman, Jackie fue para muchos, siempre, la esposa de JFK y una de las figuras señeras de la leyenda de Camelot.

*No habrá nunca otro Camelot. Habrá otros grandes Presidentes, pero no habrá nunca otro Camelot.*

*En palabras de Alan Jay Lerner, que escribió:*

*No lo olvidéis jamás  
Existió un lugar  
Reluciente y hermoso  
Que se llamaba Camelot.*

Como escribe Andersen, en *Jackie después de John*, Jackie, a pesar de todo, poseyó una grandeza que trascendía sus defectos. Finalmente, escogió medirse con el mundo en vez de dejarse vencer por él, seguir amando, ser amada y vivir su vida como le parecía. Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis ha demostrado que era por encima de todo, una heroína americana.

Jacqueline creía que los tres años de la Casa Blanca fueron la mejor época que había compartido con John, durante la cual estuvieron más próximos y que todo se había terminado con su muerte.

Pero Onassis nunca desapareció de su vida desde el crucero en el yate Christina. De hecho, estuvo en las cercanías de la Primera Dama durante los funerales, pero sin levantar demasiadas suspicacias ni enfadar al hermano del Presidente muerto, el Fiscal General del Estado, Bobby Kennedy.

Hubo una misión que Jackie no se atrevió a cumplir y que encargó a su madre Janet: reunir en el cementerio de Arlington a sus dos hijos pequeños muertos, con su padre.

Janet recogió los restos de los pequeños y acompañada por dos sacerdotes procedió al entierro de los cuerpos en el cementerio donde descansarían

algún día su padre y su madre. Hubo también, como ocurría en estos casos en el entorno de los Kennedy, un servicio religioso.

En cuanto al asesinato, las teorías no dejaban de circular. Nadie creyó la hipótesis de un matón mediocre de formación prosoviética, pero en esos momentos inmediatamente después de la muerte del Presidente, hubo una especie de acuerdo generalizado para no incidir en la teoría de una conspiración.

La verdad es que había muchos interesados en la muerte de Kennedy y en destronar definitivamente a la familia de los círculos de poder.

Pero Jack se había comprometido en aventuras peligrosas con la mafia, mostrado especialmente interesado en enviar a asesinar a Castro e involucrado en muchos asuntos poco claros, tanto en lo público como en lo privado.

Por mucho menos se puede desear quitar de en medio a una figura pública de la envergadura del presidente Kennedy.

Jackie estuvo aún muchos días en la Casa Blanca, para lo que era habitual en el protocolo de recambio de Jefes de Estado en Washington.

El 6 de diciembre por fin y después de haber celebrado los cumpleaños de sus hijos en la mansión, abandonó definitivamente la residencia oficial.

Se trasladó a una casa prestada, donde las obras originales de Van Gogh, Toulouse-Lautrec y Matisse y Cézanne, entre otros impresionistas, le recordaban sin lugar a dudas tiempos mejores.

La reciente viuda se hizo la promesa de brindar a sus hijos una vida tan normal como fuera posible, pero este desideratum, tratándose de esta mujer y sus circunstancias, hubiera podido hacer sonreír a más de uno.

Pronto llegó Navidad y Bobby, a quien no dejaba descansar su sentido de culpa en lo referente a su responsabilidad en la muerte de su hermano, se convirtió en el acompañante constante de Jackie y en el protector de sus hijos y el legado de Jack.

Sobre la vinculación de Bobby con el asesinato de su hermano, Gore Vidal, siempre implacable escribió: *Los Kennedy habían utilizado a la Mafia para hacer elegir a John y para intentar asesinar a Castro. Bobby era en parte el bulldog de la familia, se abría paso a costa de machacar a los demás. Creyó que iba poder utilizar a la Mafia para sus propios fines. Parece que la Mafia no era de la misma opinión.*

Una vez pasadas las fiestas de Navidad y Año Nuevo, la ex Primera Dama compró una casa de catorce habitaciones, repartidas en tres niveles, que le costó 175.000 dólares.

Jackie intentó recrear el ambiente de las habitaciones que tenían sus hijos en la Casa Blanca en su actual hogar, para contrarrestar nostalgias de otras épocas.

Pero no se recuperaba y finalmente acusaba la depresión que hubiera debido tener en el momento de la muerte de su esposo. El Doctor Jacobson seguía acudiendo en su auxilio, pero el cuerpo de la joven se había acostumbrado a los sedantes y otros tipos de medicinas, entre los que se contaban anfetaminas y esteroides y no siempre respondía como se esperaba.

Andersen, biógrafo de la pareja, escribe que, *las drogas favorecían los cambios de humor de Jackie, ya que, como decía su medio hermano, Jamie Auchincloss, podía mostrarse encantadora, pero luego, te dabas la vuelta y se venía completamente abajo, como si alguien hubiera apretado un botón.*

La gente por otra parte, no la dejaba en paz. Se había transformado en objeto de culto y de atención por parte de un público que desfilaba diariamente delante de las ventanas de su casa, con la esperanza de sorprender a la Primera Dama o a sus hijos.

En cuanto a su presupuesto, la viuda de JFK parecía no tener medida en los gastos y seguía enviando las facturas al despacho de los Kennedy en Nueva York. El patriarca del clan, Joe, se seguía haciendo cargo de todo, pero su nuera no era una mujer rica y empezaba a inquietarse seriamente por su porvenir.

No sólo Jackie estaba destrozada por la muerte de su marido y la pérdida de todo el proyecto de vida que habían, mal o bien, compartido hasta entonces.

Bobby, el hermano que atendía hasta las mínimas exigencias de Jack, también estaba conmocionado y tenía que obligarse a rediseñar su espacio propio sin el Presidente.

Bobby sabía de las tristezas de su cuñada, de su esfuerzo para consolar a Caroline sobre todo, ya que John John era demasiado pequeño para tomar conciencia real de su nueva situación de huérfano.

A propósito de la depresión del hermano más involucrado en los asuntos de la presidencia y de JFK, Pierre Salinger confirmó: *Bobby era muy duro, más duro que JFK en algunos aspectos, pero adoraba a su hermano mayor, lo idolatraba. Todo lo que había hecho era por él, para el Presidente y en un segundo, un terrible segundo, todo se había venido abajo.*

Parece que el hermano del Presidente, acostumbraba subirse a un coche en medio de la noche, por desesperación, y recorría las calles de Washington sin rumbo fijo.

Durante los seis meses que siguieron al asesinato de Jack, Bobby se convirtió de hecho en el padre in pectore de sus sobrinos y en un acompañante irremplazable para Jackie.

La señora Kennedy llegó incluso a pensar en que Bobby adoptara a sus hijos, consciente de que sólo él podría desempeñar el rol que el Presidente había jugado en sus vidas, pero, Ethel, su mujer, se opuso.

Para tratar de huir del hostigamiento al que sometían a la familia de Jackie y a ella misma las bandadas de mirones que se detenían frente a la puerta de su casa y la perseguían cuando salía a la calle, su hermana Lee le ofreció la posibilidad de pensar en trasladarse a vivir a Nueva York, donde habían residido de pequeñas.

Jackie se instaló unas semanas en el hotel Carlyle, el mismo en el que John recibía a sus aventuras amorosas sin que su esposa estuviera al corriente.

La ex Primera Dama disfrutaba de su tiempo de ocio en Manhattan, que compartía con amigos de siempre como Truman Capote, siempre ácido y crítico con los Kennedy y Pamela Churchill, que pronto se convertiría en embajadora en París.

En realidad algunos autores que siguieron la evolución de la viudez de Jackie, coinciden en describir dos personajes en uno: la mujer siempre elegante y bella que seguía concitando adhesiones y la viuda sola y triste que despertaba pena.

Es posible que la verdadera Jackie se encontrara a mitad de camino entre ambas descripciones, ya que nadie puede acertar a definir su personalidad real, en la época en que su vida discurría acompañando a un marido siempre infiel, sobrepasada por las obligaciones de la Casa Blanca. Sola y aislada en medio de tanta gente.

Lo que está claro, es que esta mujer especial, icono indeleble de un siglo XX lleno de personajes sorprendentes, siempre conservó un halo de misterio. Muy pocos son los que podrían estar seguros de haber captado completamente su esencia reservada y aristocratizante, fuera de lo común.

Es posible también que la verdadera Jackie no fuera una persona única sino una mujer caleidoscópica y llena de facetas, una caja de Pandora siempre polifacética, una caja china de la que prácticamente nadie, ni siquiera su familia más cercana tenía la clave.

En Semana Santa llevó a sus hijos a esquiar a Store, acompañada de Teddy, Bobby y sus respectivas familias.

Después se trasladó a Antigua, junto con Bobby, Chuck Spalding, Lee y su marido, Stas Radziwill. Hicieron deporte, bebieron botellas y botellas de vinos y licores e incorporaron al viaje una buena dotación de las píldoras para la felicidad del Doctor Jacobson.

Bobby y Jackie estaban llegando a unos estadios en su relación afectiva, en que ya no se la podía considerar simplemente un vínculo fraternal entre cuñados.

Como comentó Chuck Spalding: *Bobby y Jackie formaban claramente una entidad, una única persona dotada de cuatro piernas. Eran visiblemente muy íntimos.*

Andersen, el biógrafo de la pareja presidencial, opina que esta nueva versión de la relación entre Bob y Jacqueline, se enmarcaba perfectamente dentro de las costumbres de los hermanos Kennedy, de compartir afectos y conquistas.



No hay que olvidar que la propia Marilyn había sido amante de Jack antes de pasar a los brazos de su hermano.

La propia Lee, en un alarde más de la endogamia de estas familias de origen irlandés que a menudo se refugiaban en la doble moral que le conocimos a Joe Kennedy, el patriarca, había mantenido relaciones con John y ahora estaba enamorada de su hermano menor, Bobby.

Se trataba de vínculos complejos y fuera de lo común entre la gente sencilla, pero hasta cierto punto habituales en familias de pro, como las de los Kennedy, los Lee o los Bouvier.

Coincidiendo con el 47 aniversario de John, que se hubiera celebrado el 29 de mayo, Jackie empezó a fantasear con el proyecto de la Biblioteca Kennedy, que llevaría a cabo un arquitecto entonces desconocido, Ies Ming Pei.

Nancy Tuckerman, su amiga de colegio y colaboradora habitual durante muchos años, empezó a buscarle a Jackie una casa en Nueva York.

Una conocida de muchos años de los Kennedy, recomendó a la Primera Dama que visitara un apartamento en el 1040 de la Quinta Avenida. Estaba situado en la planta quince y desde allí se dominaba un paisaje muy sugerente del Central Park.

Cerca de ese lugar, además, vivían muchos conocidos, amigos y familiares: Peter y Pat Lawford, Steven y Jean Kennedy Smith y su medio hermano, Hugh Auchincloss.

El nuevo hogar se adaptaba muy bien a sus necesidades, pero le costó 200.000 dólares, más un suplemento de otros 125.000, que pagó por las reformas.

Entre tanto, muchos países y particulares comenzaron a donar cantidades respetables para financiar el proyecto de la Biblioteca JFK, dedicada a la memoria del Presidente asesinado.

A los seis meses de la muerte de su marido, según Gore Vidal, la vida-también la sexual- volvió a emerger dentro de Jackie.

Siempre muy vinculada a su cuñado, otros hombres, sin embargo, empezaron a hacer su aparición en su nuevo panorama íntimo: había comenzado a intentar dejar de ser una mujer sola.

Marlon Brando apareció en el universo de Jackie en el momento en que estaba en su apogeo como actor y como hombre. Pero tuvieron una historia reservada y desconocida para el mundo exterior y necesariamente breve.

Brando era de la saga del tipo de hombres que durante casi toda su existencia encandilaron a la Primera Dama: un poco cafres y sobre todo siempre insatisfechos en sus correrías tras las faldas de mujeres hermosas.

Por entonces, Brando también mantenía relaciones con hombres y se trataba de un secreto a voces que el famoso actor nunca trató de ocultar.

Otros idilios sellaron aquella etapa de mujer independiente de Jackie, como los que mantuvo con William Holden. Gore Vidal, siempre pendiente de los avatares de la viuda de JFK escribió: *Jackie tuvo varias aventuras con hombres célebres, probablemente por interés personal e incluso para vengarse de las infidelidades de su marido.*

*Es un error pensar que estaba a la vuelta de todas las vanidades, que no se sentía atraída por estrellas del cine u otras figuras conocidas. Es necesario tener presente que las celebridades se interesan por otras celebridades, de la misma forma que los mentirosos creen a pie juntillas a los mentirosos.*

La suerte seguía maltratando a los Kennedy, porque Ted sufrió un accidente de aviación en esa época, del que salió milagrosamente ileso, aunque otros pasajeros del vuelo murieron en el accidente.

Bobby, por su parte, decidió presentarse a Senador, una vez que se dio cuenta de que Lyndon Johnson nunca lo consideraría un buen candidato para Vicepresidente.

Jackie volvió de vacaciones a Europa y de vuelta a casa, comenzaron las escaramuzas de Johnson en la Convención Nacional Demócrata, que tuvo lugar en Atlantic City, aunque la verdadera estrella de la ocasión no fue Johnson sino la ex Primera Dama.

A todo esto, se aproximaba el primer aniversario del asesinato del Presidente, una fecha que resultó especialmente dolorosa para su viuda y su familia.

Sobre esta efemérides tan amarga para ella, Jackie se manifestó de esta manera: *es muy duro aprender a aceptar lo que era inimaginable. Este tipo de cosas nos cambian profundamente. No se puede reemplazar lo que se ha perdido. Tendría que haber intuido desde el primer momento que John pertenecía a otro mundo. Tendría que haber sabido que esto no podía durar...Ahora es una leyenda, aunque en realidad hubiera preferido ser un hombre.*

Puede decirse que sin embargo, Jacqueline estaba muy bien acompañada por Bobby, que no la dejó sola desde el asesinato de su hermano hasta el momento de su propia desaparición.

La gente comenzaba a murmurar, ya que había situaciones en las que su amistad se decantaba por un vínculo que iba mucho más allá de la del afecto entre cuñados. No se dejaban nunca y a menudo paseaban solos y enlazados por lugares apartados, fuera del alcance de miradas inquisidoras.

Amigos o familiares del entorno de la pareja sabían qué tipo de vínculo mantenían realmente: Peter Lawford, Clare Boothe Luce, antigua amiga de Joe Kennedy, Nancy Dickerson, Gore Vidal, que una vez más se arriesgaba a dar su opinión.

Para Vidal, Jackie quería más a Bobby de lo que había amado a su marido. Era, de alguna forma, el hombre de su vida.

Su nueva casa de Nueva York era sencillamente perfecta, con los muebles que los Kennedy habían disfrutado en la Casa Blanca y los cientos de objetos, algunos antiguos, verdaderas obras de arte, que la pareja había compartido cuando John vivía.

Nueva casa y nuevos amigos, ya que los de la época de John y Washington habían ido cayendo poco a poco en el olvido.

Priscilla McMillan, una antigua observadora de la pareja presidencial, fue muy clara en sus opiniones acerca de la habilidad de Jackie para “pasar página”: *Jackie no era como todo el mundo. No parecía tener amigos íntimos. Si exceptuamos a John y a su padre, al que adoraba, no creo que nunca haya tenido un afecto sincero, ni siquiera por su hermana Lee.*

*Podía comportarse de una forma encantadora y sabía cómo seducir, pero era pura comedia. Creo que no necesitaba a nadie. Tenía una personalidad muy fuerte y una gran autoestima. Proyectaba una impresión de grandeza que asustaba a los demás. Era una manera de proteger sus emociones más íntimas y sinceras.*

También fueron años de viajes y periplos. Esquiaba con Bobby y sus hijos en Sun Valley o en Suiza, viajaba a la Argentina para que sus hijos visitaran las estancias de la pampa y en mayo de 1966 tomó un avión para asistir a la Feria de Sevilla, uno de los acontecimientos sociales más destacados de los que se llevan a cabo anualmente por toda la geografía española.

Después del aterrizaje en Madrid, se acogió en la capital hispalense a la hospitalidad del Duque de Alba consorte. Cuentan los enterados que pudo dormir en un palacio de ensueño, en la misma habitación donde había descansado la antepasada de Cayetana de Alba, la esposa del emperador Napoleón III, Eugenia de Montijo.

Jackie no se privó de ninguno de los tópicos que acompañan el protocolo y el boato de la Feria: mantillas de encajes, calesa con caballos y peinetas.

La condesa de Quintanilla, que la acompañó en esos días fue muy clara al comentar esta visita de Jackie a España: *los españoles la adoraban. Era muy guapa, amaba y conocía nuestra cultura y hablaba nuestra lengua...*

En ese viaje Jackie no dudó en competir y en robar portadas a los Príncipes de Mónaco. Mantenía una relación fría y distante con Gracia de Mónaco, que en algún momento había estado más cerca del entorno de los Kennedy.

En una cena que compartieron, una a cada lado del duque de Medinaceli, se podía ver por las fotografías el grado de malestar al que habían llegado las dos mujeres, que conversaban o miraban una hacia cada lado diferente de la mesa.

Por entonces, se rumoreaba también que Jackie podía estar comprometida con Antonio Garrigues, viudo y con familia numerosa, que ostentaba el nada desdeñable cargo de embajador de España ante el Vaticano. Una vez más Jackie había apuntado alto y a un candidato mayor de 62 años, que probablemente le recordara a su padre.

A la vuelta de España, la señora Kennedy salió de viaje con sus hijos para Hawai y compartió el viaje con Peter Lawford.

A pesar de que eran parientes, ya que Peter estaba casado con una hermana de Jack, el escándalo tardó poco en estallar y una vez más una Kennedy resultó humillada por los manejos afectivos de Jackie y su tendencia irrefrenable a la seducción de hombres comprometidos, que estaban cerca o disponibles.

Jackie también volvió a Irlanda, tierra fundacional de los antepasados familiares y ahí casi pierde la vida, arrastrada por el agua mientras tomaba un baño en solitario. Un miembro del Servicio Secreto la salvó de morir ahogada.

Durante este viaje, se la relacionó con David Ormsby-Gore, más conocido como Lord Harlech. Su mujer acababa de morir en un accidente de coche.

Jackie debía a continuación realizar un viaje a Camboya, para contemplar de cerca los templos de Angkor. Pero esta misión no era tan gratuita como podía parecer al principio, ya que el sudeste asiático siempre había representado un lugar estratégico para la política exterior de los Estados Unidos.

El viaje en avión se llevó a cabo en un aparato de Alitalia, que reorganizó los compartimentos de la cabina para que la dama pudiera descansar durante las largas horas de trayecto.

El príncipe Sihanouk la recibió en Phnom Penh, donde cenó posteriormente en su compañía en el palacio de Chascar Mon.

Durante el viaje, Jackie daría el nombre de su esposo a una calle, pero el recorrido turístico tuvo sus más y sus menos diplomáticos, ya que Norteamérica guardaba muchos intereses y un pasado significativo en la zona.

La ex Primera Dama expresó que *su marido deseaba haber visitado Camboya, le hubiera encantado la vitalidad del pueblo khmer*.

Su misión secreta tenía que ver no con un viaje de placer, sino con un intento de reanudar unas relaciones americano-camboyanas que habían

caído en desgracia. Y estaba sobre todo el asunto de la guerra de Vietnam...

Jackie era una gran actriz, que manejó perfectamente situaciones complicadas, además llevó adelante con gracia y sentido de las situaciones, su rol de embajadora extraordinaria en Camboya.

La experiencia de Angkor Vat le inspiró el deseo de visitar otras ruinas arqueológicas y se dirigió hacia Yucatán, en Méjico, para contemplar de cerca la civilización maya.

Esta vez el acompañante fue Rosell Gilpatric, también mayor, de 62 años, como le gustaban a la Primera Dama, antiguo invitado de las celebraciones pretéritas en la Casa Blanca.

Gilpatric estaba casado, pero esta circunstancia no parecía turbar demasiado a la viuda de América.

El acompañante hizo unas declaraciones bastante comprometedoras, pero sinceras, sobre su affaire con Jackie: *en esa época, estábamos muy enamorados. La verdad es que teníamos ese deseo desde hacía bastante tiempo. Yo quería divorciarme y casarme con Jackie. Nuestro viaje al Yucatán fue muy romántico y me ha sorprendido que ella dejara traslucir sus sentimientos de una forma tan clara.*

De todas maneras, empezaba a valorar en su interior la posibilidad de un acercamiento a Aristóteles Onassis, y así se lo hizo saber a Gilpatric. El armador comenzaba a transformarse en el futuro hombre de su vida.

Al mismo tiempo, se hizo pública la decisión de Bobby de presentarse a la presidencia, teniendo en cuenta que Johnson no pensaba competir por la reelección.

Jackie se acercaba a menudo al apartamento de Onassis en la avenida Foch de París, pero cuando salían juntos, todavía iban acompañados de *chaperons*.

Onassis tenía en mente a Jackie probablemente desde 1955, cuando la había conocido en compañía de su marido. Le llevaba 29 años, pero ésa era

una de las razones que animaba a la ex Primera Dama a involucrarse más en ese lazo afectivo.

Los Kennedy, que se habían enriquecido y habían alcanzado una posición social de prestigio gracias a dudosos manejos de capitales, conexiones e influencias, se escandalizaban sin embargo del pasado y el presente del naviero griego.

En realidad no era griego, como pretendía, ya que había nacido en Esmirna, la actual Izmir, que era territorio turco.

Su familia había sido en gran parte masacrada por las tropas de Mustafa Kemal Atatürk, el líder de la revolución que sacó a su país del marasmo que siguió al desmembramiento del Imperio Turco.

Onassis se había marchado a Argentina sin dinero y empezó a medrar social y económicamente. El magnate también fue como John y como Joe, el patriarca de los Kennedy, un amante empedernido de las mujeres.

Entre sus conquistas había no pocos símbolos del *star system* internacional, como Paulette Godard o Gloria Swanson, que había sido una de las amantes más notables de Joe Kennedy padre.

Onassis, como John, como Jackie, creía en las relaciones amorosas útiles y ya cuarentón, unió su vida y su fabuloso patrimonio, a una heredera riquísima, Tina Livanos, hija de otro armador. Tina contaba sólo con 17 años y Ari tenía por entonces 46, pero todo parecía normal.

El armador griego había mostrado cierta debilidad por los dictadores fascistas durante la Segunda Guerra Mundial, del mismo modo que apoyó a los coroneles que dieron el golpe de estado en Grecia, muchos años después.

Entre otras de sus numerosas proezas contra el sistema, a quien detestaba por resentimiento, aunque había podido resarcirse de sobra de sus desgracias juveniles, se contaba la caza desenfrenada y sangrienta de ballenas.

Con su piel solía tapizar los asientos del yate Christina, hazaña de la que se enorgullecía y que se convirtió en una de sus habituales tarjetas de presentación durante las travesías y los cruceros.

Jackie no le andaba a la zaga, ya que a pesar de las protestas de asociaciones protectoras de animales, no pareció perderse ninguna corrida de toros a su alcance, durante su estancia en España. Y las disfrutó mucho, según cuentan las crónicas.

El yate de 100 metros del armador griego llevaba el nombre de su hija, que se convirtió posteriormente en una de las detractoras de Jackie, de la misma forma que lo había sido en su día de Maria Callas.

Aristo- como lo llamaban familiarmente- de todas formas tenía sus virtudes. Hablaba con soltura varias lenguas, entre otras el francés, el alemán, el inglés y el español.

Su amor por el lujo hacía sonrojar a los ricos de toda la vida, que lo consideraban un simple *parvenu*. Efectivamente, la decoración de sus viviendas y del Christina, dejaban mucho que desear en cuanto a buen gusto, pero el dinero fluía por todas partes y había quien se dejaba seducir por el lujo y la colección de los *juguetes* del armador.

Winston Churchill, la pareja Burton-Taylor, John Wayne, Humphrey Bogart y su mujer Lauren Bacall, los duques de Windsor, Frank Sinatra, Judy Garland o Gary Cooper – entre otros- figuraban entre la lista de invitados del fantástico yate.

Las reminiscencias de la historia de Grecia y la arqueología de Creta, el mármol de Siena, el caviar y el champagne Dom Perignon formaban parte de la dotación de señuelos con los que Ari conquistaba a sus invitados. Y Jackie fue una de ellos. Hay quien evocaba, entre atónito y sorprendido, las fiestas del Gran Gatsby, el personaje del escritor Scott Fitzgerald.



## EL DESTINO INACABADO DE ARISTOTELES ONASSIS Y MARÍA CALLAS

Onassis, en la época en que decididamente puso su objetivo en la seducción de Jackie Kennedy, estaba comprometido con María Callas, una de las cantantes de ópera más aplaudidas de todos los tiempos.

La cantante, cuyos padres eran griegos, había nacido en Nueva York y la naturaleza no la había dotado con muchos de sus dones, ya que era gruesa, miope y no tenía encantos, excepto una voz rica y especial, susceptible de ser educada para el arte.

María Anna Sofia Cecilia Kaleogeropoulos, por decisión de su padre, Callas de apellido, estaba casada con un italiano que le había servido de mentor, Giovanni Battista Meneghini, que también hacía las veces de manager.

María perdió más de treinta kilos y se convirtió en una mujer y una artista a la medida de sus sueños. Se la empezó a considerar la mejor soprano del mundo, aunque su timbre y el color de su voz no convencían ni seducían a todos.

Sus roles protagonistas en óperas como *Tosca*, *La Traviata* o *Norma*, pasaron a formar parte de la galería de obras maestras. La Callas parecía haber nacido con la música y así el último de sus nombres de pila, Cecilia, se convirtió en una premonición.

María era un talento en estado puro y también, un temperamento. Un alma helena y simétrica con la del armador griego. Se habían vinculado afectivamente a comienzos de 1959, cuando ya su relación era una pasión anunciada a los cuatro vientos. Sus respectivos cónyuges pidieron el divorcio y el futuro de la pareja quedó expedito.

*Aileen Mehle, una amiga de ambos, decía que compartían el mismo espíritu. Los dos eran obstinados y estaban llenos de vida. Todo lo que habían conseguido, lo habían hecho por su cuenta. Se podía decir que se habían inventado a sí mismos. Ari detestaba la ópera, pero adoraba a la diva. Siempre había electricidad entre ellos.*

*Cada vez que estaban juntos, hablaban en griego, como conspiradores. Y además estaban sus cuchicheos, sus estallidos de risa...estaban tan absorbidos uno por el otro, que hacían que los demás nos sintiéramos intrusos.*

Nicholas Gage, en su biografía *Onassis y la Callas: una tragedia griega de los tiempos modernos*, incluye una cita sorprendente: toda biografía es una forma de asesinato.

Es posible que María Callas y Aristóteles Onassis sean las dos figuras griegas más famosas del siglo XX. Los dos tuvieron vidas novelescas pero un final poco deseable y nada acorde con las trayectorias rutilantes que había llevado- y a veces compartido- cada uno en lo suyo.

Pensar en Onassis es pensar en dinero, en riqueza, en capricho, en joyas, en extravagancias.

María, por su parte, no le iba a la saga en heterodoxia. Sus batallas con su familia, con el público, con la cantante Renata Tebaldi y otras grandes divas de la ópera, pasaron también a los anales de la música y los medios de comunicación.

Se han escrito más de 30 libros sobre ella y sus grabaciones siguen conmoviendo a todos los públicos. La verdad es que era una fuerza desatada de la naturaleza.

Había nacido el 2 de diciembre de 1923 y su padre tenía una farmacia en Grecia, de donde emigró a Estados Unidos. Cambió su apellido original y poco después empezó todo.

No se puede decir que fuera muy feliz por las tensiones a las que estaba sometida. Escuchaba música popular y le encantaban las canciones de amor mejicanas. Le gustaba ir al cine a ver películas de vaqueros, del Oeste, mientras que, durante la proyección, no paraba de hacer comentarios alusivos.

En 1937 su madre, ya separada de su marido, volvió a Atenas. María, tímida e introvertida, echaba mucho de menos a su padre.

Su hermana vestía muy bien, pero María siempre llevaba vestidos oscuros con cuello blanco, sin ningún encanto. Era la segundona de la familia, pero su madre pronto descubrió que podría hacer carrera de ella.

La envió a las clases de música en el conservatorio de Atenas, donde asistió a las lecciones de una famosa profesora de canto, en 1939, la señora Elvira de Hidalgo.

María aprendía todo muy rápidamente. Al final del primer trimestre de estudios hablaba ya francés e italiano, tocaba bien el piano y era muy musical. Se quedaba a veces cinco horas escuchando a sus compañeros.

En la Ópera de Grecia la contrataron después de seis meses de estudios con Hidalgo. Era el periodo de la guerra y fue una época de hambre y desolación. Había que ir andando a todas partes, porque no había transporte.

Su debut fue en el cine Palace, porque el Teatro Nacional no tenía refugio antiaéreo. Un año más tarde, representó, *Tosca*, que se convertiría en uno de sus hitos musicales. Se cantaba con lámparas de aceite, porque no había electricidad. La Callas no parecía desanimarse.

De joven le encantaba la comida y los helados, quería probar todo tipo de sabores diferentes. Era una forma de compensar su empobrecida vida afectiva y la baja autoestima que la acompañaba desde la infancia.

*Era muy grande, como la Estatua de la Libertad*, escribió el director de cine Zeffirelli. Sin embargo, quería ser como Audrey Hepburn de delgada.

*De Serafín (el director de orquesta), aprendí que hay que servir a la música...pero es nuestro primero y principal deber*, dijo María.

En Italia no le quisieron dar trabajo inmediatamente, porque sus notas medias y altas eran diferentes, tenían un timbre desconocido. Nadie se ponía de acuerdo sobre su voz, aunque se le reconocían dotes de excelente actriz en el escenario.

Se quedaba traspuesta cuando estaba en el teatro mientras se transmutaba en su personaje. Había algo de sobrehumano en su actuación, parecía como poseída.

Para algunos, la Historia de la ópera se dividió en dos etapas: antes y después de la Callas. La diva devolvió el teatro a la ópera, que no era exclusivamente canto. Hubo un retorno a la concepción operística de la época fundacional de Monteverdi y la Camerata Florentina. Se puso otra vez el acento en el hecho de que el cantante debía ser también un actor solvente.

Después de un gran éxito en Verona, la invitaron al templo de la ópera por excelencia en Italia: la Scala.

También triunfó en Venecia, en la Fenice, cantando *I Puritani*. En diciembre de 1951, debutó en *I Vespri Siciliani*, en 1951. Por entonces conoció a Luchino Visconti.

*Visconti le dio mucha inspiración a María, comentó Zefirelli. Le dio forma a la actriz. Podía conseguirlo todo de María...Estaba encandilada con el director.*

Visconti enseñó a actuar a la cantante, quitándole la compulsión del movimiento inútil en escena. Es probable que incluso estuvieran muy enamorados, aunque las mujeres no parecieran ser el ideal del decadente director italiano en lo privado e íntimo.

Su voz no era agradable al principio, tenía una madre exigente, una rivalidad evidente con la hermana. Sin embargo, todas sus carencias las exorcizaba en escena.

Incluso su matrimonio con Meneghini, con quien no era verdaderamente feliz, le bastaba. Su marido puso todo su dinero y su patrimonio a disposición de la cantante y en esa época le sirvió de Pigmalion. Pero María también ganó fortunas con su talento.

Su relación durante los primeros años no estuvo mal. Meneghini, de hecho, conserva miles de cartas y documentos de María, como prueba de su afecto y de la confianza que la cantante había depositado en él.

Durante el viaje de la soprano a Buenos Aires, la diva no dejaba de llorar, porque el marido, que no la acompañaba esta vez, ejercía también de padre y como uno de sus mentores, representaba para ella, toda la seguridad con que contaba en la vida. Sin embargo, se trataba más de un vínculo paternofilial, que de una relación pasional o amorosa, de pareja enamorada. Además constituían una relación simbiótica, donde era complicado diferenciar las fronteras de los integrantes del dúo.

Meneghini componía un marido cariñoso y dependiente, que se mantenía siempre a las órdenes de la cantante, pero a menudo no supo contener los estallidos emocionales de la artista.

María, en sus años de gloria, también se hizo famosa por sus cancelaciones. La *Norma* de Bellini, en Roma, fue una de estas ocasiones en las que suspendió su actuación.

Debió de ser una noche de estreno con lo más granado de la sociedad internacional. Sin embargo, no hubo más que un acto de la representación, porque la cantante dijo que no se encontraba bien.

No fue la única vez que la Callas abandonó un escenario. No ocurría lo mismo en los ensayos, durante los que se encontraba más relajada, pero en las funciones siempre le daban auténticos ataques de pánico.

Sin embargo, no cancelaba tantas representaciones como se decía de ella. El caso era que si la diva no sentía que existía la química necesaria en escena y con el público, cortaba con todo.

María sabía vivir la voz y daba paso a su instinto, su intuición y su creatividad. Respetaba sus sentimientos más que la racionalidad de los contratos y sus obligaciones. Pero estas situaciones dieron origen a una especie de leyenda negra de la soprano, que corría paralela a las oleadas de admiración que despertaba en el público y los críticos.

*Decía de sí misma que era una luchadora nata, y sabía defenderse. Quería llegar a ser grande para tener estabilidad y felicidad, para actuar mejor, con el mejor estado de ánimo. Cuando más famoso eres, sin embargo, más se complican las cosas. ¿Tengo yo libertad? No puedo llevar una vida normal. Es un camino largo y solitario.*

Cuando estaba en su mejor momento, era una de las mujeres más deseadas del mundo. Sin embargo, le faltaba algo. Quería sentirse también plena y realizarse como mujer.

Entonces se enamoró sin remedio de Onassis, pero su futura pareja era un coleccionista de iconos. Se comentaba que el armador había pagado cien mil dólares por acostarse con Eva Perón. A pesar de los sufrimientos, la mujer que era María, quería estar a la misma altura que Callas, la artista.

*Carlo María Giulini opinaba que la soprano era como un sacerdote que dedica su vida a la religión. Así estaban las cosas cuando la alta sociedad le abrió las puertas. Tenía la posibilidad de vivir una vida más humana.*

Zefirelli, otro director de cine fascinado por la diva, comentó que la cantante *nunca había tenido una verdadera confrontación con un hombre, desde el punto de vista sexual, hasta que apareció Onassis.*

El magnate dio una verdadera campanada cuando empezó a exhibirse con María, que le dio la respetabilidad de la que carecía, porque dinero le sobraba. Quería sin embargo, ser aceptado por la sociedad de lo que llamamos hoy la *jet set*, ese grupo de elegidos, que se contruyen y viven en una realidad paralela.

La separación de Meneghini, desde luego, fue una noticia para los medios de comunicación, que no dejaron de perseguirla.

*La honestidad se paga a un precio muy alto. A la gente se le sube la gloria a la cabeza. Casi siempre acaban por traicionarme. Todos lo hacen,* comentó la soprano por entonces.

Giuseppe di Stefano, su pareja en la escena y acompañante y amigo en el ámbito privado, expresó que *no quería hablar con nadie, que detestaba a los periodistas. No quería conceder ninguna entrevista.*

*María no necesitaba glamour ni a la alta sociedad, porque ya la rodeaba. No necesitaba lujo, porque disfrutaba de él. Pero Onassis le dio todo ese increíble mundo de revelaciones de la vida física. Fue como una revelación,* dijo el director de cine Zefirelli.

En 1963 le dijo a este realizador que quería trabajar otra vez con él, montando *Tosca* en el Covent Garden y *Norma* en París.

Tenía un aspecto muy vulnerable, le preocupaba su estado físico, su forma vocal y pasaba horas meditando sobre cómo cambiar y mejorar su actuación en escena.

María aceptó cantar dos funciones de *Tosca* en el Metropolitan de Nueva York, donde sus fieles admiradores durmieron en la calle para conseguir entradas.

Durante sus años con Onassis, sin embargo, sufrió una pérdida de identidad, que afectó si no a la mujer, sí a la artista. Muchas pesadillas comenzaron a atormentarla. ¿Qué encontró de similar Onassis en las dos mujeres –trofeo de su vida? Precisamente, su condición de estandartes emblemáticos de su ascenso social.

A María, Onassis no le dio dinero, ni joyas, ni nada. Ella pagaba todas sus facturas. En realidad esperaba casarse con él, pero volvió a grabar discos porque necesitaba enjuagar su tren de vida. Onassis sí le ayudó a invertir. Compartieron la propiedad de un barco, que al final se hundió. Extraña metáfora evocadora de su propia trayectoria en común con un amor indeleble, sólo asumido a medias por el magnate griego.

*Me he sentido indefensa toda mi vida, he tenido que relajarme y aceptarlo, el mundo está lleno de injusticias,* dijo la cantante.

Actuar y cantar en público la ponía muy nerviosa y como muchos artistas de la esfera musical, mantuvo durante todo su proyecto artístico y vital, una relación ambigua de amor odio con su trabajo, la neurosis del creador del que hablaron muchos especialistas.

Michelle Krisel, directora artística de la Ópera de Washington, pensaba de ella que *era la intérprete que había cambiado los criterios de referencia permitiendo evaluar al resto de los cantantes de ópera.*

Luchino Visconti, al que ya hemos citado en relación con la cantante, el sofisticado director de cine italiano autor de *Senso* y *El Gatopardo*, creía que era la reencarnación o la revisitación de la escuela de Eleonora Duse.

Otro artista italiano del cine, Pier Paolo Pasolini, la elevó a la categoría de mito, cuando le dio la oportunidad cinematográfica de convertirse en la protagonista de la película *Medea*, la madre traicionada que elige convertirse para siempre en una maga mercurial y filicida.

La carrera operística de la Callas no fue sin embargo muy larga y la relación con Onassis, que en cierta forma funcionó paralelamente en el tiempo, duró unos quince años.

Las biografías de los dos personajes, según el estudioso de ambos, Gage, parecen estar repletas de errores, acentuados aún más por la condición legendaria de sus protagonistas.

No sólo se trata de las equivocaciones de los biógrafos y autores que se ocuparon de sus vidas, sino de la propia distorsión- a menudo conscientemente errónea- que Callas y Onassis imprimían sobre su propia actuación y sus recuerdos.

El griego era un fabulador, un cuentacuentos, en cuanto a María, por momentos parecía ser la inspiradora no de su vida real, sino de la que verdaderamente le hubiera gustado tener.

Onassis volvía una y otra vez sobre sus historias de niñez y adolescencia, contaba sin parar las atrocidades de los turcos con respecto a las minorías griegas y armenias en Anatolia, en lo que parecía un intento constante e infructuoso de resolver el pasado.

Pero el armador no fue parte de la gran marea humana de víctimas de la barbarie que se empeñaba en recordar o recrear. Eso sí, no dejaba nunca



que se supiera la fecha exacta de su nacimiento, y adornaba los datos de su existencia real con una aureola mágica de aventuras y coraje.

María, por su parte, siempre funcionó como prisionera de los condicionamientos de su voz, aunque fue gracias a ella, que logró hacerse un sitio en la escena internacional y ganar además, el afecto y la atención de una madre poco cariñosa y un amante dirigido siempre hacia sí mismo, hacia el reino de sus propios deseos y sus caprichos.

A menudo, desesperada, se manifestaba no haciéndose cargo a la vez, de su condición de persona y de diva, cuando exclamaba: *¡La Callas me mata!*

Agustí Fancelli dijo que María *estaba hecha con la argamasa del mito. Sólo así se explica que, a la distancia de casi un cuarto de siglo de su desaparición, sigan montándose exposiciones con lo que ella vio y tocó y se reediten sin descanso sus mejores interpretaciones.*

*No pertenecía al mundo de los mortales, sino al de los mitos. Ahí todo le cuadraba. Pero al final hubo de pasar cuentas con la vida y ahí se hundió irremisiblemente.*

Entre sus más famosos roles no sólo destacan los proverbiales de *Tosca*, *Norma* y *Traviata*, sino que también cantó *Anna Bolena*, *La Vestale*, *La Sonambula*, *Lucia di Lamermoor*, para llegar con el tiempo, a entrar en el ámbito wagneriano, con *Parsifal*, *Tristán e Isolda* y *La valquiria*.

La leyenda de la diva se erigió en torno a su *fiato* y en una voz absolutamente singular y única. Realizó incursiones belcantistas, abordando incluso partituras y roles que hasta entonces habían sido considerados un repertorio difícil e inédito, como Haydn y Gluck y el más frecuentado, Mozart.

Que se sepa, a Jackie Kennedy nunca le había atraído especialmente la ópera. Tampoco a Onassis. María se había entregado al Arte y Jackie a su disfrute y contemplación.

Fancelli opina de la cantante que *los parámetros normales nunca han servido para enjuiciar un fenómeno de semejante magnitud.*

*Tampoco fue corrientel el público que adoró a María Callas, ni en la década prodigiosa, ni luego, a través de sus discos.*

*Tras su paso por este mundo, la ópera cambió de rumbo y las consecuencias todavía se dejan notar. Quizá todo ello fuera excesivo para una sola persona.*

Onassis le permitió construir y reconstruir una y otra vez la imagen de una mujer que a través de la pasión y la música le devolvía una recreación humana sugerente.

*Como escribe Gage, el especialista de estas dos vidas fuera de lo común, tanto María Callas como Aristóteles Onassis alimentaron tan bien su propia leyenda, que el biógrafo debe poseer las triples cualidades del detective, el arqueólogo o Diógenes para descubrir la verdad, en todo lo que les concierne.*

El episodio más trillado de sus vidas, de todas maneras, fue el que refirió su encuentro a bordo del yate Christina, durante el mes de julio de 1959, en un crucero que reunía a bordo a Winston Churchill y Lady Clementine, Onassis y Tina, su primera mujer y María con su empresario y marido, Giovanni Battista Meneghini.

Durante toda la relación de María con el armador, los hijos de Onassis hicieron lo imposible para que abandonara a la cantante. Lo mismo sucedió con Jackie.

Las peleas del naviero y la prima donna eran conocidas por todos y a menudo se volvían violentas. La Callas muchas veces tuvo que poner maquillaje sobre sus equimosis. Como muchos griegos, Onassis tenía el desgraciado hábito de pegar a sus mujeres.

María, por su parte, le reprochaba que lo único que sabía de sus amantes, *lo había aprendido en un catálogo de Van Cleef and Arpels.*

Pero muchos- muchísimos- errores e información falsa se han tejido y destejido a propósito de aquel primer viaje de la pareja y es posible que cada observador construyera una imagen de los dos famosos iconos a la medida de sus propias necesidades o fantasías.

De Onassis nos quedan en la memoria del inconsciente colectivo su riqueza, su inteligencia y su ambición y una dinastía- la suya- que se va despeñando poco a poco: en primer lugar, la muerte de su hijo en accidente de avión, a

pesar de que su padre había sido el dueño de Olympic Airways, la compañía nacional griega.

A continuación, ya después de la desaparición del magnate, su hija falleció en extrañas circunstancias lejos de la patria griega, mientras su única heredera es Athina, su nieta, hija de un conocido playboy francés que enamoró a su madre, Christina, buscando tal vez únicamente su fortuna y las relaciones de su conocido progenitor.

La propia muerte del armador, marcada por la ausencia de su mujer, la ex Primera Dama, que viajaba entre París, Grecia y Nueva York, sin ningún tipo de compromiso afectivo o apego con un marido rico que le había daba todo.

*También se construyó un icono de María Callas, dice Gage, el arquetipo de la prima donna volcánica, dada a las anulaciones histéricas y a unos ataques de cólera aterradores.*

*Volcada completamente en su arte hasta que el destino coloca en su camino un hombre capaz de inspirarle, por vez primera, un verdadero amor- pasión, esta relación, este fervor inquebrantable, le hizo dilapidar su talento único.*

*Terminó por ser repudiada por su insensible amante y cerró su vida como una reclusa, aferrada a los somníferos, hasta que su cuerpo abandonó la lucha a los 53 años...representando otro de nuestros arquetipos culturales: el del patito feo que se transforma en cisne.*

Las leyendas sobre la pareja siguieron circulando durante décadas, como la del aborto de María, cuyo responsable directo habría sido el propio Onassis. Pero ese aborto nunca existió realmente.

El matrimonio de Onassis con Jackie Kennedy fue una de las grandes decepciones vitales de la cantante. La peor y la que la marcó para siempre.

A partir de ese momento, sólo consiguió sobrevivir y mal. Según ella, nunca llegó a odiar a Jackie, pero la confianza que había puesto en Aristo se había desvanecido sin remedio. María había acariciado durante toda su vida en común la idea de un matrimonio con Onassis.

Después de su ruptura con el armador necesitaba una nueva identidad como artista y como mujer. Nunca había disfrutado de una existencia libre porque había construido su escenario a través de la mirada de los otros.

La Callas entre tanto, mientras se desmoronaba su vida privada, no dejaba de criticarse a sí misma como cantante. Le preocupaba *eso que ella llamaba un gorjeo en las notas altas, una pulsación*. Y le inquietaba también que su voz no fuera la que era veinte años atrás. No podía sostener su propia leyenda.

Hablaba de ella misma en tercera persona, como *la Callas*. Al final de su vida, los amigos la dejaron de lado o pusieron límites a sus encuentros. No se ponía al teléfono o no recibía a nadie. Poco a poco se fue quedando sola y ese vacío sin remedio era terrible.

Giuseppe di Stefano explicó sus últimos tiempos en París: *Se puede ser la persona de mayor éxito, pero lo más importante sigue siendo el amor, la pasión, porque se da cuenta de que el éxito es poco si se está sola*.

*Después de todo ese enorme éxito lloraba a lágrima viva. Era el tipo de artista que nunca está satisfecha. Ese tipo de gente no se abre y toma pastillas. Se estaba derrumbando, como si quisiera dejar de luchar. En su fuero íntimo, esperaba la muerte. Cada día, por suerte, es un día menos.*

En lo personal, María nunca fue una Medea con su maternidad, como dijimos. No hubo aborto y sí un nacimiento prematuro, similar a aquellos que afligieron tan a menudo a Jackie Kennedy durante su matrimonio con el Presidente: un bebé que nace antes de tiempo y no consigue sobrevivir.

La criatura de María había nacido el 30 de marzo de 1960, ocho meses después de que la diva empezara a relacionarse como pareja con el armador griego.

Fue enterrado en el cementerio de Milán, donde había nacido y seguramente Ari lo habría incluido en la lista desgraciada de sus hijos muertos.

El armador, por su parte, iba a fallecer en París, muy cerca de donde habitaba María, en el 36 de la avenida de Georges Mandel, posiblemente su único amor, mientras su esposa de conveniencia, Jackie, aguardaba las decisiones de los médicos sobre Onassis, que padecía de una miastenia gravis, complicada además con una fuerte gripe y una vesícula en estado terminal.

Antes de morir volvió a hablar con la diva y cuentan que se llevó al hospital un chal rojo de Hermès que la cantante le había regalado por su cumpleaños.

Es más que probable- y así les gusta pensar a tantos de los admiradores incondicionales de la pareja griega- que Onassis, al borde de la muerte dirigiera a María las dos palabras con las que se dirigía en griego su hija: *chryso mou* (tesoro mío).

Como escribe Gage, *la felicidad había escapado a Onassis y a la Callas*. Ya sólo es posible, después de sus muertes, fantasear con que sus cenizas y restos, vuelvan a encontrarse en la isla de Skorprios, ese pequeño territorio consagrado a la familia del armador por el que su nieta Athina ha recibido numerosas ofertas.

Como escribió Gage en la obra citada: *en la patria de los mitos, de las leyendas y los misterios, ¿por qué no suponer que sus cenizas han sido colocadas sobre la arena de su lugar privado, al pie de la capilla blanca dedicada a la Virgen donde reposa Onassis?*

*Sobre una tierra donde el amor es inmortal cuando el cuerpo ya no lo es, por qué no imaginarse que María y Aristóteles no han terminado el viaje que habían comenzado en 1959 y se han reencontrado, más tranquilos, sobre su isla.*

*Guarda siempre Ítaca en el espíritu,  
Es hacia ella que tú vas...  
Incluso si te parece pobre, Ítaca no te ha engañado:  
Ahora que estás reposado, lleno de experiencia,  
Habrás comprendido lo que las Islas Ítacas quieren decir.*

Es posible que en el periplo por la Grecia que amaron, se encontraran finalmente María y Aristo en otro tipo de viaje y que Jackie los mirara sonriendo, separada de ellos, en otra dimensión.

Es curioso, pero también en la muerte y el funeral de Jackie, se leyeron palabras como éstas extraídas de un poema de Kavafis. Las historias de estas dos mujeres parecen volver a encontrarse mágicamente, en las páginas de los libros.

Pero todavía no hemos contado cómo sobrellevó María el matrimonio del elegido de su corazón con Jackie Kennedy, un capítulo decisivo de su periplo amoroso, sobre el que volveremos más adelante.

## LA BUENA BODA

Ari, que había estado aguardando su turno en la vida de la ex Primera Dama, llegó a la conclusión de que, cuando Bobby anunció su decisión de presentarse a la Presidencia de los Estados Unidos, el momento adecuado había llegado.

Bobby, como futuro Presidente, tenía que apartarse de la vida privada de Jackie, porque su pareja oficial era Ethel, no su cuñada.

Onassis pensaba de Jackie que era una mujer-fetiché, en tanto reencarnación viva de sus pasiones y sus deseos y de su afán de no dejar de competir con otro armador griego, Stavros Niarchos. Las rencillas de los dos potentados formaban parte del entramado de sus vidas.

Aristóteles declaró en el hotel Georges V de París en la misma época en que Bobby anunció su candidatura para Jefe de Estado: *Jackie es una mujer incomprensible. Tal vez ni ella misma se entienda a sí misma. Se la considera como un modelo de corrección, de constancia y de un montón de virtudes americanas, que son mortalmente aburridas.*

*No le dejan ni la más pequeña parcela de misterio. Es necesario un pequeño escándalo para devolverle la vida. Un pecadillo, una indiscreción. Es necesario que le suceda algo para forzar nuestra compasión. Al mundo le encanta apiadarse de alguien venido a menos.*

Como puede verse, el magnate tenía sus propias fantasías sobre un paradigma popular e internacional como Jackie. Ésta representaba de alguna manera, su non plus ultra en una trayectoria de fortuna y de éxitos. Un verdadero trofeo, la última joya adquirida para su colección.

Onassis llevó a cabo una contribución económica para la campaña de Bobby (seguramente no habría nada que no pudiese comprar con dinero), pero el Senador estaba horrorizado ante la posible boda de su cuñada con el magnate, tanto por sus consecuencias públicas como privadas.

A medida que Onassis ganaba terreno, Bobby, que se hallaba muy cerca en las encuestas de conseguir llegar a la Casa Blanca, se alejaba cada vez más de Jackie, poniendo tierra y corazón de por medio.

Por otra parte, la salud de Joe Kennedy se deterioraba cada vez más y Rose no parecía dispuesta a seguir haciéndose cargo de por vida de los dispendios de su nuera.

Gore Vidal, siempre claro y sin prejuicios, comentó una vez más esta circunstancia, a la hora de comprender por qué Jackie había hecho una elección como la de Onassis: *para ella no había nada e insisto, nada, que contara más que el dinero. No hay que olvidar que Janet Auchincloss había grabado esta lección en la cabeza de sus hijas. Jackie se había casado con John y Ari, por su dinero. Después de ellos, seguiría en la brecha. Para ella, lo único preferible a un hombre rico, era alguien tan rico, que cortara el aliento.*

En medio de las cábalas y especulaciones sobre la última decisión de casarse con Onassis, el castillo de naipes de su guión existencial se deshizo una vez más: Sirhan Sirhan disparó sobre Bobby, como años antes había sucedido con su marido. El sueño de grandeza y el futuro de los Kennedy, se desvanecía definitivamente.

Los temores de la Primera Dama sobre su propia seguridad y la de sus hijos se reanimaron con fuerza, en una situación psicológica que muchos identificarían con el stress postraumático: la pesadilla de la muerte de John, recobraba actualidad en el asesinato de su hermano y en una dimensión todavía más dramática, por reiterada.

A pesar de que Rose, la matriarca del clan Kennedy, dijera que *Dios no nos da más de lo que podemos soportar*, Jackie había llegado a su propio límite.

A partir de aquí los acontecimientos se sucederán vertiginosamente: María Callas, amenazó con abandonar definitivamente a Onassis, lo cual era lógico, porque ella había esperado mucho tiempo para ser la esposa elegida y sus expectativas se habían visto defraudadas.

Ted Kennedy y Jackie urdirán con el magnate, las condiciones económicas de su futura unión. Todo será recogido por escrito, como si se tratara de la compraventa de un inmueble.

El cardenal Cushing dio por fin la aprobación para el matrimonio de la señora Kennedy, quien a su vez le prometió que sus hijos seguirían educándose en la fe católica, ya que los griegos pertenecían a la confesión ortodoxa.

La familia Kennedy intentó, por su parte, presionar al Cardenal, para que evitara la boda.

Algunos de los miembros del clan, con Jacqueline Bouvier, se trasladaron a Grecia, donde la unión entre los famosos contrayentes se celebraría en Skorprios, la isla fetiche de Aristóteles Onassis.

Era un 20 de octubre y la boda fue celebrada por el archimandrita Polykarpos Athanassiou.

Alejandro, el hijo de Ari, no desdeñó la ofensa cuando opinó descaradamente de la boda de su padre y Jackie: *están perfectamente de acuerdo. Mi padre adora su nombre y a ella le encanta su dinero.*

Mario Modino, que por entonces era el corresponsal en Atenas del Times de Londres escribió: *en medio de las buganvillas y los jazmines, las familias de los contrayentes se daban prisa en la pequeña capilla de Panayitsa (Pequeña Virgen). Jackie tenía un aire crispado y preocupado. No dejaba de lanzar miradas ansiosas a Caroline. Los niños Onassis tenían una apariencia lúgubre...en ningún momento se juntaron las manos de los desposados. "Parecía una transacción comercial", dijo alguien.*

A continuación de la ceremonia, hubo una fiesta en el Christina y el sirtaki y el champagne estuvieron a la orden del día.

María Callas se había quedado en París ya que, desde luego, no había sido invitada a la boda.

Asistió en cambio al estreno de *La pulga en la oreja*, de Georges Feydeau y luego se trasladó a cenar a Maxim's porque se festejaban los 75 años del restaurante parisino.

Su opinión sobre la boda de su amante fue igual de dura que la de Alejandro, el hijo del naviero: *ella ha hecho bien de dar un abuelo a sus hijos...Onassis es bello como Creso.*

El entorno del magnate griego, por su parte, no dejaba de considerar que la norteamericana había traído la mala suerte a Ari y que desde entonces, la mala fortuna no iba a dejar de perseguirlo. A Jackie, la empezaron a llamar "la viuda" y de hecho, con su llegada a la vida de Aristo, pareció acabarse la "baraka" de éste.



No hubo realmente viaje de novios, ya que la recién casada se quedó en Skorprios y su marido se trasladó a Atenas para afianzar sus negocios con el coronel Georgios Papadopoulos, Jefe de la Junta Militar que había dado el golpe de estado en Grecia.

Onassis, después de su boda, parecía deslizarse hacia la megalomanía y Jackie lo acompañaba en comparecencias públicas relacionadas con asuntos de negocios

En cuanto a María Callas, Onassis volvió a verla a París una semana solamente después de su enlace con Jackie. Cuando estaban en Francia, se repartía entre las dos.

La Callas estuvo a punto de cantar *Traviata* en una versión de la Ópera de París, pero los empresarios abandonaron la propuesta, ante la cantidad inadmisibles de condiciones que puso la cantante.

Sin embargo se embarcó en el proyecto cinematográfico de *Medea*, la hechicera de la Cólquide abandonada por Jasón, que la reemplazó por una nueva amante. Las coincidencias con la vida real eran sorprendentes.

El rodaje fue muy exigido, ya que se llevó a cabo durante el verano, en la Capadocia turca al principio, para terminar en Roma, donde se filmaron algunas escenas en estudio.

A pesar de todas las previsiones, todos los observadores parecen coincidir en que el primer año de casados de la pareja multimillonaria no estuvo mal y Ari viajó varias veces a Nueva York, acompañando a Jackie.

Sin embargo, el 40 cumpleaños de la ex Primera Dama, se celebró en Skorprios.

Los esposos solían intercambiarse regalos y caprichos. Jacqueline sacaba fotos de la vida en común de sus dos hijos con el nuevo marido y éste le enseñaba las ruinas arqueológicas de Ítaca y las excavaciones del arqueólogo Schliemann.

Sin embargo, al cabo de dos veranos en Grecia, Jackie comenzó a aburrirse, porque su medio natural no era ése. Y además, como le había ocurrido siempre, empezaban a no cuadrarle las cuentas.

Onassis estaba furioso y ésa era una de las causas de las constantes riñas que mantenían.

El primer año de casados, Jackie renovó su guardarropa y se gastó la bonita suma de 1.250.000 dólares. Su afán de cambio quiso llevarlo también a la remodelación de la Isla de Skorpios, pero su marido le prohibió tocar nada.

Una de las costumbres de la ex Primera Dama era comprar vestidos de un precio astronómico y luego revenderlos bajo el nombre de una colaboradora, con lo cual se embolsaba regularmente un dinero extra.

Su marido no estaba de acuerdo con los gastos de Jackie y además se quejaba de que, a pesar de la suma que se gastaba en ropa, siempre iba en pantalones vaqueros.

La recién casada cada vez pasaba menos tiempo en Grecia, donde su esposo tenía sus negocios, ya que le atraía sobremanera la vida social de Nueva York y además sus hijos estaban escolarizados allí.

En diciembre de 1969, tuvo lugar el estreno de *Medea*, en la Ópera de París. Asistieron personajes de la actualidad internacional, entre los que se contaban el Aga Khan, Maurice Chevalier y Madame Sergeant Shriver, una de las hermanas de John Kennedy.

La película no tuvo el éxito que se esperaba y no colocó a María entre los grandes del cine internacional, pero desde su estreno se ha convertido en una película de culto.

En esa época fue descubierta una carta que Jackie envió a un antiguo amante, Roswell Gilpatric. En ella le dedicaba todo su cariño presente y futuro.

La situación creada por la falta de tacto de la señora Kennedy (en realidad nunca dejó de serlo del todo, a pesar de haberse vuelto a casar y mantener numerosas relaciones aparte de sus matrimonios) hizo que Ari se sintiera miserable.

El armador llegó a pensar que sólo lo habían querido tres mujeres: su madre Penélope, su hermana Artemis, que sin embargo mantenía una buena relación con su cuñada americana y María Callas.

Un empleado de la diva, Ferruccio Mezzadri, comentó que *ella permaneció vinculada a Onassis, incluso después de su traición.*

*La Señora lo adoraba y él también estaba muy cerca de ella. Se podía ver en la manera en que se comportaba con ella: se reía, hacía bromas. Incluso cuando le reñía, lo hacía apasionadamente.*

En los círculos próximos a la pareja se comenzó a hablar de la posibilidad de un divorcio. Una de las ideas más fantásticas que tuvo Onassis por entonces, fue intentar, en medio de un crucero en el Christina, la posibilidad de organizar un divorcio rápido en Haití para luego volver a casarse con su esposa. Así podría demostrar al mundo que seguía enamorado de su mujer.

Nadie se creyó la *broma* y Jackie menos que nadie, pero Onassis seguía valorando la posibilidad de una separación. De hecho, fue probablemente la muerte del magnate la que salvó a la ex Primera Dama de pasar por el trago de un abandono pactado.

El New York Times, después de la muerte del naviero, el 12 de abril de 1975, escribió: *Los rumores de divorcio entre el Sr. y la Sra. Onassis datan de 1970, a pesar de que siempre hayan sido refutados. Sin embargo, desde 1970, la Señora Onassis dejaba entender a sus amigos y a su familia, que el Señor Onassis tenía la intención de pedir pronto el divorcio.*

María parecía recuperar la esperanza en medio de las noticias que hablaban de la relación moribunda de su ex amante y su mujer.

Pero podría decirse que fluctuaba entre el desconcierto, la esperanza y el desánimo y finalmente, rota por la desesperación, el 25 de mayo intentó suicidarse tomando una sobredosis de barbitúricos, aunque la diva manifestó que su ingreso en el hospital, sólo se había debido a un simple chequeo.

María nunca volvió a entregarse a Onassis desde que éste se había casado con *la viuda* y el naviero por su parte, no sabía cómo romper la relación con su mujer, sin que las consecuencias de su decisión le cerraran todas las puertas en Estados Unidos.

La soprano decidió renovar relaciones con otras parejas y también volver a cantar en público, a lo largo de una *tournee* que emprendería con Giuseppe di Stefano y que no transcurriría bien.

Jackie, en cambio, seguía coleccionando: joyas, ropa, objetos de todo tipo. Los vestidos y las creaciones de Dior, Givenchy, Valentino, Courrèges, entre otros modistos, iban llenando sus armarios o eran cambiados por dinero contante y sonante.

También gastaba fortunas en masajistas, pedicuras, manicuras y peluquería. Con el tiempo, también decidió acudir varias veces por semana a psicólogos y psicoanalistas.

Sin embargo y a pesar de los gastos, su cabello estaba mustio y tenía que llevar pelucas y postizos para compensar su pobreza capilar evidente.

Hubo también un tiempo en que la ex Primera Dama abandonó la sana costumbre de comer con regularidad. Los periódicos de todo el mundo vieron con consternación cómo perdía 10 kilos en pocos días.

En esa época no se sabía mucho de los trastornos de la alimentación, pero existe la evidencia de que Jackie no sólo llevaba una dieta draconiana, sino que vomitaba lo poco que comía. Es probable que su modelo de mujer ideal fuera la delgadísima Audrey Hepburn, que también había mantenido una relación con John Kennedy en su día.

Por entonces había quienes pensaban, como la duquesa de Windsor, que *nunca se es lo suficientemente rica ni se está lo suficientemente delgada*.

Doris Lilly comentó que *era la mujer más célebre y seductora del mundo, casada con uno de los hombres más ricos del mundo y se dejaba literalmente morir de hambre...*

Además, Jackie sentía cierta nostalgia y envidia de la belleza de su hermana Lee, que también solía presentar una silueta depauperada.

La señora Onassis, de niña había sido *llenita*, igual que su hija Caroline, que adoraba el chocolate y a quien la obligó a consumir anfetaminas, como una forma de controlar su peso.

El descontrol que dirigía la vida de su mujer en muchos aspectos, su habitual lejanía, su forma de vivir su vida al margen de sus intereses, trajo como consecuencia que Ari siguiera pensando que la única solución posible a su malhadada relación era el divorcio.

Según Cohn, un experto a quien Onassis había consultado acerca del divorcio, consideraba *que la Iglesia Ortodoxa Griega aceptaría disolver un matrimonio por motivos de incompatibilidad.*

*No era un problema. El único problema era el dinero. (Onassis) estaba persuadido de que ella no se iba a contentar con los 3 millones de dólares de su contrato prenupcial. Él había descubierto que vendía sus vestidos para hacerse con dinero y conocía su avidez. Pensaba que ella le iba a pedir una suma enorme, 100 millones de dólares, tal vez más, y esto le daba pánico. Había que encontrar algo.*

El 22 de enero de 1973 Alejandro, el hijo de Aristóteles, como ya anticipamos, tuvo un accidente de aviación en el que perdió la vida. Esto destrozó para siempre la ilusión de felicidad de Onassis, que comenzó desde entonces, su imparable declive.

El magnate no volvió a Skorpios hasta el verano de ese año. Seguía bailando y cantando sus canciones griegas favoritas, pero no era el mismo.

Alguna vez la violencia de la relación con Jackie, también lo hemos comentado, como cuentan los biógrafos, pasaba a mayores, pero las famosas gafas oscuras de la señora Kennedy, que le cubrían medio rostro, disimulaban las imperfecciones causadas por las disputas conyugales.

Aparte de la turbulenta relación con su mujer, hay datos que establecen que el naviero solía mantener otro tipo de vínculos más especiales, en la línea de los que apasionaban a los antiguos griegos de su patria. Era muy oriental y bastante promiscuo, y ésta era otra forma compulsiva de evadirse de la realidad, de la conciencia del sufrimiento.

En el mes de diciembre de ese mismo año, a Ari le descubrieron una miastenia gravis, enfermedad que iba dañando paulatinamente la musculatura.

Christina le comentaba riendo que *Dios lo castigaba por sus pecados*. Su padre le respondía que *no pienso nunca en el pecado, soy pecador por naturaleza*.

Pero el divorcio de su mujer, seguía siendo un asunto prioritario para el griego. En un viaje que realizaron a Acapulco, donde Jackie había pasado la luna de miel con Jack y donde quería comprar una hacienda, Ari comenzó en el avión que los llevaba a tierras mejicanas a redactar un esbozo de testamento.

En este documento, le dejaba a su esposa una pensión anual de 200.000 dólares y 25.000 a cada uno de sus hijos. Estipulaba por otra parte claramente, que si estaba en desacuerdo con estas disposiciones, no le quedaría absolutamente nada.

Se organizaba también en estas últimas voluntades una Fundación Alejandro Onassis, que debía gestionar instituciones de investigación, periodísticas, artísticas, médicas, etc. Era un último homenaje a su hijo, cuya muerte había sido el comienzo del propio final del armador griego.

También fue estableciendo distintos emolumentos para sus conocidos y parientes, igual que haría Jackie al conocer su situación médica, que la llevaría a la muerte.

La ex Primera Dama conservaba además el 25% del yate Christina y de la isla de Skorpios, el paraíso privado de su marido.

La ejecutora de su testamento no debía ser su actual esposa, sino la anterior cónyuge Tina, la madre de sus hijos.

El magnate empeoraba a ojos vista, aunque no por esa razón dejó de emprender un crucero a bordo de su yate en compañía de su hija, que ahogaba la ansiedad que le provocaban la enfermedad de su padre y su propio itinerario vital sin resolver, en brazos de los más conocidos playboys.

El 16 de agosto de 1974 la hija del multimillonario naviero enfermo, intentó nuevamente quitarse la vida ingiriendo una dosis masiva de somníferos.

Su madre acudió a su cabecera, pero muy poco tiempo después, el 10 de octubre del mismo año perdía la vida en una de las casas que compartía con su segundo marido, Niarchos, el gran competidor de Onassis. Para Christina, Jackie Kennedy, a quien llamaba *la Viuda Negra*, aparecía en su desesperado imaginario, como la responsable de todas sus desgracias.

Era inevitable que Christina empezara a pensar seriamente en que la mala suerte o alguna maldición perseguían a su familia. La muerte de su madre levantó muchas sospechas, pero, después de una autopsia, se determinó que la causa del deceso había sido un edema de pulmón.

Jackie, mientras tanto, pensaba en volver a ponerse a trabajar. Participó en un texto publicado en el libro de Peter Beard, sobre la obra de Karen Blixen *Lejos de África* y el 13 de enero del año siguiente, el periódico New Yorker, publicó un artículo suyo sobre Cornell Capa, el fundador del Centro Internacional de Fotografía.

También se volvió a dedicar a la colaboración en la conservación de espacios y de la estética de su ciudad, tratando de colaborar en impedir la demolición de la Estación Grand Central.

Entretanto, su marido empezó a recibir grandes dosis de cortisona, como en tiempos le había ocurrido a su primer cónyuge, Jack Kennedy, una forma de intentar contener los efectos devastadores de la miastenia que padecía Onassis.

Mientras el armador se debatía con la enfermedad, su esposa seguía gastando ingentes cantidades de dinero en sus tiendas favoritas de Nueva York, en Bergdorf Goodman, en Saks y en sus casas de moda habituales.

En esa época Ari era plenamente consciente de las inversiones que hacía su mujer en ropa, que luego devolvía para quedarse con el dinero y comenzó a hacer público el extraño vicio de su esposa.

Un periodista de Washington, Jack Anderson, a quien Onassis había puesto al corriente de las costumbres dispendiosas de Jackie, no daba crédito a la información que aquel le había dado: *Yo estaba impactado. Se trataba de una mujer que no dejaba de embolsarse dinero en sus bolsillos: 360.000 dólares al año para sus gastos personales, ya que Onassis pagaba aparte la vivienda, los alimentos, los gastos cotidianos...*

*Todas las personas con las que hemos hablado nos confirmaron lo que él nos había contado: que se paseaba de París a Roma y New York, haciendo verdaderas razzias en las tiendas, revendía su botín, sin decírselo a su marido o a quien fuera y se guardaba el producto de sus rapiñas.*

Es un hecho que la enfermedad primero y luego la muerte de su marido, salvaron a Jackie de pasar por el oprobio de enfrentarse con el divorcio.

Puede decirse que tuvo esta vez una gran suerte, ya que Ari no iba a sobrevivir para llevar a cabo su idea de disolver su matrimonio con la señora Kennedy.

Efectivamente, después de habersele notificado a Onassis la pérdida del control de la aerolínea Olympic, en enero de 1975, su ya deteriorada situación física empeoró aún más y los célebres médicos que lo atendían empezaron a preocuparse por su supervivencia.

Aparte de su miastenia y de un estado deficitario en lo que se refiere a su estado cardiovascular, Ari sufre de problemas digestivos que hay operar.

Onassis iba a ser atendido en el Hospital Americano de París, donde descubrieron que, además de sus problemas cronificados, padecía una fuerte gripe que podía complicar aún más su complicado estado físico.

Sea como fuere, se operó al magnate de la vesícula, el 10 de febrero. A partir de la intervención, permaneció cinco semanas en coma y su situación clínica se fue empeorando cada vez más.

Mientras tanto, su esposa se afanaba en visitar exposiciones y museos parisinos, como había sido su costumbre cuando, desde muy joven, había entrado en contacto con la cultura francesa.

En marzo todavía seguía saliendo con amigos a comer y no perdía ocasión de dedicarse a la parodia de famosos y conocidos, como había hecho siempre.

Una noche, el 7 de marzo, en la que cenaba con el presidente de Air France, comenzó a hacer burlas de su propio marido, que seguía hospitalizado. Su falta de estilo y de adecuación a las circunstancias fue sin duda, muy comentada.



El 12 de marzo los médicos reconocieron que no se podía hacer más por el enfermo, al que se le suministró morfina para evitarle dolores y una agonía más larga aún de la que venía soportando.

El naviero falleció el 15 de marzo, pero su viuda no estaba a su lado. Durante otra de sus estancias en Nueva York le avisaron que su marido había fallecido.

María Callas, por su parte, se apenó por todo lo que su viuda legal no había padecido y le sobrevivió poco tiempo a Onassis, el gran amor de su vida, ya que murió en París, la ciudad donde residía habitualmente, a los 53 años, en el otoño de 1977.

La ex Primera Dama se dirigió a Atenas, donde se organizaron los funerales, vía París. La acompañaban sus hijos, su madre y Ted Kennedy, que se convertía ahora en el valedor de la dos veces viuda, a la hora de reclamar sus derechos sobre la abultada herencia de Onassis.

A pesar de ser nuevamente libre, después de una relación donde no se habían escatimado rencores y amarguras, Jackie tuvo la dignidad de lanzar al mundo unas palabras de agradecimiento para su marido muerto: *Aristóteles Onassis me salvó en un momento en el que las tinieblas invadían mi vida. Contaba mucho para mí. Me llevó a un mundo donde se podía encontrar la felicidad y el amor. Conocimos juntos muchos momentos maravillosos que no podré olvidar y por los que le estaré eternamente agradecida.*

La señora Onassis sobrellevó un encuentro muy desagradable con su familia política durante las exequias del armador.

Un Boeing 727 trasladó de París a Atenas el cuerpo del magnate, acompañado de 34 familiares. El destino último del millonario era la isla de Skorprios, donde se reuniría con su hijo Alejandro.

En medio de la ceremonia del traslado de los restos, Ted Kennedy intentó entablar conversación con Christina, para *pensar en el futuro de Jackie*. Aún tratándose de la conocida avaricia del clan Kennedy, esta falta de tacto resultó insuperable para la hija del armador, que cortó en seco la conversación.

La sonrisa que exhibió la viuda durante toda la ceremonia, sorprendió a propios y extraños, sobre todo a los allegados de Onassis. Retransmitida la ceremonia del entierro por los medios de comunicación de toda Grecia, la indignación por la actitud de Jackie, recorrió el país como un tornado.

Durante un año y medio, los herederos del potentado, encabezados por Christina y su viuda, se enfrentaron por la herencia del armador fallecido.

Fueron seis años de matrimonio y muchos episodios amargos. Christina decidió que no quería volver a ver a su madrastra nunca más, por lo que las negociaciones de la herencia se llevaron a cabo a través de intermediarios.

La muerte de su padre, de su madre y de su hermano, desestabilizaron para siempre a Christina, *una pobre niña rica*, como tantos observadores opinaban de ella.

Corrió toda su vida detrás de un poco de felicidad, acumulando matrimonios fallidos, noviazgos interrumpidos y dietas imposibles para controlar su sobrepeso.

Después de muchos intentos consiguió tener una relación suficiente con Thierry Roussel, un cazafortunas, como para concebir una hija, Athina, en 1985, al mismo tiempo que el playboy gestaba otro vástago con una modelo.

Roussel era el heredero de unos laboratorios farmacéuticos muy conocidos, pero se comportó con la heredera griega sin ningún tipo de consideración. Como estuvo a punto de sucederle a su padre con Jackie, Christina tuvo que comprar a su marido con dinero para forzar el divorcio y conseguir que la dejara libre.

Después de una existencia plagada de sinsabores, de desencuentros, de miserias dentro de su incontable riqueza, Christina terminó su vida muy lejos de su país, sucumbiendo a un edema pulmonar, a los treinta y ocho años.

## RICA Y LIBRE

Jackie decidió finalmente consagrar una parte considerable de su tiempo a sus hijos, que habían estado muy apartados de su compañía cotidiana durante muchos años.

En efecto: John John sacaba malas notas y la imagen de Caroline, gruesa y descuidada, molestaba a su madre.

Ninguno de los dos tenía planes compatibles con lo que Jackie había decidido para ellos.

Caroline acabó con el tiempo plegándose a los designios maternos, pero su hermano John se enredó en un trágico final, arrastrando en su caída a su mujer y a su cuñada.

Afortunadamente para su madre, John se estrelló con su avioneta Piper después de que aquella hubiera fallecido, con lo que no debió soportar la inenarrable amargura de tener que sobrevivir a un hijo.

En vida de Jackie, ésta consideraba que los primos Kennedy no eran una buena influencia para los hijos del Presidente asesinado.

Los Kennedy tenían una cierta debilidad por el escándalo y en Hyannis Port, los hijos de Ethel y Bob no paraban de molestar a sus vecinos. Poco tiempo después pasaron a mayores y las primeras páginas de los periódicos les dieron todo el protagonismo negativo que ellos mismos se habían labrado.

Muchos de los herederos del clan, Chris Lawford, el hijo de Shriver y Bobby Kennedy hijo, afrontaron sin llegar a superarlos del todo, problemas con las drogas y ocasionaron abundantes perjuicios a terceros.

Una de los motivos de preocupación de Jackie era mantener a sus hijos al margen de una familia tan conflictiva y que ponía tan pocos límites a su descendencia.

John junior se dedicó a la marihuana y a beber grandes cantidades de alcohol. Cultivaba hierba junto a su hermana, en casa, para su propio consumo.

Caroline estuvo una temporada en Londres, en casa de un amigo de su padre, pero fue llamada de vuelta a Estados Unidos, debido a un atentado que sufrió sin consecuencias para él, Hugo Fraser, su anfitrión. Otra vez el problema de la seguridad de su familia amenazaba a Jackie.

Sin embargo, y a pesar de los contratiempos, Caroline hizo unos pinitos en el periodismo, lo mismo que había hecho su madre de joven.

Entretanto, la ex Primera Dama se aburría, una vez solucionados para siempre sus inquietudes de tipo económico y financiero.

Consumía buena parte de su agenda entre sus visitas semanales a la psicoanalista y sus cuidados personales, que pasaban del ejercicio en el gimnasio a la peluquería y de ésta a su acupunturista.

Tenía además problemas de vello, por lo que decidió someterse a un tratamiento especializado para eliminarlo. La belleza no fue gratuita ni siquiera para la señora Kennedy.

Saliendo al paso de las críticas que recibía de unos y otros, Jackie comentó por entonces: *todo el mundo piensa que me paso la vida recorriendo las tiendas, trato de llevar la vida de una madre americana normal y de pasar la mayor parte de tiempo posible con mis hijos.*

*Siempre he intentando mantener al margen a Caroline y John de los fuegos de la publicidad. Quiero que vivan como los jóvenes de su edad. Después de todo, estos pobres chicos han tenido que superar bastantes conflictos en estos años. Quiero ser como una madre normal con dos hijos y llevar una vida normal.*

La pregunta a contestar sería a qué llamaba Jackie *una vida normal*. Sus incursiones a las tiendas caras, a los restaurantes como P.J. Clarke's o a Serendipity no contribuían desde luego a que ni ella ni sus hijos pasaran desapercibidos.

Éstas fueron horas bajas para la viuda más famosa del mundo. Sus vecinos no estaban precisamente orgullosos de tenerla cerca, además destacaba por su tacañería y por la alta opinión que tenía de sí misma en unos círculos donde todos los de su entorno eran personajes reconocidos socialmente.

Su nostalgia y su tristeza no se vinculaban con Grecia, ni con la pérdida reciente de su segundo marido. Volvió a orientarse, como nunca había dejado de hacerlo, hacia la órbita de la familia Kennedy, incluso si intentaba que sus hijos no recibieran las malas influencias de algunos de sus miembros.

Sus amigas le aconsejaban sin embargo, trabajar, ya que pasaba los días sin nada que hacer. Por entonces se puso en contacto con el director de Viking, la empresa editorial que gestionaba Tom Guinzburg.

El fichaje de una personalidad como Jackie podía mejorar el rendimiento de la empresa, eso era evidente, porque sus contactos eran numerosos y ella sola *vendía* por sí misma.

Con un sueldo de 10.000 dólares anuales, una cifra ridícula para el patrimonio de la señora Kennedy, comenzó a trabajar para Viking Press, como editora consejera.

Pero se lo tomó con calma y se incorporó a finales de 1975, después de haberse dado un compás de espera para iniciar sus funciones de colaboración.

Hay que reconocer que intentó moverse con discreción, aunque había mucha gente pendiente de su forma de vestir, de actuar, de lo que hacía o dejaba de hacer.

Alfred Einsenstaedt, fotógrafo de Life, dijo de ella por entonces: *Tenía 47 años, pero podría haber parecido tener 22. Estaba más hermosa, más dulce, más relajada y más natural que nunca antes.*

*Creo que se tomaba su trabajo más en serio de lo que la gente piensa y tuve la sensación de que su “métier” la rejuvenecía....Me parecía más fresca que en la época de la elección de los Kennedy. Las mujeres de los políticos... tienen todas el mismo aire rígido, el cabello tan lacado que parece un casco, un rostro como barnizado.*

*En su pequeño despacho de Viking Press, rodeada de montones de libros y papeles, parecía una niña que acababa de terminar sus estudios, entusiasmada con su primer trabajo.*

Jackie se defendía de los que tenían dudas sobre su capacidad para realizar su trabajo, diciendo que después de todo, ella había sido periodista.

Llevaba a cabo sus obligaciones editoriales con dedicación y esmero. Tenía preferencia por los libros lujosos, profusamente ilustrados.

Además del placer de negociar con autores y estar en contacto permanente con el arte y la belleza, el puesto de Viking le dio a Jackie la posibilidad de viajar. Para plasmar el libro titulado *In the Russian Style*, se fue a la Unión Soviética, con todos los gastos pagados.

Jackie festejó su participación en el proyecto de la editorial con una cena en su casa, donde fue homenajeada por todos. Entre los asistentes, siempre gente de mundo y número uno en su ámbito: Barbara Walters y Candice Bergen y otras figuras socialmente privilegiadas y de renombre. Jackie estaba encantada.

George Plimpton declaró por entonces: *se había vuelto como la pequeña que yo había conocido en otra época, llena de humor y de entusiasmo. Sólo dependía de sí misma y esto le debía proporcionar un gran placer. Siempre había estado un poco asfixiada por los hombres.*

Sea como fuere, era fácil convertirse en una *mujer independiente*, gracias a la contribución de la fama y del dinero de sus dos maridos.

No había tenido que empezar desde cero y su situación de joven rica de buena familia, casi una aristócrata en Estados Unidos, se había visto amplificada y sobredimensionada por la categoría de sus parejas.

Jackie nunca se relacionó con personas que no tuvieran algo claro e interesante que aportarle. Jamás dejó de evolucionar por círculos de personajes notorios, ricos y ambiciosos. Su escenario social estuvo siempre planificado, no fue errática y no dejó nada al azar. Así se lo habían enseñado y así lo hizo.

Tish Baldrige, una de sus amigas más fieles dijo por entonces: *Se había resarcido desde hacía cierto tiempo. Se ha vuelto más independiente. Descubrió que ya no tenía que apoyarse sobre un hombre dominante. Está radiante. El trabajo es una excelente terapia.*

A veces nos hubiera gustado preguntar en persona a esta observadora, defensora acérrima de la señora Kennedy: ¿Resarcirse de qué?

Si bien es cierto que había perdido al Presidente, la vida le había compensado sobradamente esta pérdida.

Sin embargo, después de dos años de colaboración, el responsable de la empresa que daba trabajo a Jackie y ella misma pensaban que el proyecto de trabajar juntos no había resultado como esperaban. De hecho, no había conseguido aportar a la editorial ningún personaje destacado cuya vida se pudiera reseñar.

Había intentado obtener la participación de la reina Isabel y la duquesa de Windsor en un proyecto editorial, pero ninguna de las dos tenía la menor intención de escribir sus memorias para la Viking Press.

También se intentó la aprobación de Lord Snowdon, que declaró que había sido maltratado en un primer encuentro protocolario con Jackie. Sinatra, también convocado por la editora, fracasó, porque a él le gustaba formar parte de la vida privada de la ex Primera Dama, no de la pública.

De todas formas, la ruptura se produjo por la intención de la editorial de publicar un libro que hablaba de la hipotética posibilidad de atentar contra Ted Kennedy, después de su elección en la Casa Blanca, en 1981.

Como se puede suponer, la cuñada y la editora se opusieron al proyecto. La señora Kennedy Onassis, después de algunas gestiones, comenzó a trabajar para Doubleday.

Volvieron los comentarios, pero la interesada lo tenía claro: *No me preguntan nunca cuánto gano o por qué trabajo. Probablemente, los que no me quieren hablan a todo el mundo de estas cosas, menos a mí.*

En un principio, cuando llegó a su nuevo trabajo, la gente la miraba mal, la precedía una estela de altanería, dinero, éxito, fama, pero poco a poco, debido a su comportamiento relajado, sencillo, se fueron rindiendo y la aceptaron. Jackie sabía cómo conquistar, cuando le interesaba.

Jackie debía también sufrir la pérdida, a causa de un ataque, de su cuñado Stas Radziwill, con quien se encontraba más unida que su propia mujer, su hermana Lee.

Se cuenta que durante sus funerales, contrariamente a lo que sucedió en los de Onassis, se vio a la señora Kennedy realmente entristecida.

De todas formas, no dejó de inmiscuirse en la vida privada de parejas cercanas, rompiendo en ocasiones relaciones estables, como sucedió en el caso del vínculo que mantuvo con Félix Rohatyn, que le llevó a abandonar a la fotógrafa con la que vivía, Hélène Gaillet.

De hecho, al final de los setenta y comienzos de los ochenta, la actual editora tuvo muchos acompañantes.

Por entonces también falleció Hugh Auchincloss, su padrastro, dejando a la familia en una situación económica precaria, algo que nunca le sucedería a Jackie. La hija estaba de luto, pero la mujer iba ya a la caza de nuevas experiencias.

Parece que fue el 20 de agosto de 1975, la primera vez que salió con Maurice Tempelman, su nuevo y último acompañante.

Este nuevo contacto la vinculaba a una familia judía, ya que Tempelman estaba casado y pertenecía a una comunidad bastante ortodoxa dentro del judaísmo.

Había nacido en Bélgica, pero en 1940 se trasladó con su familia a Nueva York, huyendo de la persecución nazi en Europa. Lily Bucholz, otra inmigrante belga, se casó con él en 1949 y tuvieron tres hijos.

Tempelman se había hecho un hueco fundamental en el negocio de los diamantes, respondiendo una vez más a la tradición de los acompañantes de Jackie: si no eran ricos y célebres, por lo menos tenían mucho dinero.

En 1958, Jack Kennedy ya le había pedido que organizara una reunión con los sudafricanos que controlaban la producción mundial de diamantes.

A partir de ahí fueron muchas veces invitados a la Casa Blanca, cuando Kennedy ya era Presidente.

Jackie y Maurice hablaban en francés y comenzaron a frecuentar restaurantes caros como La Côte Basque o el Lutèce.

Por momentos la relación con Tempelman se enfriaba, debido a que el rico hombre de negocios no podía obtener el divorcio de su mujer para legalizar la situación con Jackie.



Por esta razón, siguió saliendo con hombres de pro, como el embajador Orfila, secretario general de la Organización de Estados Americanos.

También se la vinculó con Christian Barnard, el millonario saudí Adnan Kashoggi y otros personajes célebres, especialmente Frank Sinatra, con quien mantuvo un vínculo bastante discreto, gracias a las estrategias de ocultamiento que pergeñó la pareja para favorecer y mantener la intimidad de sus encuentros.

Poco a poco empezaron a conocerse las aventuras de su marido, el Presidente, con Marilyn Monroe u otras de las cientos que pasaron por sus brazos. Pero parecía que el escándalo no iba con ella.

A Jackie le llegó el turno de crecer y después de la muerte de Onassis, comenzó a encontrar placer en hombres de su edad, con quien compartir experiencias afines. Parecía haber superado por fin su etapa edípica

Como comentó Truman Capote: *los viejos dominantes ya no la atraían. No tenía ya necesidad de un papá que le dijera lo que tenía que hacer. Quería llevar la voz cantante, para cambiar y se había puesto a buscar carne fresca.*

Entre estas nuevas adquisiciones, estaba Peter Hamill, que compartía una relación con Shirley McLaine cuando empezó a salir con la ex Primera Dama.

Mantener la discreción fue esta vez más complicado, porque la relación de Hamill con la conocida actriz se resintió.

Hélène Gaillet, abandonada en su día por Rohatyn en una situación similar aportó a la situación sus propios sentimientos: *Jackie se prueba los hombres como se prueba la ropa. Vuelve a repetir con McLaine lo que me hizo a mí...Habría que preguntarle a Shirley.*

Hamill, que trabajaba en el New York Post, también tenía un interés añadido para Jackie: le podía presentar jóvenes autores adecuados para participar del proyecto de Doubleday.

Rupert Murdoch, dueño del periódico donde colaboraba Hamill, era uno de los muchos que criticaba la vida dispendiosa, egoista y superficial de Jackie: *Es escandaloso pensar que alguien pueda gastar 120.000 dólares al año para vestirse, mientras que tanta gente no tiene otra ropa que la que lleva puesta.*

*Desanima que una mujer disponga cada mes de más dinero para echarse lociones y aplicar laca en su cabello, del que un ciudadano medio de América Latina ganaría en cien años.*

Las declaraciones de Murdoch y la aparición pública de una foto que relacionaba a Hamill y Jackie, hizo que de parte de ésta, se enfriaran las relaciones con el periodista.

Está claro que vivir en las cercanías de Jackie Kennedy Onassis, nunca resultó fácil para nadie, especialmente para sus hijos, sus conocidos o incluso su hermana Lee.

La diferencia tal vez radique en que Lee, a pesar de sus saneadas relaciones matrimoniales o no, todavía intentaba tener protagonismo en la sociedad, mientras su hermana venía de vuelta de un sin fin de vivencias, algunas enriquecedoras, en todo el sentido del término.

Mientras Jackie había probado fortuna con el periodismo o la edición, Lee se había volcado en el mundo del cine, que la llevó al fracaso y posteriormente puso su punto de miras en el ámbito de la decoración.

Realizando un encargo en esta su nueva ocupación, la hermana de Jackie conoció al que podría haber sido otro de sus maridos, Newton Cope, que, como era habitual en la elección de las dos hermanas, estaba cargado de dinero.

Jackie aconsejó a su hermana cómo organizar una boda adecuada, prefijando de antemano las condiciones sobre todo económicas del compromiso de la pareja.

Tantas previsiones hicieron que el matrimonio finalmente se anulara, lo que no fue un obstáculo para que los fallidos esposos, siguieran manteniendo una relación afectiva bastante cálida.

Jackie estuvo dieciséis años en Doubleday, lo que significaba casi un record para una mujer de sus características y con su trayectoria.

Durante este lapso de tiempo se dedicó a todo tipo de géneros y llegó a convertirse en la editora de unos 74 volúmenes. Entre los más conocidos probablemente destaquen las biografías y las memorias de personajes destacados, aunque también contribuyó a ensanchar el mundo de la novela o el ensayo.

Su sueldo siempre había sido insignificante, si se tenía en cuenta su capacidad monetaria personal, pero el trabajo en Doubleday le permitió hacer viajes por el mundo con un objetivo prefijado y no vistiendo la piel de una turista de lujo. ¡Y gratis!

La relación con las personas que compartían el entorno de la editorial era fluida. Se notaba y valoraba su esfuerzo por parte de algunos colegas para comportarse como una persona *normal*.

Sin embargo estaba claro que nadie solía olvidarse de quién era esta mujer que en su madurez, había redescubierto o probado por primera vez, las mieles de un trabajo concreto remunerado y la obligación semanal de acudir a su cita con Doubleday.

Cercana ya a la cincuentena, y en contra de la tendencia de los ricos y famosos de retocarse para seguir gozando el mayor tiempo posible de su condición, Jackie no se había sometido aún a ningún *arreglo* facial o corporal. También es cierto que en esa época, los tratamientos de cirugía estética no eran tan frecuentes como en la actualidad.

Su silueta no lo necesitaba, porque siempre había hecho deporte, acompañándolo habitualmente de una dieta estricta y se había puesto en manos de especialistas de renombre: masajistas, acupuntores y médicos de todo tipo.

Pero su piel empezaba a dar muestras de fatiga. La ex Primera Dama, por consiguiente, decidió poner un toque de juventud en su rostro.

Consultó con su médico de cabecera, quien a su vez le recomendó a un especialista, un cirujano plástico de nombre John Conley.

Su trabajo consistiría en dar un ligero *repaso* a las facciones de la señora Kennedy, sin intentar una reconstrucción que pudiera dañar sus facciones o ser percibida por los observadores y conocidos, que habitualmente vigilaban con atención la evolución de su edad y la decadencia de su belleza.

Bajo un nombre falso, el de señora Lancaster, se operó en el hospital San Vicente de Manhattan. Tuvo la oportunidad de lucir su nuevo aspecto en la presentación que se llevó a cabo de *Call the darkness light*, de Nancy Zaroulis. Era una historia con inquietudes feministas y sociales y se convirtió en un auténtico éxito de ventas.

En octubre de 1979 fue inaugurada la biblioteca Kennedy y Jackie marchó a Boston a formar parte del acto.

Que la memoria y el recuerdo de su marido no se dejaran de lado, siempre habían constituido motivo de preocupación y desvelos para esta mujer, que, al cabo de los años seguía sintiéndose y actuando como la viuda del Presidente y como parte de la familia Kennedy.

La etapa Onassis, aunque más reciente, pareció pasar a la historia por su parte y además, el gran público pareció perdonarle el desliz de haber formado un día, parte de la vida y de las ambiciones del magnate griego.

La construcción y la estética de la Biblioteca Kennedy, tenían una nostalgia de la época Camelot, los años dorados de una pareja presidencial joven, que atisbaba el futuro.

La Casa Blanca estaba en cierta forma presente en la creación de I.M.Pei, que había consagrado una parte de la instalación al recuerdo emocionado de Bobby Kennedy.

Buena parte del clan aprovechó la oportunidad para acudir al acontecimiento y participar de la vida pública de los personajes destacados de la política de los Estados Unidos. Al acto asistió también el presidente Carter.

Entre los miembros más notables de la familia, la presencia de los hijos de Jack, John hijo y Caroline, que con 22 años, se había convertido en una mujer elegante y bella, un auténtico remedo del estilo que siempre había exhibido su madre.

Jackie disfrutaba a la vez de pequeños momentos de gloria, mientras podía regocijarse de llevar una vida verdaderamente independiente.

Como escribe Christopher Andersen en la obra *Jackie après John*, (*Jackie después de John*), *mujer de dos hombres poderosos*, Jackie había sido

*atraída por la celebridad como la mariposa a la llama, encontrando así un medio de dar sentido a su vida.*

*Había aportado a John cientos de miles de votos, así como la amistad de Jefes de Estado a los que había encandilado. Al lado de Ari, había cumplido al menos durante los primeros años de su unión, con su papel de esposa-trofeo.*

Sin embargo, no perdía el interés por buscar su imagen en las noticias de actualidad y en este sentido siempre se mantenía en guardia. El tratamiento que hacían los medios de comunicación, de su doble condición de viuda de hombres de bandera, le atraía sobremanera.

Aunque le encantaba seguir viva en el imaginario de la gente, trataba de preservar a sus hijos de la curiosidad pública y fue así como le sugirió a John junior, que cursara sus estudios en Brown y no en Harvard, donde podía convertirse en el blanco de todas las miradas.

John, para desesperación de su madre, tenía buenas dotes de actor y le encantaba el teatro.

Participó en muchas actuaciones. La primera fue *Oliver*, a la que le siguieron *Petticoats and Union Suits* y luego *Comings and Goings* y posteriormente *La comedia de las equivocaciones*, entre otras.

También tuvo papeles en obras de la época isabelina. Su madre asistía a las funciones, pero le dejó siempre muy claro, que su objetivo final en la vida, como Kennedy, era la política y no el teatro. Mientras tanto John John, coqueteaba con la droga.

Sin embargo, Wendy Leigh, biógrafa de la familia, opinó en su día que *a pesar de las experiencias peligrosas y de la temeraria despreocupación típica de los Kennedy, tenía una especie de brújula interior que le hacía siempre evitar los excesos.*

Los primos Kennedy, por su parte, no dejaban de involucrarse en problemas y algunos de ellos ocuparon por su actitud autodestructiva, las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo.

Las novias o acompañantes de John, tampoco le solían gustar a Jackie. Ni Daryl Hannah, que estuvo al lado de su hijo en el lecho de muerte de Jackie, ni por supuesto Madonna, que le recordaba a la descarada canción

de cumpleaños que Marilyn Monroe le había cantado en público al Presidente.

Es posible que tampoco aprobara su decisión última de casarse con Carolyn Bessette, una unión que finalmente se mostró conflictiva y desgraciada y selló la autodestrucción de la pareja.

En efecto, John Kennedy hijo, de 38 años, desapareció cuando se estrelló su avioneta camino de Hyannisport, para asistir a la boda de Rory, una de sus primas y la hija menor de Bobby Kennedy.

Quizá nunca se sepa qué sucedió a bordo de la Piper Saratoga, que partió del aeropuerto de Essex. En New Jersey debería haber llegado a la isla de Martha's Vineyard, donde recalaría Lauren Bessette, la hermana de su esposa.

Al ver que no llegaban en el lapso de tiempo programado, alguien dio la voz de alarma y los invitados a la boda que hubo de posponerse, empezaron a inquietarse.

Pronto se localizaron restos de pertenencias de los pasajeros y comenzaron a tejerse las hipótesis sobre las causas del accidente.

Está claro que John era un piloto bastante novato, que volaba esa noche solo y que las condiciones atmosféricas para pilotar, distaban mucho de ser las deseables.

Muchos expertos certificaron que, efectivamente, era una noche pésima para hacer un desplazamiento en una avioneta. Kyle Bailey, se refiere a sí a las últimas instantáneas que tuvo de la pareja de John y Carolyn: *estoy impresionado por lo que ocurrió. No lo puedo creer. Les vi el viernes por la tarde y les saludé... Recuerdo que él llevaba una camisa blanca y Carolyn un vestido negro de verano. Iban muy felices y a ellos se les unió una tercera persona, la hermana de Carolyn. John se ayudaba de unas muletas para caminar.*

Es posible que la omnipotencia habitual en los elegidos de los dioses, como en cierta forma lo fueron en una época los integrantes del clan Kennedy, haga que también, como ellos, mueran jóvenes.

Bailey no parece tener dudas sobre lo que realmente pudo ocurrirle a John esa noche, la última de su vida: *Pienso que John tal vez no tuviera suficiente práctica. Cuando despegó había hecho el chequeo de rutina y*

*todo estaba bien, pero en cuanto anocheció y tal vez por la poca visibilidad de esa noche no pudo controlar la avioneta.*

Sólo queda Caroline, para cumplir con el legado Kennedy y el gran diseño vital que su madre hubiera querido que representara especialmente John, su hijo.

En mayo de 1994, poco antes de fallecer, Jackie dedicó este mensaje a su hijo: *aunque has venido al mundo tan inocente como el más común de los mortales, sé que el apellido Kennedy te acarreará muchas dificultades.*

*Pero tienes que ocupar un lugar en la Historia. Sea cual sea el destino que elijas, sólo te pido una cosa: sigue, como tu hermana Caroline, siendo el orgullo de la familia Kennedy y de ti mismo. Y sobre todo permanece fiel a aquellos que te quieren.*

John abandonó sus queridos escenarios. Su madre lo envió a Delhi, la capital de un país que amaba y que había visitado con delectación, a realizar unos cursos sobre salud pública.

Cursó estudios de abogado, como era de esperar para un miembro del clan destinado a la política en un futuro previsible, pero terminó dedicando como editor, todos sus esfuerzos a la publicación y organización de la revista *George*, que finalmente no funcionó.

Algunos observadores pensaron que Carolyn sí era un buen proyecto vital para John, que podía pensar en ser una pareja adecuada para un futuro candidato a la política.

Carolyn había nacido el 7 de enero de 1966 en Nueva York y el matrimonio de sus padres se rompió, cuando su padre abandonó a la familia.

Su madre se volvió a casar con un conocido cirujano ortopédico llamado Richard Freeman.

Carolyn tuvo una educación esmerada, aunque se dedicara posteriormente al mundo de la moda y no a una profesión más acorde con sus estudios.

Fue publicista y modelo para la firma Calvin Klein y conoció a John hijo en el Central Park de Nueva York, un lugar que también era emblemático para Jackie, en 1992.

Se casaron el 21 de septiembre de 1996, en Georgia y dieron una sorpresa a los medios de comunicación y al gran público, con una boda que nadie esperaba.

La verdad es que John siempre sintió una atracción fatal por el desastre y la práctica de deportes peligrosos era sólo una manera más de desafiar a la suerte. Un comportamiento típico en muchos de los Kennedy. Ya se comentó este particular con anterioridad.

Esta vez le tocó a su tío, el senador Edward Kennedy, informar de que su sobrino, *el adorado hijo de unos padres orgullosos a quienes se une ahora con Dios*, había fallecido.

La familia de Carolyn y Lauren disputó encarnizadamente por la herencia de John Kennedy, en la certeza de que él había sido el único responsable del accidente que costó la vida a sus dos hijas.

Los Kennedy, por su parte, acostumbrados a que acontecimientos como éste enlutaran las páginas de la historia del clan y recordando posiblemente las muertes en accidentes de aviación de Joe (en la guerra), el hermano mayor de Jack y de Kathleen, su hermana favorita, emitieron el siguiente comunicado, firmado por Edward M. Kennedy, en Massachussets, el 19 de julio de 1999:

*Estamos llenos de un inexpresable dolor y tristeza por la pérdida de John, Carolyn y Lauren Bessette. John era una luz radiante en nuestras vidas, en las de la nación y en las del mundo, que le empezaron a conocer cuando era un niño pequeño.*

*Era un marido devoto a Carolyn, un hermano que quería a Caroline, un estupendo tío para sus sobrinos, un amigo cercano y querido para sus primos y un sobrino querido para mis hermanas y para mí...*

*Le amamos profundamente y su pérdida deja en nuestras vidas un enorme vacío. John tenía muchos dones y nos dio mucha felicidad, sobre todo cuando introdujeron en nuestras vidas a su maravillosa mujer, Carolyn.*

*Tenían su propia magia, con la que tocaban a todos aquellos que les conocían y amaban. Estamos agradecidos por la vida de ella y por la de los dos juntos.*

*Queríamos a Carolyn y compartimos el dolor de las familias Bessette y Freeman por la trágica pérdida de Carolyn y Lauren....*



*En estos momentos tan difíciles confiamos en nuestra fe en Dios. Estamos más agradecidos de lo que podemos decir por el apoyo a nuestra familia,, amigos y a tantos americanos que abrieron sus corazones a John.*

*También queremos dar las gracias de manera especial a los hombres y mujeres que han trabajado mucho y han dedicado tanto tiempo y esfuerzo en estos últimos días a la búsqueda de John, Carolyn y Lauren. Nunca olvidaremos la dedicación, profesionalidad y sensibilidad que han mostrado.*

*Rogamos para que John, Carolyn y Lauren, encuentren la paz eterna y para que la luz infinita de Dios brille sobre ellos.*

Está claro que el mensaje que transmitió Ted Kennedy estaba cuidadosamente sopesado y valorado, hasta convertirlo en un texto políticamente correcto.

A pesar de los comentarios sobre la mala relación entre John y su mujer Carolyn (con hipotéticos agravantes de consumo de drogas, infidelidades, etc.), nada de esto se trasluce en una misiva que pasa de puntillas sobre todos los conflictos que dicho vínculo pudiera haber generado en la pareja, o en sus allegados.

Del mismo modo, tampoco se menciona la posibilidad de un accidente provocado por la impericia o la audacia injustificadas del hijo del Presidente. Ni de los litigios económicos anejos a la herencia de la familia más famosa de los Estados Unidos.

Es evidente la preocupación de los redactores del mensaje por englobar a los tres accidentados muertos en el mismo abrazo afectivo. La alusión religiosa es lógica, en una familia donde la pertenencia a la tradición y fe católicas fue y sigue siendo una de sus marcas de identidad.

Jackie, la madre de John, si hubiera vivido, lo podría haber hecho más sentidamente, pero no mejor.

En cuanto a Caroline, la hija más sumisa, conoció después de algunos escarceos que no satisficieron a su madre, a Edwin (Ed) Arthur Schlossberg. Este personaje ligado al mundo de las artes era muy amigo de un arquitecto famoso, Buckminster Fuller.

Ed Schlossberg tenía una compañía relativamente modesta que se dedicaba a la producción de videos multimedias. Era bastante mayor que la joven Kennedy, exactamente 13 años mayor que ella. ¿Se repetían los gustos de su madre?

Había estudiado en la Universidad de Columbia, de donde salió con el título de Doctor en Ciencias y Letras. Su vida profesional había tenido sus altibajos y su condición de heredero de un padre industrial rico, de origen judío, podría no haber gustado aparentemente a Jackie.

Sin embargo, su tesis doctoral relatando una supuesta conversación entre Samuel Beckett y Albert Einstein, le dio cierto prestigio en el ambiente universitario.

Antes de dedicarse a la industria multimedia, Schlossberg había intentado escribir libros de vanguardia y poesía, había conseguido a medias convertirse en artista conceptual y otros muchos trabajos, cuando apareció Caroline y él había hecho toda su apuesta por su empresa de vídeos multimedia.

Sea como sea, su padre tenía una gran fortuna, lo que sin duda, consiguió emocionar a Caroline, que siguiendo la tradición de las mujeres de la familia, valoraba en un pretendiente, por encima de otras cualidades, la posesión de una situación financiera y económica saneadas.

Andy Warhol, uno de los personajes que tanto solía criticar a los *happy few* ricos y célebres, siendo él mismo uno de ellos, opinó, no sin cierta gracia e ironía de la elección de la hija de Kennedy: *a Caroline le encanta la gente estrafalaria. Él debió contarle una de esas tonterías intelectuales y la conquistó. Le recitó probablemente unos aforismos paradójicos y otras cosas de ese tipo.*

La opinión que Warhol tenía de la capacidad de la joven para juzgar a los hombres de su entorno no demuestra una gran fe en lo que hoy llamaríamos la *inteligencia emocional* de Caroline. Sin embargo, el pintor reconoció que le pareció que estaban locamente enamorados.

Caroline comenzó a compartir casa con su novio, que, por su parte, se dedicó a intentar cambiar la imagen de su pareja.

La que no estaba muy conforme con la elección de su nieta era Janet, que poco tiempo después de ser viuda por segunda vez, se había vuelto a casar con otro buen partido (eso era inevitable).

Esta vez se trataba de un banquero, un antiguo conocido de la infancia, llamado Bingham Morris.

Morris, lógicamente no pertenecía a la comunidad judía, entorno que siempre había disgustado al segundo marido de Janet, Hugh Auchincloss y al patriarca de los Kennedy, Joe, que despreciaba a los judíos mientras no disimulaba su fascinación por los seguidores de Hitler.

Esta inclusión en el bando de los enemigos de Inglaterra, le atrajo el odio de Winston Churchill y de todos los ciudadanos ingleses, que se sentían ofendidos por un embajador americano que se alineaba con los representantes del Eje.

Esta postura tan impresentable, sobre todo porque un diplomático debe representar con coherencia y honestidad al Gobierno que lo designa, hizo que el presidente Roosevelt, desarmado por la torpeza de su representante diplomático, lo destituyera y lo llamara de nuevo a Estados Unidos.

Jackie por su parte, convivió largo tiempo con la familia Kennedy, que tradicionalmente y en pleno, opinaba mal de los judíos como grupo humano. Los círculos de poder en los que se movía el clan en los años sesenta, no incluía la posibilidad de incorporar semitas a su medio.

Sin embargo, Jackie siempre valoró cuidadosamente sus posibilidades e intereses y los de sus hijos y de esta manera no opuso resistencia a que Schlossberg entrara a formar parte del universo de Caroline.

Fue formalmente presentado a los amigos de la familia en la Navidad de 1981.

En cuanto a Jackie, su relación con Maurice Tempelsman suscitó muchas dudas entre los observadores. Los medios de comunicación no daban crédito a este nuevo vínculo de la ex Primera Dama. Había tenido muchos acompañantes, pero éste, aparte de no ser guapo, ni joven, estaba casado.

Una suma de contingencias desafortunadas para erigirlo en *novio* de una mujer con la historia personal y pública de la señora Onassis. Sin embargo, Tempelsman poseía una virtud que desarticulaba todos sus posibles defectos: era muy rico.

Siguiendo la tradición de apoyo mutuo que mantenía para con sus miembros el clan Kennedy, Jackie apoyó a Ted en una nueva campaña,

pero éste, una vez más, no tuvo suerte. Tal vez perdiendo la posibilidad de seguir activamente en política y en primera línea de exposición, consiguiera salvar la vida, algo que no habían logrado sus hermanos mayores, Jack y Bobby.

Volviendo de nuevo a su vida privada, Jackie sintió la necesidad de construirse su propia casa en Martha's Vineyard, donde había comprado 175 hectáreas de tierra en 1978.

Terreno medio pantanoso, con dunas, al borde del mar, rodeado de pinos y robles, la situación de la futura vivienda parecía perfecta. No fue lo que pensaron los habitantes que se convertirían en los vecinos de la señora Kennedy.

Se trataba de un lugar que ya contaba con su cuota de famosos, pero la elección de Jackie lo convertía definitivamente en un escaparate.

La mansión, construida en el estilo de las antiguas residencias del lugar, constaba de 19 habitaciones y de un bungalow para recibir a los amigos.

La ex Primera Dama tomó parte activa en el diseño y en la construcción de su hogar de verano, cuyas obras estarían dirigidas por el arquitecto de Washington, Hugo Newell Jacobsen.

La mudanza a su nueva casa, llamada Red Gate Farm tuvo lugar en el verano de 1981 y la suma total de gastos para esta inversión inmobiliaria, rondó los tres millones de dólares.

En esta residencia, Jackie disfrutaba del tiempo: se levantaba a las siete, desayunaba en la cama, frugalmente como siempre y unos alimentos saludables y escogidos. A continuación, acudía a nadar al estanque de Squibnocket, durante dos horas.

Por la tarde, más deporte, otro tiempo de natación o bicicleta y una nueva ración de comida ligera para cenar.

Su régimen de comidas seguía sorprendiendo a todos, que veían en la dueña de Red Farm Gate, a una mujer madura a quien le encantaba comer bien, pero que apenas tocaba la comida.

En tiempos de su matrimonio con Onassis, había padecido de anorexia y bulimia, ya se comentó aquí y podría decirse que toda su vida se dedicó a controlar su ingesta para conservarse en forma y muy delgada.

En Martha's Vineyard, Jackie gozaba a la vez de su soledad y de la presencia de sus amigos. Maurice Tempelsman figuraba en primera línea en sus afectos y le hacía mucha compañía, aunque no terminaba de abandonar a su mujer, ni ésta le concedía el divorcio.

Sin embargo, en 1984, decidió dejar a Lily y el domicilio conyugal. Se instaló en el Hotel Standhope, a dos minutos andando de la casa de Jackie, en el 1040 de la Quinta Avenida. En 1985, finalmente, Maurice se trasladó a vivir con la dueña de casa, que ya lo llamaba cariñosamente *Jack*.

Aileen Mahle, opinó que *Maurice era exactamente lo que necesitaba Jackie. Un oso de peluche. Un oso de peluche muy inteligente. Era cariñoso, atento, sin ninguna soberbia especial en lo que concernía la relación con Jackie. Él la adoraba, pero de una forma muy distinta en la que lo hacían los demás. Por esta razón, ella lo quiso (tanto).*

En Martha's Vineyard la pareja fue muy feliz, compartiéndolo todo, incluso las horas de sueño, aunque cada uno tenía una habitación privada.

El interés de Jackie por los hombres casados no era nuevo, pero Lily y Tempelsman había compartido 31 años de casados. No era la primera vez que la ex Primera Dama destruía un matrimonio, aunque esta vez sería- para ella- la última.

De hecho, la muerte le llegaría junto a Maurice. Por su parte, Lily, como es obvio, nunca la perdonó, aunque finalmente hizo la concesión de otorgar a Tempelsman un *quet*, especie de documento de separación religioso, otorgado por un rabino.

Sin embargo, la relación con su ex marido o todavía marido desde el punto de vista legal, siempre siguió siendo correcta, dadas las circunstancias.

Sin embargo, no todas fueron facilidades en su nueva casa: durante muchos años estuvo en litigio por un trozo de tierra, que los indios wompanoag reclamaban como sagradas.

Los paparazzi, por su parte, continuaban con el seguimiento al que habían sometido a Jackie durante décadas: Entre los más destacados entre los perseguidores, se encontraba uno que había compartido con la ex Primera Dama conflictos, litigios y tribunales, Ron Galella, un fotógrafo.

También tuvo problemas con la casa Dior, que tuvo la idea de utilizar dobles de personalidades célebres para una de sus campañas. Jackie fue una de ellas.

Sobre este tema, Jackie expresó: *(la publicidad) hace que parezca que trabajo para Dior en calidad de modelo profesional, que hago publicidad de sus productos y participo en sus campañas publicitarias.*

*Nunca he permitido que el valor público de mi nombre, de mi apariencia física o de fotos mías, se explote con fines comerciales. Sólo autorizo su utilización en beneficio de ciertos servicios públicos y actividades cívicas, artísticas o educativas a las que expresamente he prestado mi apoyo.*

Por entonces, también dio disgustos a la ex Primera Dama la salud de su madre, Janet. Tenía ya 76 años y había perdido en gran parte la memoria, circunstancia que ya se le había detectado años atrás.

Su madre pasó por toda la decadencia física y psíquica que normalmente atenaza a los enfermos de demencias seniles. Jackie se comportó como corresponde hacerlo a una hija solícita: invirtió dinero en contratar a personal especializado para cuidarla y pasó mucho tiempo junto a ella.

Como había otros casos de demencia en su familia, Jackie estaba verdaderamente aterrorizada ante la posibilidad de terminar sus días, hundida entre las brumas de la falta de memoria y el olvido.

También le preocupaban los antecedentes de alcoholismo de su padre, ya que el consumo de bebidas que hacía la señora Kennedy no era precisamente escaso. Había bebido mucho después del asesinato de Dallas y también en los años que compartió con Aristóteles Onassis.

De hecho, a menudo tenía fallos de memoria y sus errores de apreciación temporal no eran nimios.

La sospecha de poder padecer las dos enfermedades, la demencia y el alcoholismo y sus secuelas, nunca se separaba de ella. Pero el destino le había reservado otra sorpresa y no se convertiría en una paciente de la enfermedad mental.

Para confortarla, contaba con la ayuda de una psicoanalista, Nadine Eisman, a cuya consulta acudía dos veces a la semana.

También tuvo que pasar por la terrible enfermedad de su medio hermana Janet Auchincloss Rutherford, que vivía en Hong Kong con su familia.

En 1984 Janet comenzó a quejarse de dolores en la espalda y se le descubrió un cáncer de pulmón.

Jackie se volcó en los cuidados a su hermana pequeña, que era la sexta de los hijos de su madre en sus dos relaciones.

La enferma falleció en marzo de 1985 en el hospital Beth Israel de Boston, a los treinta y nueve años.

Una observadora cercana de la familia comentó de la actuación de Jackie en todo el proceso de enfermedad de Janet: *tenía (Jackie) tal costumbre de la muerte que era la persona ideal en este tipo de ocasiones. Se ocupó de todo. Conocía mejor que nadie el ritual de los funerales. Parecía un sacerdote.*

*Todo estaba organizado al pie de la letra en lo que hacía a la etiqueta. Jackie temía a los periodistas y su circo. Seleccionó con tanto rigor a los que podían acceder al servicio religioso que algunos amigos íntimos de Janet no fueron invitados.*

Una vez acabados los funerales y el duelo por su hermana, Jackie decidió como tantas veces, una fuga hacia delante para curar sus males del alma.

Se organizó un viaje como los que a ella le gustaban a la India: con todos los gastos pagados.

Estaba preparando para Doubleday un libro sobre el subcontinente, en el periodo 1590-1947, en colaboración con el Instituto del Traje del Metropolitan Museum.

Una vez más se la recibió como una diosa, y residió en los más bellos palacios hindúes. De regreso, le esperaba una *rentrée* que la situó de nuevo en el ojo del huracán de la vida social newyorkina.

La boda de su hija la volvió a colocar en el centro de la responsabilidad familiar. Ed Schlossberg se casó con Caroline Kennedy el 19 de julio de 1986, en la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, aunque nadie comprendió cómo se atrevieron a desafiar la mala suerte, ya que ese día era el aniversario del accidente de Ted Kennedy en Chappaquiddick. Parece que el clan era ajeno a las supersticiones de los mortales corrientes.

John, el hermano adorado, propuso un brindis la noche de la cena de bodas: *Desde siempre- dijo- hemos sido tres. A partir de ahora, seremos cuatro.*

Hubo 425 invitados y Ed debió soportar dejar de lado su religión de toda la vida, ya que no hubo ni siquiera la presencia simbólica de un rabino.

La noche de bodas tuvo hasta fuegos artificiales y cantó Carly Simon, sin olvidar que el vestido de la novia era realmente deslumbrante.

El único *problema* que tenía que solucionar ahora Jackie era la orientación de John junior, gran amante del teatro y deportista dedicado a múltiples actividades, todas poco apreciadas por su madre, que quería obviamente que se situara en el ámbito del derecho o de la política.

Le dio sin embargo una alegría, cuando se matriculó en el otoño de 1986, en la Universidad de Nueva York, para estudiar Derecho.

Entretanto, Jackie seguía trabajando en Doubleday. George Plimpton, que la conocía muy bien, escribió sobre cómo realizaba su trabajo y opinó que era una de las mejores lectoras de su profesión, aparentemente *la editora con la que sueñan todos los escritores, como diría Auchincloss.*

Controlaba todos los aspectos de las ediciones que estaban bajo su responsabilidad. Ella misma lo explicó muy bien: *Me encantan los libros. Siempre he tenido contacto con escritores. Me encantan los que se salen de lo habitual, que pertenecen a otras culturas, que hacen revivir tiempos antiguos.*

*Me intereso por las artes en general y especialmente por el proceso creativo. Me fascina cómo los artistas hablan de su trabajo. Para mí un libro maravilloso es el que me lleva hacia un ámbito que no conocía.*

Sin embargo, le faltaba poder contratar a verdaderas celebridades para contar con su colaboración en la editorial.

Doubleday sin embargo, gracias a la intermediación de Jackie, consiguió contar con las Memorias de Michael Jackson, por el módico precio de 300.000 dólares.

El cantante y bailarín fue un desafío para la ex Primera Dama, que estaba fascinada por el *enigma Jackson.*



El libro sobre la estrella fue publicado con un prefacio escrito por Jackie y dedicado a Fred Astaire.

Pero fue publicarlo y ya estar buscando nuevos personajes con pedigree que se dejaran retratar para Doubleday.

Sea como sea y aunque no lograra siempre completar sus sueños y aspiraciones, Jackie se cuidaba y mucho. Seguía con su dieta y haciendo ejercicio, practicaba yoga y continuaba la terapia con su psicoanalista.

Cuando se estaba acercando a sus 59 años, comenzó a informar a sus amigos de que iba a convertirse en abuela.

El 25 de junio de 1988 nació finalmente Rose, a quien se bautizó así en honor de la matriarca del clan. Jackie estaba encantada de inaugurar esta nueva faceta de su vida.

Por su parte, su hermana Lee, se iba a volver a casar, esta vez con Herbert Ross, un hombre del cine y el mundo del espectáculo, que tenía la fama de ser gay.

Como opina Christopher Andersen, con esta última unión, Lee hacía que las tres mujeres Bouvier, ella misma, Jackie y su hija, tuvieran parejas *de judíos ricos, inteligentes y profundamente enamorados de ellas*.

A continuación se produjeron muchas noticias que iban a reposicionar la actitud ante la vida de la ex Primera Dama: se cumplieron los 25 años del asesinato de Dallas. Su pareja, Maurice Tempelsman, estuvo a punto de sucumbir a un accidente cardiovascular, del que sin embargo se recuperó inmediatamente.

Por último, Jackie decidió por segunda vez, someterse a una operación de estética para rejuvenecer su aspecto.

A partir de ahora la llamarían Granny O, o abuela O., tendría una apariencia estupenda, pero en el corazón y en sus manos, llevaba las marcas de cada uno de sus sesenta años.

Después de seis años de haber sufrido las consecuencias de su enfermedad de Alzheimer, murió Janet, la madre de Jackie.

Se llevó a cabo un servicio religioso en Newport, y las cenizas fueron colocadas junto a las de su segundo marido, Hugh Auchincloss.

Jacqueline viajó a París, donde visitó el Louvre renovado, según un proyecto general del presidente Mitterrand y del arquitecto I.M.Pei, un viejo conocido suyo.

En la sesentena, la señora Kennedy Onassis seguía bebiéndose las copas de su vida a grandes sorbos. En una de sus propias explicaciones sobre este tema explicó: *la vida es demasiado preciosa, quiero saborearla.*

Efectivamente, durante los primeros años de la década de los 90, Jackie seguía fascinada por montar a caballo, una práctica que había mantenido a lo largo de su vida.

Como decía Gore Vidal, *en lo más profundo de sí misma, escondía un núcleo de acero.*

Por otra parte, seguía descabalgando de su vida a las personas que según ella, la habían traicionado de alguna manera.

Jamie Auchincloss, su medio hermano pensaba de ella que *desde el punto de vista afectivo, era una de las personas más autónomas que hayan vivido jamás...*

*Un día, formabas parte de su vida y al día siguiente ya no existías. Liquidado. Estas cosas no le provocaban ni frío ni calor...era mi hermana, pero para el resto del planeta era la Reina Jackie. Todo el mundo era consciente de esto y la primera, ella misma. Nunca tuvo relaciones de igual a igual, ni siquiera con sus amigos íntimos.*

Por entonces, empezaban a ver la luz las noticias sobre las tumultuosas infidelidades de Jack: el caso de Marilyn Monroe, Judith Campbell Exner y decenas de otros amoríos sembraban las páginas de la biografía del Presidente. Pero Jackie consiguió que sus hijos no se vieran afectados por las que ella consideraba *simples habladurías.*

Jackie buscaba compensar sus problemas a la vez que su carácter áspero y resistente a todo, con las enseñanzas de Deepak Chopra, su consejero espiritual, pero a pesar de su ayuda y su larga experiencia en años de psicoterapia, seguía fumando dos paquetes de cigarrillos al día.

Seguía practicando yoga y continuaba sus sesiones de acupuntura, aunque también estaba el doctor Stephen R.Hoody, un quiropráctico, que le prescribía curas de desintoxicación.

Jackie seguía desde hacía tiempo deslumbrada también por el budismo y la influencia de medicinas alternativas tenía siempre un hueco en su agenda.

Bill Moyers, que protagonizaba un programa en la televisión sobre la vinculación entre la enfermedad y el psiquismo, le propuso hacer un libro sobre este tema.

De esta colaboración nació *Healing and the Mind* y más adelante, *The garden of life*, de Navin Patnaik, que estudiaba las bondades medicinales de las plantas

Jackie se cuidaba, a su manera y en este tipo de empeño se incluía su desaparición paulatina de la vida social, mientras se esforzaba cada vez más por mimar y disfrutar de sus nietos.

Caroline vivía a diez bloques de su casa, en Park Avenue y la 77 y la suya iba a constituirse muy pronto en una familia numerosa. Efectivamente, el 19 de enero de 1993 iba a dar a luz a su hijo, John Bouvier Kennedy Shclossberg.

Jackie disfrutaba muchísimo con sus nietos, según los observadores. Los paseaba, los recibía en Martha's Vineyard y soportaba con estoicismo los destrozos que podían ocasionarle en las casas donde vivía.

Sin embargo, se acercaba a personajes que le interesaban, como los Clinton, que se mostraban entusiasmados ante la posibilidad de que la ex Primera Dama les permitiera frecuentarlos.

Sin embargo, la vida le tenía reservada otras sorpresas y el principio del camino que la llevaría a poner en orden su trayectoria vital, porque se acercaba el final

## LA MUERTE DE JACKIE

El 22 de noviembre de 1993, mientras participaba en una competición hípica en un club de Virginia, y coincidiendo con el trigésimo aniversario del asesinato del Presidente Kennedy, Jackie tuvo una mala caída del caballo.

El público y sus allegados contuvieron la respiración, porque se trataba de un accidente en una persona de cierta edad, que ya no debería dedicarse a deportes de riesgo como la equitación. En el hospital, le apreciaron una inflamación abdominal y le recetaron antibióticos.

Por una parte, era la imagen de la salud, deportista, inquieta por su estado físico, al que dedicaba horas enteras de su agenda cotidiana, sin embargo Jackie padecía ya el cáncer linfático que no podría superar.

Descubierto por una biopsia, se trataba de una afección bastante agresiva, aunque los médicos pensaban que podría llegar a superarlo.

Desde luego no le faltaban dinero ni otro tipo de recursos, como los mejores centros hospitalarios o los profesionales más renombrados para atenderla.

Poco a poco comenzaron a hacerse evidentes las marcas de su enfermedad: perdía el cabello y bajaba de peso, su rostro perdía flexibilidad y se hinchaba cada vez más por la neoplasia y la medicación.

Jackie estaba sin embargo desorientada y así se lo hizo saber a Arthur Schlessinger: *¿se da usted cuenta?... ¡siempre he estado tan orgullosa de mi condición física. Nado, hago jogging, paseo y mire lo que me cae encima!*

Pero es posible que la propia enferma hubiera cultivado sin saberlo y durante décadas su futura enfermedad: no hay más que recordar las curas masivas y los cócteles del Doctor *Sientabien*, la cantidad de tabaco que consumía al día, los tintes oscuros que se daba tan a menudo para conservar la ilusión de su cabellera oscura. Cada una de éstas podían ser causas suficientes para alimentar un cáncer asintomático durante años.

Maurice Tempelsman estaba preparado para atenderla, acompañarla y mimarla durante su dolencia, como había hecho durante sus años de buena salud en su compañía.

Jackie compartía su enfermedad con el cuidado y el cariño por sus nietos Schlossberg, Rose, Tatiana y John.

El último de su vida fue un invierno durísimo en Nueva York, pero la enferma se resistía a quedarse en casa y no salir.

Al comienzo de la primavera, los análisis demostraron que Jackie comenzaba a padecer metástasis.

El 14 de abril se desmayó en su apartamento y la llevaron de urgencias al hospital New York. Le tocó compartir hospitalaria con Richard Nixon, que también se encontraba ingresado por una crisis cardíaca.

Jackie sufría muchos dolores, según confesaba Maurice, que la acompañaba continuamente y entonces la enferma comenzó a redactar misivas para sus hijos y a poner sus asuntos materiales y espirituales en orden antes de abandonarse definitivamente.

El 15 de mayo de 1994 dio una vuelta por Central Park por última vez, en compañía del fiel Maurice, pero le diagnosticaron una neumonía y tuvo que volver al hospital.

Sin embargo, ante la gravedad de su situación y estando todavía consciente, decidió firmar el alta voluntaria, que le permitiría volver a su apartamento para morir en paz.

Muchos amigos, familiares, especialmente sus hijos, se reunieron a la cabecera de su cama, por turnos, para brindarle apoyo y ofrecerle el último adiós.

El jueves 19 de mayo, Monseñor Georges Bardes de Saint Thoms Moro le administró la extremaunción, de acuerdo con el rito de la Iglesia Católica Apostólica Romana, a la que todavía su vida había pertenecido, como los Bouvier y los Kennedy.

Cayó poco a poco en el sopor de la morfina y los opiáceos, en una agonía que no estaba lejos de recordar la que había padecido años su marido Aristóteles Onassis, pero la ex Primera Dama estaba sin embargo mucho mejor acompañada que el naviero.

Fue el mismo 19 de mayo que dejó de padecer y el 20 John hijo se dirigió al grupo de periodistas que hacía guardia frente a su casa (la imagen es aún vívida cada vez que se vuelve a emitir en televisión).

Sus palabras, ahora que él también ha muerto, todavía se recuerdan: *Ayer por la noche, a las diez y cuarto, mi madre se apagó, rodeada de sus amigos, de su familia, de sus libros, de las personas y los objetos que quería. Murió como ella había querido, y por eso estamos felices. Está ahora en las manos de Dios.*

*Han sido enviados un número incalculable de mensajes, provenientes de Nueva York y del mundo entero. En nombre de mi familia, agradezco sinceramente a todos los que se han manifestado de esa manera. Ahora que sabéis todo, confío en que nos daréis dos o tres días de paz.*

Lógicamente, era pedir demasiado. Muy poco tiempo después de que John pronunciara estas palabras, comenzaron a discutir los hijos de Jackie y Ted Kennedy, para decidir cómo habrían de llevarse a cabo sus funerales.

Lo que la ex Primera Dama había dejado claro es que quería ser enterrada en Arlington, junto a su primer marido, como si a partir de esa relación no hubiera existido nada más importante el resto de su vida.

Había vuelto, en cierta manera, a muchas décadas atrás, en una pirueta vital donde parecía contravenir las propias decisiones que había tomado para intentar olvidar la soledad y la indefensión que le sobrevinieron después de Dallas.

Jackie fue llevada el lunes a la iglesia de San Ignacio de Loyola, donde había sido bautizada y había hecho la Primera Comunión.

Una multitud enfervorecida, famosos y desconocidos, se habían dado cita para rendirle un último homenaje.

Se leyeron poemas, escogidos siguiendo el derrotero existencial de la fallecida. John confiaba en que expresaran *la esencia de su personalidad*. *Teníamos constantemente presentes tres temas y éstos guiaron nuestra elección, porque eran importantes su amor por las palabras, sus lazos familiares y su espíritu de aventura.*

Celebró la misa el reverendo Walter F. Modrys y Jessye Norman cantó el Ave María. Le tocó a Ted Kennedy leer el elogio fúnebre y exclamó: *Jackie fue parte de nuestra familia y parte de nuestros corazones durante 40 maravillosos e inolvidables años y realmente nunca nos dejará.*

Caroline por su parte recitó unos versos de Edna Saint Vincent Millay, que estaban entre los poemas preferidos de su madre.

Maurice Tempelman, su último *chevalier servant* leyó, conmovido hasta las lágrimas, un fragmento de *Ítaca*, de Constantin Cavafis:

*... Cuando partas para Ítaca  
Confío en que tu camino sea largo,  
rico en aventuras y descubrimientos*

Y también le dedicó unas emotivas palabras, que había escrito personalmente para ella.

Un Boeing 737 llevaría los restos mortales de una de las mujeres más glamorosas del siglo XX hasta Washington. El cortejo fue interminable.

El presidente Clinton también pronunció un discurso: *Dios le dispensó dones inmensos y le impuso pesadas cargas. Los llevó todo con gracia, dignidad y un sentido común excepcional.*

*Le importaba sobre todo ser una buena madre. Las vidas de Caroline y John demuestran que lo ha sido y aún más. Que la llama que ella alumbró brille con un resplandor todavía más vivo aquí y para siempre, en nuestros corazones. Dios os bendiga, amiga. Adiós.*

Los hijos de John y Jackie se habían quedado esta vez, definitivamente solos, después de más de tres décadas donde el asesinato de su padre, el Presidente de los Estados Unidos los convirtió junto a su madre, en una de las familias públicas más famosas de la historia de su época.

## CONCLUSIONES

Parece que la fortuna de Jackie alcanzó a su muerte unos 200 millones de dólares y sus hijos se convirtieron en sus principales herederos, aunque también recordó en su testamento a amigos y colaboradores de toda la vida.

Dos años después de su muerte, se llevó a cabo una subasta de 1.195 objetos pertenecientes a la sucesión de Jackie Kennedy Onassis, que alcanzó unos beneficios de 34.461.495 dólares.

También se organizaron diferentes exposiciones sobre su trayectoria. Entre el 1 de mayo y el 29 de julio de 2001, tuvo lugar una muestra sobre Jackie y los años de la Casa Blanca.

Se trataba de un repertorio de 80 vestidos originales y accesorios pertenecientes a la Colección de la biblioteca y Museo John F. Kennedy, de Boston.

También se incluyeron documentos y objetos vinculados a la labor de restauración de la mansión presidencial llevada a cabo por la ex Primera Dama.

Fue dos veces portada de la revista *Vanity Fair*, 1989 y posteriormente en 1994, después de su muerte. También fue el objeto de un documental que, titulado *El viaje de Jacqueline Kennedy por Asia*, relató su viaje a la India y Nepal.

En el 78 se filmó la película *El magnate griego*, basado en una novela donde el papel real de Aristóteles Onassis fue interpretado por Anthony Quinn y el equivalente al de Jackie por Jacqueline Bisset.

Los nombres eran distintos, pero los caracteres eran los de la famosa pareja. En 1981 Jacklyn Smith, conocida por ser una de las actrices de *Los ángeles de Charlie*, interpretó a Jackie en una serie para televisión, mientras el rol de Jack Kennedy lo realizaba James Franciscus.

Nada parece suficiente para recordar las secuencias vitales de la que fuera uno de los grandes iconos de su tiempo. Jackie Bouvier Kennedy Onassis, una mujer icono, que sin embargo se liberó y se modeló a sí misma. Una leyenda americana con la nostalgia de la cultura y el *charme* franceses. El mito de las mil caras. Siempre genuina y siempre otra. Diferente.



Todavía se recuerda su particular manera de ser, que lejos de gustar a todos, la convertía a menudo en blanco de las críticas.

Era exquisita, selectiva y clasista y seleccionaba sin piedad sus rutinas y sus afectos con una inflexibilidad que a menudo no conocía piedad.

Pero tenía el don de la seducción cuando quería y como explicaba John Russell, un crítico de arte de The New York Times, la capacidad de juzgar a las personas sin apenas equivocarse:

*Tenía una antena absolutamente infalible para ver qué era falso y auténtico en las personas. Nunca lo demostraba cuando conocía a la gente, pero después calibraba perfectamente quién era quién.*

Después de haber vivido casi toda su vida sin trabajar, multimillonaria, dedicada en cuerpo y alma a sus caprichos y a cuidarse y gozar de la fortuna y de los privilegios, ya mayor, descubrió el placer de dedicarse a hacer algo útil y la fascinación de la creación literaria, como editora.

En una ocasión dio una entrevista a Publishers Weekly con la condición de que sólo hablaría de su trabajo.

Había prohibido que se utilizaran magnetofones, o se tomaran fotografías. Tampoco se podía comentar nada de su vida privada. Durante el encuentro con el periodista, dijo que había empezado a trabajar en el mundo de la edición porque amaba los libros.

En esa ocasión comentó que *una de las cosas que me gusta de la edición es que no se promociona al editor. Se promociona al libro y al autor.*

Jackie se ha convertido a lo largo de los años, especialmente después de su muerte, en una imagen siempre redimensionada que se agiganta al paso de la comparación con muchas de las esposas de Presidentes que han llegado a la Casa Blanca en Estados Unidos.

Algunas han sido talentosas e influyentes como Eleanor Roosevelt, otras aparentemente sumisas y en un segundo plano esperando su momento como Hillary Rodham Clinton, ya senadora, un tercer paradigma las encuentra de meras acompañantes a mitad de camino entre su rol de esposas y madres, como la mujer de George Bush padre. Pero Jackie fue original y única y por eso rompió moldes.

Probablemente una Primera Dama a la altura de su tiempo y también a la medida de los sueños de los norteamericanos.

Supo aprovechar su condición de aristócrata rica para trepar sin desmayo a la cima y redefinir su posición cuando el acontecimiento de Dallas la desplazó de los centros del poder.

Pasó sin grandes estridencias a pesar del aparente ruido mediático y ante los ojos sorprendidos de miles de observadores, de compartir el status político de un marido, a disfrutar del dinero fresco, que corría a raudales por las cuentas bancarias del otro.

Siempre que quiso tomó la decisión de difuminarse en una vida privada evanescente pero su figura salió a la luz pública cada vez que sintió la necesidad de volver a comunicarse con el mundo y retomar su protagonismo.

Detrás de una imagen de sumisión y acatamiento a las leyes del universo masculino, se escondía una voluntad de hierro y una sensibilidad especial para captar situaciones y colocarse en una atmósfera favorable.

Construyó con John Kennedy una de las parejas más admiradas de la escena política del siglo XX.

Y sobre este vínculo escribió En *John y Jackie, los años jóvenes*, Christopher Andersen: *desde el comienzo, estaba escrito que su unión iba a convertirse en una de las más célebres del siglo veinte: Él, joven, guapo, el carismático portaestandarte de una de las más poderosas familias americanas. Ella con su oscura belleza racial. En el momento en que resonaron las balas de Dallas, John Fitzgerald Kennedy y su mujer, Jacqueline, constituían indiscutiblemente la primera pareja del mundo.*

Lo curioso es que cuando después de un tiempo se casó con Onassis, perdió por su elección parte de su prestigio, pero ni un ápice del interés o de la fascinación que ejercía sobre el gran público.

Daba la sensación de que hiciera lo que hiciera, Jackie siempre aparecía, como una *star*, en la primera página de los periódicos y en un lugar de privilegio en el imaginario del inconsciente colectivo. La reina de América.

Catherine Pancol, en su libro *Jackie Kennedy, une si belle image*, escribe: toda su vida, quiso que no se conociera de ella más que su imagen. Nada debía transparentarse de su intimidad sin su aprobación. Porque había comprendido que su siglo iba a ser un gran devorador de imágenes, rechazó obstinadamente dejarse caer en la trampa de convertirse en un objeto.

*Rechazaba dejarse consumir. Controló todo...Sin hablar de todas las heridas que disimularía, siempre, detrás de una amplia sonrisa, dos grandes ojos negros separados, como estáticos y una voz de niña suplicando.*

*Pero era tan bella, sus vestidos de ilusión eran tan hermosos, que el mundo entero, invitado a mirarla desde su infancia, se ahogaría en su imagen, esta imagen tan bella...*

## CRONOLOGÍA

- ... 1929. Jacqueline Bouvier nació el 28 de julio, en East Hampton.
- ... 1933. Nace su hermana, Caroline, conocida como Lee.
- ... 1936. Separación de sus padres, Jack Bouvier y Janet Lee.
- ... 1940. Divorcio definitivo de sus padres.
- ... 1942. En junio su madre, se vuelve a casar, con Hugh D. Auchincloss, agente de cambio y bolsa, como su primer marido.
- ... 1944. Jackie asiste a la escuela de la Señorita Porter, en Farmington, Connecticut.
- ... 1947. Entra en el colegio Vassar, poco después de haber sido nombrada *debutante del año*, por Igor Cassini, su futuro modisto durante sus años en la Casa Blanca.
- ... 1949. Comienza a plantearse un año de estudios en París.
- ... 1951. Recibió un diploma en la Universidad George Washington.
- ... Poco después vuelve a París, con un premio de la revista Vogue, por el ensayo *Gente que me hubiera gustado conocer*, derrotando a otros 1279 concursantes.
- ... En Washington, se compromete brevemente con John Husted, otro *broker*.
- ... Consigue un puesto como fotógrafa en The Washington Times Herald.
- ... 1952, en el mes de mayo conoce gracias a Charles Bartlett, corresponsal del Chattanooga Times, a John Fitzgerald Kennedy.

- ... 1953, mientras Jackie estaba en Londres, Kennedy le propuso matrimonio.
- ... El compromiso fue anunciado el 25 de junio.
- ... Se casan el 12 de septiembre en Hammersmith Farm, en Newport.
- ... 1955. Jackie sufre un aborto
- ... 1956. La hacen una cesárea por otro nacimiento malogrado.
- ... 1957, muere Jack Bouvier, su padre, que no había podido llevarla al altar por haber bebido demasiado.
- ... Nace Caroline Bouvier Kennedy, su primer retoño.
- ... 1960. Llega al mundo John Kennedy hijo. Jackie perderá todavía otro vástago pocos meses antes de Dallas.
- ... John Kennedy es elegido Presidente de los Estados Unidos.  
La joven pareja vivirá en la mansión del 10 de enero de 1961  
el 22 de noviembre de 1963, día del asesinato en Tejas.
- ... 1961. Los Kennedy realizan un viaje de Estado a Europa.  
La estancia en Francia y su encuentro con el general De Gaulle,  
son un éxito.
- ... Planes para restaurar y redecorar la Casa Blanca.
- ... 1963. 22 de noviembre. El Presidente cae asesinado en Dallas
- ... 1964. Jacqueline se va a vivir a New York, donde piensa  
encontrar más privacidad y seguridad para ella y sus hijos.
- ... 1966. La señora Kennedy visita la Feria de Sevilla y sale a menudo  
con distintos acompañantes. El duelo de su viudez toca a su fin.
- ... 1967. William Manchester, autor de un libro sobre *La Muerte de un  
Presidente*, es condenado a pagar una indemnización por explotar para  
su propio beneficio el caso del asesinato de Kennedy.

- ... 1968. Se anuncia la boda entre Jackie y Aristóteles Onassis.
- ... La ceremonia tiene lugar el 20 de octubre, en la Isla de Skorprios.
- ... 1975. Muere Onassis. Jackie estaba en Nueva York. Sólo Christina y sus tías acompañaron las últimas horas del magnate griego.
- ... Jackie comienza su carrera como editora en Viking Press.
- ... 1977. Renuncia a su trabajo en esta editorial.
- ... 1978. Comienza a colaborar en Doubleday.  
Publica 10 ó 12 libros al año, que abarcan distintos temas.
- ... Comienza la construcción de su casa de la playa en Martha's Vineyard y conoce y frecuenta a la que será su última pareja conocida, Maurice Tempelsman.
- ... 1994, el jueves 19 de mayo muere Jackie en su casa de Nueva York.

## BIBLIOGRAFÍA

### LIBROS

ANDERSEN, C.: Jackie après John, une héroïne américaine, 1ª ed., Jean Claude Lattès Édition, 1998.

DALLEK, R.: John F. Kennedy, una vida inacabada, 1ª ed., Ediciones Península, mayo 2004.

GAGE, N.: Onassis et la Callas. Une tragédie grecque des temps modernes. Éditions Robert Laffont, 2000.

GALA, M. : J.F.Kennedy : il presidente diventato mito di tutte le nuove generazioni. 1ª Ed. Mondadori, agosto 2004.

HEYMANN, D.: Una mujer llamada Jackie. 1ª Ediciones B, 1995.

PANCOL, C.: Une si belle image. Jackie Kennedy 1929-1994

YANN-BRICE, D. :JFK, a life in pictures, 1ª ed. Phaidon, 2003.

### INFORMACIÓN EN PÁGINAS WEB

[http://www.jfklibrary.org/jbk\\_wh\\_years\\_info.html](http://www.jfklibrary.org/jbk_wh_years_info.html)

La señora Kennedy estuvo también vinculada a muchas instituciones, como el Metropolitan Museum de Nueva York, a través de su colaboración directa y las exposiciones que sobre ella se realizaron. Las páginas del museo tienen muchos datos sobre su biografía: <http://www.metmuseum.org>

Alicia Noemí Perris Villamor